

CAPITULO IX

Los franceses recuperan las plazas costeras del
Golfo de León

La misión principal encomendada a Dugommier.—Este dicta las órdenes oportunas

DUGOMMIER tenía el encargo de dejar por completo libre de españoles el territorio francés y fué por ello por lo que, según sabemos, una vez concluída la batalla del Boulou, ordenó al General Labarre marcharse rápidamente con 1.500 caballos a envolver el pueblo de Argelés y, una vez conseguido esto, avanzar sin demora hacia el campo de la Justicia que, según hubimos de exponer en la reseña geográfica que figura en las páginas anteriores de este libro, defendía Collioure por el lado del llano, con el encargo de interceptar todas las comunicaciones de esta localidad con la plaza amenazada. Sauret, con su división había de seguir a Labarre, y el General Chabert, con su brigada destacada del centro, se encargaría de cerrar el Coll de Banyuls al paso de los nuestros.

Todas estas órdenes requerían ser ejecutadas en tiempo inmediato, pues, como suele ocurrir en estos casos, a la emoción que se apodera del espíritu de las tropas después de haber alcanzado una gran victoria sucede un estado de aplanamiento y al no ser ejecutadas a tiempo, pierden gran parte de su eficacia. Debido a estas circunstancias Chabert, que había tomado el camino de la cresta de los Alberes, se perdió a través de las rocas, no sólo desconocidas para él sino incluso para los propios pastores que le servían de guía, a causa de lo cual no alcanzó el coll del Banyuls hasta veinticuatro horas después de la fijada, teniendo que realizar, desconcertadamente, un gran número de marchas y contramarchas. Llegó este General a su destino el 16 floreal por la tarde, cuando ya había franqueado este paso la mayor parte de la caballería nuestra, que valuada en unos 500 caballos marchaba a reunirse en Figueras con los restos del ejército del Conde de la Unión.

No obstante, ser mucho más sencilla la tarea señalada a Labarre, hubo también que experimentar varios retrasos y, cuando llegó a Argelés, a las cuatro de la mañana del día 13 del mes citado, quedó sorprendido al ver que este puesto estaba completamente evacuado. Recogiendo entonces los tres mil hombres de la división francesa de la izquierda, se encaminó al campo de la Justicia, tomó posesión de la

llanura que le circunda y envió en seguida una intimación al Mariscal de Campo Navarro, que mandaba la plaza de Collioure. Este General, que tenía a su disposición siete mil hombres de tropas frescas y noventa y una bocas de fuego en batería, con unas murallas en buen estado de defensa y contando con el apoyo de nuestra escuadra, dueña del mar, no podía vacilar ni por un momento, y, así, respondió negativamente a tal intimación.

No podía faltar a esta concentración de fuerzas y a esta preparación del ataque general a las plazas costeras la persona del General en Jefe del Ejército francés y, en efecto, el mismo día 13, al mediodía, Dugommier llegó a Argelés con la división Sauret, cuyo efectivo había dispuesto se elevase a catorce mil hombres, sin comprender en ellos a los de la brigada Chabert. Inmediatamente tomó cuantas disposiciones consideró oportunas para comenzar sin retardo, desde el comienzo de la noche, el cerco general de las tres plazas que trataba de conquistar. Mas como indica el historiador Jomini, no era la plaza de Collioure, no obstante su pequeñez, de fácil conquista, pues situada como Port Vendres a derecha e izquierda de un espolón coronado por el fuerte de Saint Elme, sobre la punta que daba cara al mar, la multitud de picos que nosotros teníamos atrincherados cerrando las gargantas que pudieran dar acceso, hacían sumamente difícil la ascensión de toda tropa atacante y su marcha a través de un terreno accidentado, y en extremo quebradizo.

**Configuración del teatro de operaciones
en este sector costero.—Sus inconvenientes
para el desarrollo de un ataque a
las posiciones fortificadas**

Aunque en capítulos anteriores hayamos tratado de la configuración general de este macizo montañoso a las inmediaciones de la costa Mediterránea, no creemos inoportuno hacer recordar que ambas plazas sitiadas, Collioure y Port Vendres, hallábanse envueltas por otros dos contrafuertes que, arrancando del nudo central de las Daines, formaban dos pequeñas cuencas simétricas con el primero de los citados. Como hubimos de indicar, la conformación general del macizo de que estamos tratando, era de la denominada con el apelativo de *pata de ganso*, por su semejanza con la de este ánade. Las tres ramas que constituían este macizo eran: la primera, la jalonada por el pico Taillefer, que retornando prontamente al llegar al Puig Oriol, concluye en las alturas del campo de la Justicia, marcando la línea de demarcación entre Collioure y la llanura rosellonesa. El segundo espolón o contrafuerte, que, por su posición central limitaba ambas cuencas, y que, por otra parte, era de corta extensión, terminaba a su llegada a la costa, mostrando en su cima el conocido fuerte de Saint Elme. El tercer ramal, destacado del Puig Lagranje vecino al de las Daines, se en-

caminaba hacia el Nordeste, dejando Port Vendres a la izquierda y concluyendo en el cabo Biarre. Todo el macizo montañoso quedaba envuelto por los cauces de dos torrentes llamados el Rabanel y el Cosprons; por último hemos de recordar que todo este conjunto montañoso no constituye un elemento aparte y destacado de la cadena principal pirenaica, sino que se muestra unido a ella por un espolón que arranca del Puig Saillifore.

Dejemos a la información francesa el exponer las condiciones que concurrían en este teatro de las nuevas operaciones. «Se trataba de penetrar en este amontonamiento de montañas para sitiar tres plazas que, estrechamente relacionadas entre sí por Saint Elme, no formaban, en cierto modo, más que un solo sistema de fortificación (Fervel), luego lo que representaba la mayor dificultad de esta empresa, no era solamente la extensión y la aspereza del macizo que se trataba de invadir, sino, sobre todo, era la armazón de la masa montañosa. Todo cuanto acabamos de decir nos hace fácilmente comprender cómo, en efecto, para impedir el sitio proyectado, los españoles no tenían otra cosa que hacer que asegurar la defensa del Puig de las Daines. La ocupación de este punto capital, era para ellos, desde luego, tanto más natural y fácil, teniendo en cuenta que para guarnecer las plazas de que se trata, contaban con más del doble de gente que había necesidad.»

«Este excedente de fuerzas les hubiera debido demostrar, sobre todo, y desde el primer momento, que la ventaja de su posición estribaba esencialmente en la defensa exterior. A pesar de ello abandonaron esta defensa de la que pudieron alcanzar tanto provecho, y, de este conjunto de rocas, que formaban alrededor de ellos como un segundo recinto, se contentaron con ocupar las alturas de las Forcas, o sea, nuestro antiguo campo de la Justicia, desde la costa hasta el Puig Oriol. Juzgaron inabordable el resto. Mas Dugommier iba, por segunda vez, a probar a estos demasiado confiados adversarios, que en la guerra de montañas no se puede nunca descansar sobre la fortaleza inerte o pasiva de los obstáculos que presenta el terreno». Advertiremos por nuestra parte que, para la ejecución de su empresa, Dugommier seguía contando con la operación de una flotilla que retenida, ya por los vientos, ya por la presencia de la escuadra española, no osaba dejar el muelle de San Laurent de la Salanque y que, por otra parte, el material de artillería y de transporte, para poder atacar la fortaleza de Bellegarde, no había llegado todavía.»

El ejército francés se dispone a la conquista de Collioure y Port Vendres (Dos de mayo)

Pero todos estos inconvenientes no lograron impedir el establecimiento de los ejércitos sitiadores ante las plazas en posesión del ejército español. El 2 de mayo (13 floreal), a la caída de la noche, los

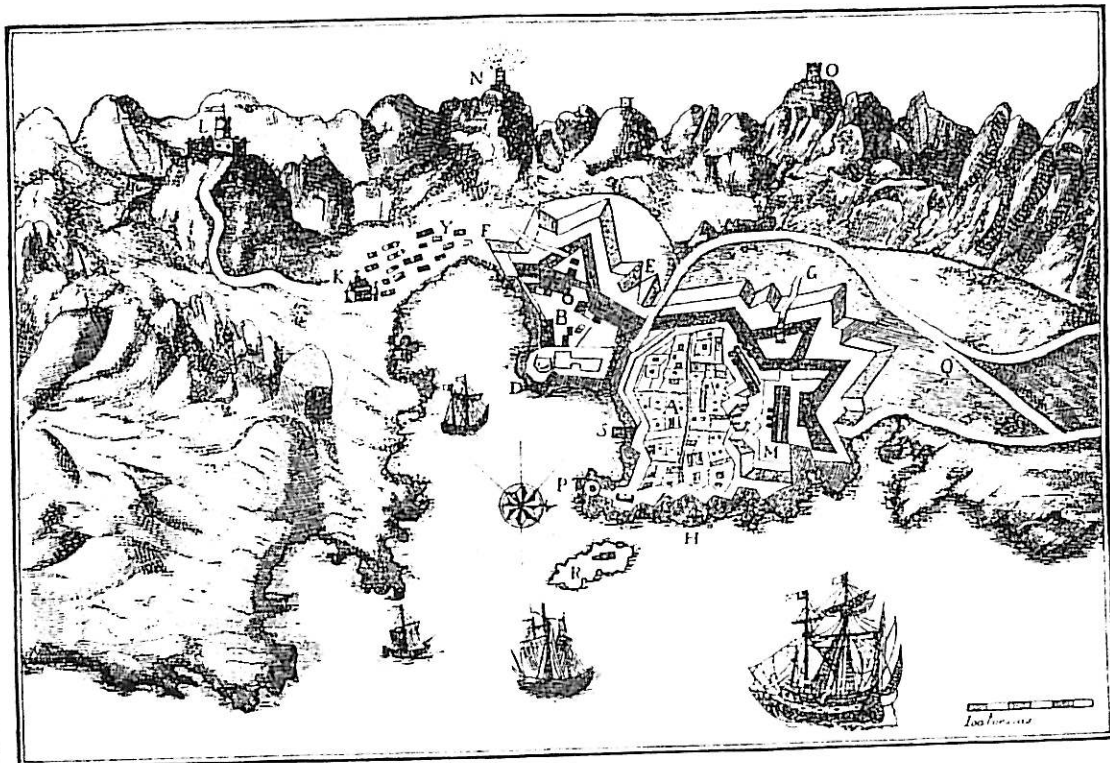
catorce mil hombres que componían el ejército sitiador, provisionalmente distribuidas en seis brigadas, partieron de Argelés, en donde se encontraba concentradas. El avance del ejército francés hubo de realizarse de modo que los cazadores Guillot abrieran la marcha, y para evitar los fuegos de nuestra guarnición del Puig Oriol, al llegar al Mas Vergés, la garganta tortuosa del Rabenel vino a constituir a modo de camino cubierto que hubieron de remontar, siguiendo por el Mas Rimbau, hasta la altura del Taillefer. Una vez conseguido esto, desde el pie de esta montaña lanzáronse los sitiadores contra el Puig de las Daines, que no sin extrañeza vieron que estaba libre, circunstancia por la cual lo ocuparon al momento. El abandono de esta posición por nuestras tropas representaba una falta imperdonable. Tal dejación suponía la ventaja inicial en la empresa que iban a llevar a cabo las tropas de la República.

A continuación de la vanguardia, al mando de Guillot, las brigadas Micas y Pelletier fueron siguiendo sus huellas. Una vez en las Daines, apoyando en este punto su flanco izquierdo, desplegaronse a lo largo de la cresta de Biarre hasta la altura del Vigía, punto en donde quedó establecida su ala derecha. Esta fracción intentó sorprender inmediatamente las dos baterías encargadas de la defensa de esta última posición a la entrada del boquete de Port Vendres y al S. del promontorio de Biarre. Pero esta tentativa fué rechazada duramente por los nuestros, firmemente asentados en sus fuertes posiciones.

En el Mas Gally, las brigadas Causse y Pinon, hicieron alto, dándose la mano con los Cazadores de Guillot, desplegándose a continuación por el Mas Cordí y los desfiladeros del Mas Frére hasta el pie de las montañas. Era por consiguiente del lado izquierdo por donde el movimiento se había realizado. Faltaba para completar el envolvimiento del macizo de que se trata, cubrir la línea costera y, para ello, la brigada Victor, tomó posiciones para asegurar el dominio de la llanura y cerrar todo el frente marítimo, delante del Mas Leclere. En segunda línea la caballería desplegó en la campiña, donde asienta el pueblo de Argelés, y como quiera, que la Torre de la Massane dominaba todo el terreno que nos ocupa, cincuenta Miqueletes quedaron encargados de su vigilancia.

Dugommier podía vanagloriarse de que, por una maniobra admirable por su habilidad y valentía, había podido con catorce mil hombres tan sólo, lograr, sin disparar un tiro, envolver en una noche y en una extensión de más de tres leguas de un terreno horrible, a través de rocas que hasta entonces nadie había osado alcanzar, una plaza de guerra con ocho fuertes o baterías permanentes, un vasto campo atrincherado con una división de siete mil soldados en reposo, aguerridos y sostenidos por una escuadra, cuyos fuegos podrán impunemente barrer los puntos de apoyo de las dos alas de la audaz línea sitiadora.

PLANO GEOMETRICO DEL PUERTO Y VILLA DE COLIURE, CON SUS FORTALEZAS Y CASTILLOS, INMEDIATOS A DICHA VILLA.



EXPLICACION DEL MAPA.

A Villa.
B Ciudadela.
D Batería sobre el Puerto.
E Puerta de la Ciudadela.

F Puerta de San Telmo.
G Puerta de Telmo.
H Iglesia Mayor.
Y Arrabal arruinado.

K Convento de Jacobinos.
L Fuerte de San Telmo.
M Puerta de Santa Teresa.
N Torre de la Amazona.

O Vigia. P Linterna.
Q Camino de Perpiñan.
R Ermita.
S Puerta que sale á la mar.

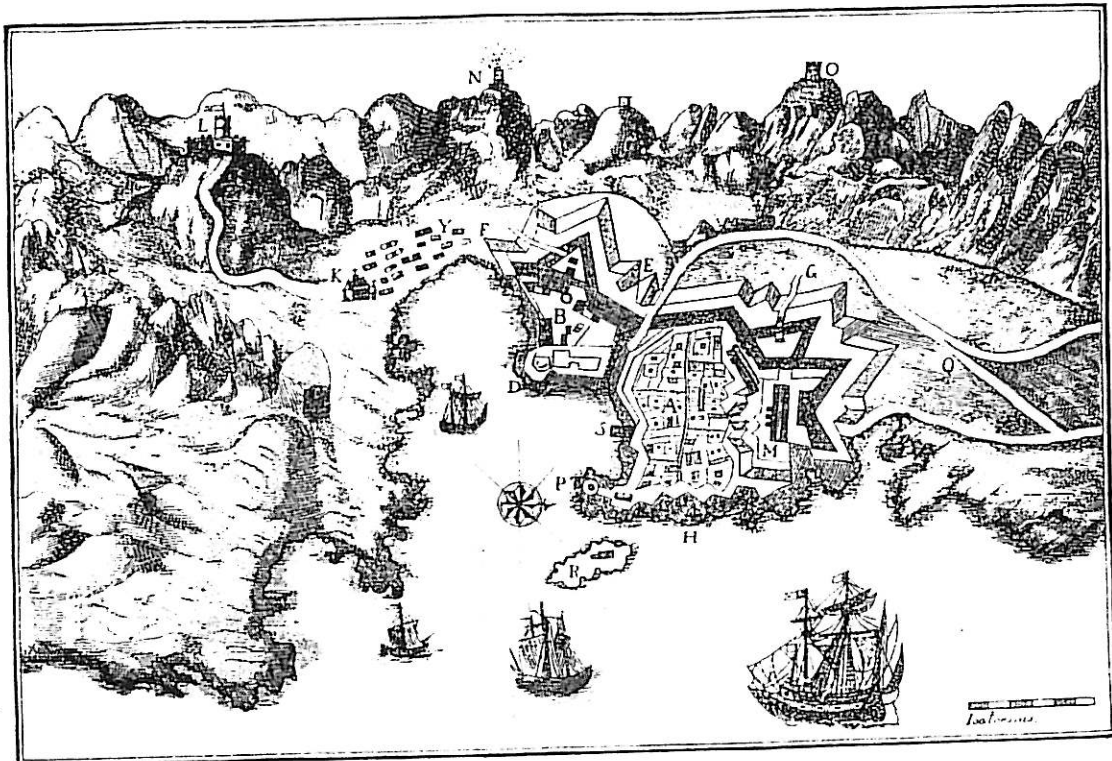
Coliure ó Collioure, Villa de Francia en el Condado del Rosellon, en otro tiempo de España, en el Principado de Cataluña. Dista dos leguas del Elna, en el reimate de los Pirineos, sobre la costa del Golfo de Leon. Tiene un Fuerte famoso, y está situada en una eminencia, cercada de muros, y con un fuerte Castillo, guarnecido y artillado, lo que la constituye una Plaza muy fuerte en quien el arte ha perfeccionado la naturaleza; pero su Puerto es pequeño y de poca consideración, pues solo pueden entrar en él Tartanas y Embarcaciones de poco porte. Esta Villa fue cedida á la Francia el año de 1610, por el tratado de los Pirineos. Dista quatro leguas de Perpiñan. Es tan pequeña, que solo tiene una calle algo ancha, y tres ó quatro muy estrechas. Abunda de pesca, algun pan, ganados y demás mantenimientos: habitanla mas de 1500 Vecinos, con su Parroquia y Convento de Religiosos Dominicos. El Castillo está sobre una roca escarpada, y el Mar baña por una parte sus Murallas. A mano izquierda, entrando por tierra á dicha Villa, hay otro Castillo, llamado el *Miradou*, en el qual están los quarteles para la Guarnición; pero el Gobernador de Coliure habita en el primero de dichos Castillos. Ultimamente, por la Puerta del Socorro se baja á un glasis espacioso que conduce á un Arrabal en que hay un Convento de Jacobinos, y algunas casas de Pescadores. Longitud 45 minutos y 2

segundos: latitud 42 grados 31 minutos y 45 segundos.

El día 20 de Diciembre de 1793 las tropas Españolas en el Ejército del Rosellon, tomaron por capitulación el Fuerte de San Telmo con ocho cañones y dos morteros, los que se dirigieron contra la Plaza de Coliure á fin de contrarrestar sus fuegos; y fué tanto el terror que causó el de los Españoles, que puso en consternación á sus habitantes y tropas que la guarnecian. Con este motivo se les intimó su rendición, á lo que respondió el Gobernador de la Plaza, que la Villa estaba pronta á rendirse; pero que los Castillos no querian capitular. Los Gastadores de Guardias llevaban merchas encendidas, lo que visto por el Pueblo aumentó su terror y confusion y acabó de obligar al Gobernador á capitular su entrega y la del Castillo, quedando la Guarnición prisionera de guerra. Los Fuertes exteriores fueron abandonados por sus tropas, así como el famoso atrincheramiento de Puig-Oriol, dexando en él siete cañones. Al romper el 21 estaban las Armas Españolas en posesion de la Plaza y sus accesorios, de ochenta y ocho piezas de artillería, de gran número de repuestos de todas municiones, de gran cantidad de Barcos, la mayor parte cargados de harina y forrage, de ricos almacenes con viveres y ropas, de dos Hospitales bien provistos con todos sus enseres; finalmente, del mejor Puerto que tiene toda esta costa: todo se consiguió en el corto espacio de 19 horas.

Barcelona: EN LA OFICINA DE CARLOS GIBERT Y TUTÓ.

PLANO GEOMETRICO DEL PUERTO Y VILLA DE COLIURE, CON SUS FORTALEZAS Y CASTILLOS, INMEDIATOS A DICHA VILLA.



EXPLICACION DEL MAPA.

A Villa.
B Ciudadela.
D Bateria sobre el Puerto.
E Puerta de la Ciudadela.

F Puerta de San Telmo.
G Puerta de Telmo.
H Iglesia Mayor.
Y Arrabal arruinado.

K Convento de Jacobinos.
L Fuerte de San Telmo.
M Puerta de Santa Teresa.
N Torre de la Amazona.

O Figia. P Linterna.
Q Camino de Perpiñan.
R Ermita.
S Puerta que sale á la mar.

Coliure ó Colioure, Villa de Francia en el Condado del Rosellon, en otro tiempo de España, en el Principado de Cataluña. Dista dos leguas del Elna, en el reímate de los Pirineos, sobre la costa del Golfo de Leon. Tiene un Fuerte famoso, y está situada en una eminencia, cercada de muros, y con un fuerte Castillo, guarnecido y artillado, lo que la constituye una Plaza muy fuerte en quien el arte ha perfeccionado la naturaleza; pero su Puerto es pequeño y de poca consideracion, pues solo pueden entrar en él Tartanas y Embarcaciones de poco porte. Esta Villa fué cedida á la Francia el año de 1610, por el tratado de los Pirineos. Dista quatro leguas de Perpiñan. Es tan pequeña, que solo tiene una calle algo ancha, y tres ó quatro muy estrechas. Abunda de pesca, algun pan, ganados y demás mantenimientos: habitanla mas de 1500 Vecinos, con su Parroquia y Convento de Religiosos Dominicos. El Castillo está sobre una roca escarpada, y el Mar baña por una parte sus Murallas. A mano izquierda, entrando por tierra á dicha Villa, hay otro Castillo, llamado el *Miradou*, en el qual están los quarteles para la Guarnicion; pero el Gobernador de Coliure habita en el primero de dichos Castillos. Ultimamente, por la Puerta del Socorro se baja á un glorioso espacio que conduce á un Arrabal en que hay un Convento de Jacobinos, y algunas casas de Pescadores. Longitud 45 minutos y 2

segundos: latitud 42 grados 31 minutos y 45 segundos.

El día 20 de Diciembre de 1793 las tropas Españolas en el Ejército del Rosellon, tomaron por capitulacion el Fuerte de San Telmo con ocho cañones y dos morteros, los que se dirigieron contra la Plaza de Coliure á fin de contrarrestar sus fuegos; y fué tanto el terror que causó el de los Españoles, que puso en consternacion á sus habitantes y tropas que la guarnecian. Con este motivo se les intimó su rendicion, á lo que respondió el Gobernador de la Plaza, que la Villa estaba pronta á rendirse; pero que los Castillos no querian capitular. Los Gastadores de Guardias llevaban mechas encendidas, lo que visto por el Pueblo aumentó su terror y confusion y acabó de obligar al Gobernador á capitular su entrega y la del Castillo, quedando la Guarnicion prisionera de guerra. Los Fuertes exteriores fueron abandonados por sus tropas, así como el famoso atrincheramiento de Puig-Oriol, dexando en él siete cañones. Al romper el 21 estaban las Armas Españolas en posesion de la Plaza y sus accesorios, de ochenta y ocho piezas de artilleria, de gran número de repuestos de todas municiones, de gran cantidad de Barcos, la mayor parte cargados de harina y forrage, de ricos almacenes con víveres y ropas, de dos Hospitales bien provistos con todos sus enseres; finalmente, del mejor Puerto que tiene toda esta costa: todo se consiguió en el corto espacio de 19 horas.

Barcelona: EN LA OFICINA DE CARLOS GIBERT Y TUTÓ.

Orden dada por Dugommier para el ataque.—Juicio crítico acerca de su cumplimiento

Para la realización de la empresa que acabamos de exponer, Dugommier había dado una orden de día que, textualmente, disponía : «seis mil hombres divididos en tres brigadas partirán de Argelés al anochecer, Guillot con la infantería ligera, se trasladará en hora y media al Mas Jordi ; el camino es estrecho, por él tan sólo pueden pasar dos hombres de frente. Del Mas Jordi al Mas Vergés un cuarto de hora ; del Mas Vergés al Mas Rimbaud tres cuartos de hora ; en este último habrá que desenfilarse de los fuegos del Puig Oriol. Se seguirá en seguida a lo largo del Rabenel ascendiendo al Taillefer : el camino es malo, se tardará una hora. Del Taillefer habrá que descender en un cuarto de hora al Puig de las Daines. Desde aquí partirá una columna que, en un cuarto de hora, se apoderará de este pico.»

«Las Brigadas Micas y Pelletier desfilarán siguiendo las huellas de la infantería ligera. Llegadas al Puig de las Daines se dirigirán, por la cresta del contrafuerte, al Coll de Perdignier. En este puesto, estos dos generales, defenderán su derecha, hasta la Vigía de Ber. El 4.º Batallón de Cazadores, se destacará al Coll del Mig, y cincuenta miqueletes irán a ocupar la torre de la Massana.»

La orden del General en Jefe del ejército francés había sido, por lo tanto, bien cumplida, salvo la ligera infracción del ataque llevado a cabo contra las baterías de Port Vendres. Mas, a pesar de todo, esta desdichada tentativa, motivada por un exceso de ardor, no dejó de tener su parte buena, pues, según el testimonio francés : «No solamente ella fué para los soldados de la Revolución, hasta entonces poco escrupulosos en la estricta observancia de sus consignas, una muy útil lección, sino que además por el desorden que extendió en los defensores de Port Vendres, causó a los españoles pérdidas que indemnizaron al enemigo de las que él experimentara anteriormente». El hecho hacía referencia a las cinco fragatas españolas atracadas a la entrada del puerto y a las chalupas que cubrían el interior. Estas pequeñas fuerzas navales ancladas en la bahía, alarmadas ante la presencia de los franceses, pusiéronse en movimiento dándose a la vela, en medio de un muy fuerte temporal. Esto dió lugar a que un gran número de emigrados de la región de la Reina que habían embarcado en las débiles embarcaciones para volver a Collioure, perecieran miserablemente en la travesía. Una de estas barcas tuvo un fin menos lastimoso : al despuntar el día, envuelto todavía por la bruma, fué a encallar en la playa de Argelés, delante de los puestos adormecidos y descuidados encargados de la vigilancia de la costa ; en un esfuerzo supremo, los náufragos fueron a despertarles a tiro limpio y, repelida su agresión, prefirieron recibir la muerte digna de un soldado antes que entregarse prisioneros.

«Estas baterías de Port Vendres contra las cuales acabábamos de cho-

car —expone Fervel— no dejaban de tener cierta analogía con el reducito inglés llamado del Mulgrave, que, a modo de un pequeño Gibraltar, corona la meseta del Cairo, en el promontorio del Eguillette y cuya caída había determinado la toma de Tolón: Esta analogía hubo de llamar de tal modo la atención de Dugommier que, en una orden dada anteriormente a la batalla del Boulou, el vencedor de los ingleses dispuso que las tropas sitiadoras, abordando el promontorio de Biarre, intentarían tomar de revés las baterías correspondientes y, sobre todo, si esto era posible, la de la Libertad, de la que quería hacer su fuerte Mulgrave; mas este fuerte, Dugommier habría de hallarlo en otra posición, la sola que era aquí realmente decisiva, en el fuerte de Saint Elme.»

El fuerte de Saint Elme.—Sus cualidades especiales.—Punto fundamental en la conquista de las plazas costeras.

El fuerte de Saint Elme, punto central de la defensa española, era el primer objetivo, casi diríamos el objetivo principal, de la ofensiva francesa. Su conquista representaba fundamentalmente la de las dos plazas costeras de Collioure y de Port Vendres. Hay que reconocer desde luego, que, entre las condiciones propias del emplazamiento desde el punto de vista topográfico, y aquellas que pudiera revestir la plaza como fortaleza permanente, existía una gran diferencia. Hallábase el fuerte construido, según sabemos, sobre un contrafuerte estrecho inaccesible por ambos flancos o reverses, y abordable, tan sólo, por el Puig de las Daines, que se alzaba al comienzo o cabeza del mismo. Mas, tan excelentes cualidades, no venían correspondidas por la valía de las fortificaciones allí construídas.

Toda la fortaleza estaba constituída por una pequeña estrella de seis puntas, y, sobre esta traza, dos escarpas elevadas se alzaban a una altura de 18 metros. El espacio anular, comprendido entre estas torres y su envoltura, hallábase recubierto de una serie de bóvedas sustentadoras de una plantaforma bordeada de parapetos de mampostería. Podíamos, por lo tanto, representarnos a Saint Elme, como un cajón (une boîte) acasamatada en el que difícilmente podía asentarse a cubierto, una sola pieza de artillería. El resto de la construcción, podía alojar unos ciento cincuenta hombres que, tanto para poder respirar como para operar con las piezas, no contaban más que con una terraza en la parte superior.

El recinto estaba marcado por una especie de foso sin contraescarpa ni camino cubierto. De cuanto acaba de exponerse es fácil deducir que, para asaltar estas murallas inertes, no era necesario realizar largos y penosos caminos; bastaba con aproximarse a cuatrocientos o quinientos metros, y dirigir contra ellas los fuegos de una batería. Es cierto que, para el asentamiento de esta batería, era necesario, ante todo y sobre todo, ocupar el Puig de las Daines, pero este pico se hallaba, como sa-

bemos, ya en posesión de los franceses. No desconocían los nuestros la importancia de dicho accidente geográfico, ahora bien, si hemos de creer al testimonio francés jamás creyeron fuese posible su ocupación.

El ejército francés en las alturas que rodeaban al fuerte

De ser esto cierto, grande debió ser la consternación de nuestras tropas cuando el 11 floreal, al abrir la mañana vieron sorprendidos y asustados al ejército victorioso dominar las alturas que le rodeaban. El Pico de Saint Christophe y el de las Daines se mostraban cubiertos de bayonetas amenazadoras, habiendo establecido en éste, según indicamos, su cuartel general Dugommier. La miserable cabaña de un cabrero vino a ser elegida para este desempeño. A juicio del historiador Fervel la suerte de estos *imprudentes sitiados* de Collioure y Port Vendres, estaba pues, a merced de una corta serie de operaciones del todo materiales, cuyo éxito no era más que una cuestión de tiempo. No se trataba de otra cosa, en efecto, que de desembarcar en una playa desierta algunos cañones, transportarlos a una montaña por los suyos ocupada a la fuerza y asentarlos en seguida, sobre una cresta casi uniforme a menos de 1.500 metros del fuerte.

Este propósito pudo verse realizado, mas no sin tener que llevar a cabo importantes trabajos para conseguirlo. El 5 de mayo, por la noche, la escuadrilla francesa compuesta de diecisiete velas, después de simular un ataque a la entrada de Port Vendres, logró depositar en la pequeña ensenada llamada de las Anses Pollies doce piezas de a 24,3 de a 12 y 8 morteros de diversos calibres. Hubo que arrastrarlas a brazo para llevarlas al Puig de las Daines. La operación reclamó, por parte de los sitiadores, esfuerzos extraordinarios que son objeto de detallada descripción en la información francesa, pero que, a nuestro objeto, no interesan grandemente.

La artillería que antes indicábamos, pudo, por fin, quedar asentada en su puesto señalado, y pronto pudieron romper el fuego sus piezas puestas en batería contra la posición española que ya estaba batida por el de las piezas de menor calibre asentadas en el Puig Japone. ¿Qué resistencia podía ofrecer Saint Elme a este ataque del ejército de la Revolución? En una fortaleza tan pequeña como la que hemos descrito no había más que nueve piezas de a 12, 8 y 4, con 3 morteros, teniendo una de hierro de a 16 en la casamata que producía la misma cubierta al exterior. De los 3 morteros, uno era de 12 y otro de 8. Como vamos a ver, tan débil artillería, sostenida por unos artilleros y una guarnición valerosa, no dejó de ofrecer al enemigo una resistencia que éste no había imaginado. El francés se vió precisado a llevar a cabo un verdadero sitio.

Iniciación del ataque.—Falso concepto formado por Dugommier sobre la resistencia de la fortaleza.—Desarrollo de la acción

Sin duda alguna, Dugommier, no había sido bien informado sobre la consistencia de las murallas del fuerte que, él creía, poder reducir en cuarenta y ocho horas, y no contento de los efectos de un tiro que, a pesar de su fuerza, no satisfacía sus deseos, imaginó un recurso del cual se prometía resultados más pronto y más eficaces. Creyó que dirigiendo el tiro sobre lo alto de la torre que se destacaba tras los parapetos, la plataforma se llenaría de los restos de la mampostería causados por los destrozos de las balas de la artillería sitiadora. No podía ser defendida y, de este modo, el sitiado reducido a una sola pieza así inutilizada quedaría encerrado por sí mismo en su casamata, por cuya razón la escalada podría realizarse con esperanzas de éxito. Mas todo este cálculo resultó vano. La vieja torre resistió, tanto como el ánimo de la guarnición española y, ante el hecho, el general francés vióse obligado a tener que hacer uso de la artillería de grueso calibre.

En la noche del 21 al 22 floreal, o sea, tres días después de que esta artillería pesada hubiese sobrepasado el Puig de las Daines, cuatro cañones de veinticuatro y un mortero de doce pulgadas, llegaron al Puig Japone delante de este mamelón en una depresión de la cresta un nuevo parapeto. Fué a esta segunda batería a la que se transportó apresuradamente el armamento asentado en la primera. Sin retraso alguno quedaron las piezas en disposición de romper el fuego. La nueva batería se componía de diez piezas, cuatro cañones de veinticuatro, tres de doce, un mortero de doce pulgadas y dos de ocho. Como puede comprenderse artillería semejante pudo apagar al cabo de dos horas el de la de Saint Elme, continuando en los dos días siguientes, veintitrés y veinticuatro, la destrucción de la plataforma y la demolición de los parapetos.

Y por si todo esto no fuera bastante, el 25 floreal dos nuevas piezas de veinticuatro llegaron al Puig Japone, y fueron añadidas a la batería de brecha. En las Anses Polliés, desembarcaron otros tres cañones del mismo calibre facilitados por la plaza de Perpignan. Declara Fervel, que estos cañones habían sido embarcados en la playa de Elme en barcos que pudieron atravesar impunemente la escuadra española concentrada en Rosas por el Gobernador de Port Vendres, Espeleta, en la tarde del 22. Esta escuadra apresuróse a enviar sus pequeñas embarcaciones a Collioure para hacer en él un cargamento de objetos preciosos y recoger a bordo aquellos sacerdotes, monjes y emigrados en precisión de salir cuanto antes de dicha plaza, siendo desembarcados al día siguiente, en diferentes puestos de Cataluña.

Fué de esta manera como la pequeña escuadra española pudo, al partir de Collioure desenfilarse de las baterías de Banyuls, ante las cuales su aparición de la víspera tenía que haber dado origen a un fuego

de contención que hubiera impedido su marcha si así lo hubiera dispuesto el jefe de la posición Castagnier. Mas este oficial hubo de dejarla pasar sin lanzarla un solo proyectil, falta que fué vivamente censurada.

Todo aquel material de artillería, agrupado por los franceses ante la fortaleza de Saint Elme y las plazas costeras por los nuestros ocupadas, tenía que causar los efectos consiguientes. Los cañones y morteros enemigos iban ya destruyendo poco a poco los parapetos y los muros de la primera y así, la Gaceta de Madrid, del 17 de junio, informaba que el día 12, la batería de brecha contra San Telmo había hecho mucho fuego, y que si bien el 13 y el 14 no tiró ésta tanto ni hubo de causar los destrozos del primer día, el día 15 seguía atormentado el fuerte de San Telmo comenzando a hacer verdaderos estragos en la fortaleza asediada.

Dificultades encontradas por el propósito francés.—Una salida de los sitiados

La situación comenzaba a hacerse insostenible. Era preciso intentar algún golpe de fuerza contra la posición francesa de Puig Japone, asiento principal de la artillería en posición contra los nuestros. Y en efecto, en la noche del 16 al 17 intentó Navarro, con tres divisiones al mando del Marqués del Castrillo, la adquisición de las alturas y baterías referidas, desarrollándose una acción que, si al principio fué favorable para las tropas españolas, más tarde hubo de fracasar, viéndose obligadas a retirarse con pérdidas de 18 muertos, 110 heridos, 15 contusos y 98 extraviados, publicando la Gaceta de Madrid, de la fecha citada, una detallada relación de los Jefes y Oficiales que entre ellos figuraban.

Nuestras tropas salieron de noche de Collioure y de Port Vendres en dos gruesas columnas que, en el mayor silencio, avanzaron corriéndose a lo largo de los flancos del contrafuerte asiento de Saint Elme y del pico de las Daines. El avance español no pudo mantenerse en el secreto por mucho tiempo, pues la claridad de la luna iluminando todo el paisaje vino a traicionarles. Mas no importaba; nuestros soldados a tambor batiente, animados por el mayor aliento y entusiasmo, comenzaron la escalada de la posición en donde se hallaba establecido el cuartel general enemigo, en tanto que, el fuego de las baterías nuestras del Puig Oriol, trataban de proteger el intento de los atacantes y que los emigrados que guarnecían el fuerte de Saint Elme desarrollaban a lo largo de la cresta, sobre la batería de brecha, una salida vigorosa. La embestida fué de tal energía y rapidez que el propio general Dugommier encontróse por un momento en inminente riesgo de ser capturado, hecho que hubiera acaecido a no ser despertado súbitamente en su cabaña por el golpe en sus espaldas de un vizcaíno a su servicio.

Como puede comprenderse, no era este cuartel general el objetivo principal del ataque español. Este no era otro que la conquista de la

batería antes citada, a la que se trataba de destruir. Los cazadores que la defendían al verse desbordados vacilaron y retrocedieron, pero, como era gente selecta, pronto hubieron de reaccionar, y arremetiendo, a su vez, contra los nuestros, éstos, viéronse obligados a retroceder acogiéndose al resguardo de sus murallas o parapetos. Según la información francesa, las cifras de nuestras pérdidas eran la de 160 entre muertos y heridos y 80 prisioneros. Los franceses no habían tenido más bajas que las de 80 hombres. Sabemos muy bien lo que significan estas cifras.

Propuesta francesa de entrega del fuerte ante el fracaso del anterior intento. Discrepancias entre las informaciones referentes a la contestación dada por el General Navarro

En vista de este resultado, tan contrario al propósito que había animado tanto al General Navarro como a sus subordinados, el alto mando francés creyó oportuno enviar al Comandante de Saint Elme una intimación directa, mas, como viera que éste solicitaba un plazo oportuno para consultar a su superior jerárquico, esta solicitud fué denegada, y nuevamente se reanudó el fuego contra la fortaleza. Confiesa nuestra información oficial que el 19 del mes que se cita se hallaba ya la guarnición de Collioure en crítica situación a causa de lo maltratado que estaba el fuerte de Saint Elme, lo cual precisó a Navarro a tomar partido viendo la tercera intimación del General enemigo Dugommier, pidiéndole plazo para consultar al Conde de la Unión, quien le previno lo conveniente para tomar, según las circunstancias, una acertada resolución, prefiriendo si aquéllas lo permitiesen, el abandono de la plaza para salvar la guarnición con los efectos que se pudiese, para cuyo interesante logró, advirtió, nuevamente, al Comandante de la Marina, el Brigadier don Bruno Espeleta, del peligro en que se hallaba la referida a causa de no haber conservado aquellas aguas y repitiéndole que, como le había dicho en otra ocasión, nada importaba la exposición de los buques cuando se trataba de socorrer aquellas tropas.»

«El 20 el fuerte de San Telmo, aunque hecho un montón de ruinas por la parte de los enemigos, seguía defendiéndose, pues no habiendo tenido efecto la carta dirigida al general enemigo, se rompió un vivo fuego». No concuerda, por lo tanto, una con otra información. En la francesa se da a entender que la intimación es directa al Comandante de Saint Elme; siendo éste el solicitante del plazo para consultar al General Navarro. En la española parece que el receptor de la intimación es el referido General, y por consiguiente quien solicita el disponer de suficiente tiempo para consultar al Conde de la Unión, pareciendo que la rendición de que se trata no es propiamente la del fuerte de Saint Elme, sino la de la plaza de Collioure. Y es digno de hacerse observar, muy especialmente, la reconvención que nuestro General en Jefe hace

al Brigadier de la Marina en la forma que queda expuesta y no hay por qué repetir.

No podemos ofrecer a nuestros lectores una información que permita resolver la discrepancia entre los dos anteriores contenidos de unos partes que debieran coincidir exactamente al referirse a un mismo hecho. Cualquiera que pudiera ser la realidad de lo acontecido, es lo cierto que, en efecto, el fuego del ataque francés recobró su antigua violencia, aunque es de observar que, como quiera se tratara de una mampostería o fábrica espesa y resistente, sus progresos fueron tan lentos que apenas podía percibirse todavía, el punto por donde podía comenzarse la brecha de asalto.

Se reanuda el fuego de la artillería francesa

Situación semejante no podía prolongarse más tiempo por parte de los franceses. En su ejército había dos representantes, Milhaud y Soubranny. La inquietud comenzaba a hacerse dueña del ánimo de los soldados franceses ante el poco resultado de unos esfuerzos repetidos, y ante la lentitud de unas operaciones que no lograban alcanzar su finalidad. Pero esta impaciencia irritaba, más que a nadie, a los dos representantes que acabamos de citar, y si bien el primero se mantenía en una prudente reserva, en cambio el segundo, de un carácter impulsivo y violento, dejábase llevar de sus primeras impresiones, contagiando a los demás a causa de su destacada personalidad, y de la sugestión y simpatía que venía a ejercer sobre sus compatriotas.

Soubranny era un antiguo oficial de Dragones, cuyos gustos violentos se acomodaban mejor a los peligros a cielo descubierto del campo de batalla que a las pérfidas tormentas de la Tribuna. Gozaba de un gran crédito entre los soldados, que no contaban con un compañero más infatigable en el vivac, ni con un hermano de armas más intrépido en el combate. Les encantaba, sobre todo, por la temeridad de su turbulenta bravura, por la franqueza y la brusquedad de sus maneras, y hasta por lo raro de un traje caprichoso, mostrando descubierto siempre su pecho y, velando en parte, bajo un enorme bonete de piel, su rudo y sombrío semblante.

Consejo de Guerra.—Manifestaciones del General en Jefe francés y respuesta del representante Soubranny.

Se imponía la celebración de un consejo de guerra y, en efecto, Soubranny el 19 de mayo (30 floreal) concertó con Dugommier su convocación, siendo a él llamados a concurrir los oficiales generales del ejército sitiador. En este consejo de guerra, Dugommier hubo de manifestar que, antes de abordar Saint Elme, había, por un momento pensado

en una escalada, pero había bien pronto renunciado a ella, en vista de las enormes escarpas que, aún después de la caída de sus parapetos, presentaban todavía una elevación que ninguna escala de asalto podía alcanzar. Más a pesar de ello, nadie tan interesado como el General en Jefe, en dar cima a aquella empresa cuanto antes, pues sabía que Navarro, estaba en inteligencia con el Comandante de la Marina de Rosas a consecuencia de cuyos *pour-parlers*, cinco fragatas acababan de aparecer en las aguas de Collioure, haciéndose notar en los dos puertos un movimiento extraordinario. Como todos los otros miembros del Consejo admitía que la guarnición española hallábase en trance de escapar, pero pensaba que presionándola por todos lados, apoderándose del Puig Oriol (lo que debía haberse hecho hacía mucho tiempo), y finalmente, atacando simultáneamente todos los puestos establecidos entre Port Vendrés y Saint Elme, retardaría esta evacuación que los vientos podían muy bien impedir. Ante tales consideraciones, Soubranny respondió que el valor de las tropas francesas no reconocía obstáculos y, siendo de este parecer todos los generales asistentes al acto, se acordó disponer que había de contentarse con mantener en respeto al Puig de Oriol y al Campo de la Justicia; que se intentaría realizar un falso ataque en el intervalo; que otro más serio se desarrollaría entre Collioure y Port Vendrés, y que las fuerzas enemigas, así divididas y por todas partes atacadas, y en guardia, serían objeto del asalto dirigido contra la posición de Saint Elme, dado caso de que alguna circunstancia favorable pudiera anunciar la posibilidad de su realización.

Aplazamiento del nuevo ataque.—Ordenes añadidas por Dugommier

Como quiera que con referencia a este último extremo, las excitaciones del representante no hubiesen podido vencer la repugnancia del prudente General, Dugommier hizo añadir, al anterior decreto: que estaba terminantemente prohibido aproximarse al fuerte, a menos que el fuego de la terraza no hubiese sido completamente extinguido y que los tiradores adiestrados y bien distribuidos no hubiesen forzado al enemigo a abandonar la plataforma y a retirarse a la casamata. Se aplazó por tres días la ejecución de esta empresa para llevar a cabo sus preparativos, operación a la que debían de cooperar mil quinientos hombres del coll de Banyuls y mil doscientos de la Brigada Victor, que guarnecía Argelés. Inútil es decir que se trataba de una empresa nocturna (Fervel).

Ataque francés del día 22 de mayo

El alto mando francés creyó necesario intentar un nuevo esfuerzo. Como comunicaba nuestro parte: el día 20 de mayo, el fuerte de San Telmo, aunque hecho un montón de ruinas por la parte de los ene-

migos, seguía defendiéndose, pues, no habiendo tenido efecto la carta dirigida al general enemigo, se rompió un vivo fuego.

«En la noche del 22 hizo aquél un ataque general alargándose hasta Port Vendres, al parecer, para obrar con más libertad hacia San Telmo, sobre el que de una a dos cargó mucha gente con escala, y, aunque con la ventaja de haber alejado fácilmente cerca de doscientos hombres del Regimiento de Zaragoza, apostados a un lado, y casi otros tantos de Burgos al opuesto, lograron los defensores de aquel castillo, mandados por el Teniente de Granaderos de Reales Guardias Españolas don Francisco de Reina, rechazarlos con pérdida. Repitieron sin embargo, los enemigos el ataque dos veces más y ambos fueron rebatidos, dejando en el foso, muchas escalas, armas, algunos muertos y heridos, cuyo número subía a treinta y tantos por la explanada vecina. Tuvimos un muerto y bastantes heridos: La información oficial, proporcionada por la Gaceta de Madrid, manifiesta que, entre ellos, se contaban dos alféreces de Guardias españoles, don Agustín de Somera y don Agustín Estévez a cuyo cargo estaban los diez guardias españoles de su guarnición, y al de don Francisco Cabrera, cincuenta hombres y un retén del mismo Cuerpo, a más de ciento diez Provinciales de los Regimientos de Córdoba y Granada, parte trabajadores y parte retén al mando de los Subtenientes don José Asensio y don Jacinto Valdivia, siendo Comandante de Artillería el Capitán don Rafael de Oses, que permanecía sin relevo con el Alférez agregado del Regimiento de Jaén don Joaquín Obiergo. En el mismo día continuaba el embarco de enfermos y provisiones que desempeñaba muy bien el Teniente de Fragata don Bartolomé de Torres, operación comenzada el día 14.»

**Heroica conducta de los defensores del
fuerte de Saint Elme (San Telmo).
Fracaso del intento francés**

No faltaba a la verdad el comunicado español que así daba cuenta del hecho. En efecto, la defensa española del fuerte fué todo lo heroica que las circunstancias reclamaban y la tentativa de escalada del ejército francés hubo de fracasar, en absoluto. Por la información francesa sabemos que, el 3 praidial, o sea, el 22 de mayo, a la caída de la tarde, todo el ejército sitiador hubo de entrar en acción: Victor, tomando por dirección la del reducto de Puig de Bell, marchaba contra los puestos avanzados del Campo de la Justicia; una 2.^a brigada avanzaba a la derecha de la precedente, con intento, al parecer, de apoderarse del Puig Oriol; Micas se lanzó contra Collioure y Port Vendres, una fuerte columna vino a reunirse a retaguardia de la batería de brecha. Finalmente, el resto de las tropas de la República aprestóse a sostener este ataque general que abarcaba al poco tiempo de su iniciación todo el frente desplegado por los sitiadores.

En estas condiciones, y ateniéndonos a la veracidad de estos datos

proporcionados por fuentes de conocimiento que no son españolas, es de justicia reconocer que la operación, que iba a emprenderse, no dejaba de tener importancia. Sorprendidos los nuestros, ignorando lo que podría pasar, opusieron, por todas partes, y casi al azar, una fuerte resistencia, mediante descargas continuas, en tanto que en el interior de este círculo de fuego Saint Elme, que de lo alto de sus murallas desarmadas, disparando bombas y granadas y vomitando materias incendiarias, semejantes a lavas inflamadas, aparecía como un volcán en erupción. El cuadro, como ven nuestros lectores, es impresionante, y, por muy sugestivo que pueda resultar para nosotros, opinamos que hay en él un exceso de fantasía, cual corresponde al espíritu hiperbólico de aquella época y de aquellos hombres, apasionados por una literatura altisonante y cargada de imágenes más o menos bellas y expresivas.

«Todos los puestos esparcidos a derecha e izquierda de Saint Elme, todas las grandes guardias que cubrían la comunicación del campo de la Justicia con el Puig Oriol, fueron bien pronto tomadas —expone Fervel— y hubiéramos alcanzado el objetivo que el General en Jefe no quería sobrepasar, si la columna en observación en el Puig Japone hubiese sabido dominar su impaciencia; pero sobreexcitada con el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos, esta columna imprudente, sin esperar a que los asaltados hubiesen abandonado la plataforma, púsose en marcha hacia Saint Elme. Nuestros soldados apelaron al recurso de aplicar contra estas altas murallas, apenas descrestadas, sus escalas de asalto. ¡Vanos esfuerzos! Estas escalas no habían alcanzado la mitad de la escarpa, cuando una rociada de hierro y de fuego hubo de derribarlas o hacerles retroceder. Por dos veces los asaltantes volvieron a la carga y por dos veces, fueron rechazados. Fué preciso no perder tiempo y abandonar las escalas y una treintena de muertos. Fué también muy penosa la salvación de los heridos, sobre todo, la de uno de ellos, a quien hubo que violentar para arrancarle del terreno, al instigador de esta tentativa insensata, al representante Soubranny. Su brillante bravura había dado plaza esta vez a un sombrío acceso de desesperación, como si un vago y siniestro presentimiento le hubiera impedido a sustraerse por una muerte gloriosa a los golpes terribles que debían, tan prontamente, tronchar el curso de su tormentosa carrera.»

CAPITULO X

Los franceses recuperan las plazas costeras del
Golfo de León

(Continuación)

Reanudación del fuego de la artillería
francesa.—Carácter del mismo



A tentativa francesa de escalada del fuerte de San Telmo el día 22 de mayo (3 prairial), no había hecho cambiar en nada la situación de uno y otro de los combatientes. Esta noche sangrienta había dado lugar a algunas conversaciones, pero no pudiéndose llegar a un acuerdo, el asaltante reanudó su ataque y el fuego de la batería de brecha siguió rompiendo la fábrica de la heroica posición. La batería referida contaba con seis piezas de veinticuatro, tres de doce, un mortero de doce pulgadas, dos de ocho y tres de cinco. El historiador francés nos asegura que estas quince bocas de fuego, seis de las cuales eran cañones de veinticuatro y habían sido ya renovadas, estando servidas por diestros artilleros entregados a una increíble actividad. *Así tratábase de un verdadero fuego de batalla.* Mil doscientos disparos hubieron de hacer los nueve cañones en la jornada del día siguiente 23 de mayo, y, para darse cuenta de la intensidad del fuego, basta decir que siete de los citados cañones quedaron fuera de servicio.

Es curioso hacer observar que los disparos de esta artillería llegaron a destrozar uno de los frentes del reducto atacado, dejando al descubierto una especie de subterráneo, o por mejor decir, un oscuro compartimento de las construcciones interiores que, según se ha descrito anteriormente, formaban cuerpo con la escarpa. Como quiera que una parte de las bóvedas de las plataformas, arrastradas por el muro de revestimiento, vinieron a tierra, y que las tres cuartas partes de los parapetos fueron arrasados, el estado del fuerte quedó imposible para toda resistencia. Asegura la información francesa que sus defensores no quemaron un solo cartucho, contentándose con cerrar la abertura del subterráneo con una fuerte barricada, aprovechando la obscuridad de la noche.

Tan vivo e intenso fuego, causando los destrozos que acabamos de indicar, concluyó por derribar la fortaleza. Desplomáronse la terraza, la escalera y todas las demás obras perdieron sus formas características. Aquello no era otra cosa que un montón informe de escombros;

en 16 días la posición había recibido 10.800 proyectiles (1). Nuestros heroicos soldados no podían hacer otra cosa que aprovecharse de la noche para abandonarla, y, efectivamente, el 26 de mayo los restos del fuerte de Saint Elme fueron evacuados.

Las guarniciones españolas de Saint Elme y Port-Vendres se ven precisadas a refugiarse en Collioure

La guarnición de Saint Elme, hubo de refugiarse en Collioure; casi al mismo tiempo lo efectuó la de Port Vendres. Una vez esto realizado entró definitivamente en negociaciones con el alto mando del ejército sitiador. Por ningún concepto su posición era sostenible, de un instante a otro podía haberse aplastado. La escuadra, con la cual había contado hasta entonces para hallar en ella la salvación embarcando sus tropas, veíase obligada a permanecer en pleno mar a causa del mal tiempo que le impedía acercarse a la costa. Circunstancias tan desfavorables, habían puesto a merced de los deseos de Dugommier, una aguerrida división española de siete mil hombres.

Según lo expuesto en la Gaceta de Madrid del 10 de junio, el 27 de mayo comunicó Navarro al Conde de la Unión, «que se había visto precisado a admitir del enemigo la dura ley que tanto había rehusado hasta entonces». Referíase así, el General español, al intento que había realizado anteriormente, el día 25, de capitular, al verse en situación apuradísima, «pero, queriendo el enemigo que se contaran por prisioneros de guerra, sin poder servir contra ellos, y recibiendo igual número de prisioneros, por cuya circunstancia podrían retirarse por mar a España, le pareció reducir lo pedido al único punto de evacuación del país, asegurando a las tropas, restituirse a España por tierra con los honores militares. Mas no habiéndose conformado con esto, el alto mando francés, volvióse a romper el fuego.

Información oficial española referente a la entrega de las posiciones citadas. La Marina Real recibe noticia del abandono de las mismas

Nuestra información oficial daba cuenta igualmente de cómo tenía pensado Navarro, reunirse en Collioure, cuando San Telmo no

(1) Estado de las municiones consumidas en el sitio del fuerte de Saint Elme.

Las piezas de 24 tiraron	5.476	balas
Las » de 12 »	3.150	»
El mortero de 12	300	bombas
Los 2 morteros de 8	424	bombas
Los 3 morteros de 5	1.450	bombas
Total de los proyectiles lanzados por los sitiadores	10.800	
Pólvora consumida	71.800	libras

pudiese resistir más, y que en esta posición, aunque no buena, esperar, según se ha expuesto, la llegada de alguna escuadra en la que se embarcase de noche, abandonando la plaza. Algo tratóse de esto, mas sin resultado alguno. El Conde de la Unión comunicó a la Corte de Madrid que, a las doce y media de la noche del día referido, nuestras tropas habían evacuado las posiciones de San Telmo y Port Vendres, por orden de su Comandante don Eugenio Navarro, y que, inmediatamente, hubo de participarlo al Teniente General de la Real Armada don Federico Gravina, quien, tan luego, arribó al puerto de Rosas, procedente del de Cartagena, el propio día 25 se puso en marcha para acordar con Unión lo que convenía ejecutase la Marina Real, a su cargo, volviéndose con la misma presteza, a Rosas, para verificar lo acordado, relativo a la dominación de aquellas aguas y a la salvación de la guarnición de Collioure.

**Términos de la capitulación
(26 de mayo)**

Entabladas las negociaciones para la capitulación acordóse llevarla a cabo, en los términos que a continuación se expresa :

«En nombre de la República Francesa Una e indivisible. Port Vendres 7 preirial año II.

Artículo 1.º El General Comandante de las tropas españolas en Collioure y demás puestos circundantes devolverá al pueblo francés esta porción de la República que la traición había entregado.

Art. 2.º Los honores de la guerra serán concedidos a las tropas españolas.

Art. 3.º Ellas saldrán de las posiciones que ocupan a tambor batiente, con las mechas encendidas y las banderas desplegadas, y, así, desfilarán por delante del ejército francés. Depositarán sus armas en el lugar que se les indique y se retirarán a España por el Coll de Banyuls, después de haber prestado juramento de no servir más durante toda la guerra contra la República francesa. Serán enviados incesantemente un número de prisioneros franceses (que prestarán el mismo juramento que los españoles) igual al que compone el ejército del General Navarro, los cuales serán designados por el General en Jefe del Ejército de los Pirineos Orientales, con arreglo a la antigüedad de su detención.

Art. 4.º Todos los ciudadanos franceses, es decir, los de Banyuls, Collioure, el Boulou, Céret y otros lugares dependientes de este ejército, que han sido arrancados de sus hogares y transportados a lo lejos por una violación manifiesta del derecho de gentes y que existen en España, habrán de ser devueltos a sus familias.

Art. 5.º Todos los franceses rebeldes y traidores a la Patria, y otros conspiradores conocidos bajo el nombre de emigrados, actualmente existentes en el territorio de la República ocupado por las tropas del General Navarro, serán entregados al General francés.

Art. 6.º Para garantir la ejecución de los tres primeros artículos, el

General español proporcionará seis rehenes escogidos entre los oficiales superiores.

Art. 7.º Toda la artillería habrá de conservarse y remitirse a la República, así como todas las municiones de guerra y de boca, las tiendas, utensilios y otros efectos militares existentes en los almacenes y otros lugares. Se nombrarán, respectivamente, dos Comisarios para comprobar el estado de este material, y verificarlo con arreglo a él.

Art. 8.º Tan pronto como sea aceptada la presente capitulación, todas las plazas fuertes y otros puestos serán devueltos a las tropas de la República.

El texto de esta capitulación fué llevado por el Jefe del Estado Mayor del Ejército de sitio General Despinoy al General Navarro, quien, tras de una discusión sin importancia, hubo de firmarla el mismo día, 26 de mayo (7 preiral).

Consideraciones sobre las conversaciones sostenidas por el General Navarro con el Almirante Jefe de la Escuadra Real, Gravina

En las conversaciones que el General Navarro tuvo con el Almirante Gravina, según sabemos, éste propuso embarcar la división entera, dado que indudablemente ésta era una buena ocasión para escapar del peligro. Pero el ofrecimiento del Almirante no pudo ser aprovechado. Habiendo salido la escuadra, la noche del 26 fué sorprendida por el temporal, y la mar gruesa la forzó a fondear a la vista del puerto. Esta desfavorable circunstancia fué la que indujo realmente a Navarro a aceptar la propuesta de capitulación tal cual había sido ofrecida por el General Dugommier. Reconozcamos que, según lo estima el criterio francés, éste no se mostró grandemente exigente.

Refiriéndose a esta capitulación el General Gómez de Arteche, no queriendo pasar por alto la determinación de la responsabilidad de los que pudieron intervenir en el desarrollo de los acontecimientos acabados de exponer, pregunta: «¿A quién echar la culpa? ¿A Gravina, a los elementos o al General Navarro?» Y su contestación es terminante: «No sería difícil demostrar que todos la tuvieron; porque Gravina debió salir antes y el viento no se hubiera opuesto quizás a su navegación, y porque Navarro, de esforzar un poco más su defensa, y a eso debía invitarle la proximidad de la escuadra, habría logrado un momento en que pudieran los buques acercársele y recogerlo con toda su tropa.»

Juicio francés sobre la actitud del General Dugommier ante la capitulación

Por otra parte, al declarar que los términos de la capitulación no eran del todo exigentes, cabe preguntar, asimismo, a qué se debía esta actitud del General en Jefe del Ejército Republicano. Y como es lógico,

dejemos al testimonio francés la exposición de las razones que la justifican. «Los motivos que habían determinado a Dugommier a no mostrarse riguroso eran de dos clases —afirma Fervel—. Era, desde luego, un sentimiento de compasión el que había movido su noble corazón: Pues si consentía el dejar a la guarnición de Collioure retornar libremente a España, bajo la única condición de que un número semejante de prisioneros franceses fuese en cambio devuelto, era porque sabía a qué tratamientos odiosos, estos infortunados prisioneros dispersados por la Península, se veían expuestos, por lo cual le corría prisa, como a todo su ejército, procurar su liberación; y siendo así, ¿para qué arrastrar a Navarro a la desesperación y qué resultaría de ella? Este resultado no sería otro que el que puede suponerse. El General español, ganando un día, incluso algunas horas, podía esperar a que el viento cambiase y la escuadra liberadora apareciera.»

Un rasgo característico del General Navarro.

Fué este último motivo el que también influyó en Dugommier al exigir de Navarro ratificara su firma con la aprobación de su Jefe. Desdichadamente este vicio de forma, que permitió a Unión eludir la palabra de su lugarteniente, tuvo bien tristes consecuencias, como veremos más adelante. Y es honroso, para la condición caballeresca de nuestro General, el ver como ante la consideración del art. 5.º de la capitulación que obligaba vejatoriamente a nuestra Nación, no sólo a declarar conspiradores, rebeldes y traidores, a los franceses acogidos a nuestra bandera, sino a entregarlos además a los republicanos, lo que puede suponerse no representaba otra cosa que condenarlos a la guillotina, inteligentemente el General Navarro supo eludir esa obligación, estampando, al pie del capítulo, la digna frase de *no se cree que haya alguno*, para lo cual hubo de embarcar, con gran peligro para ellos, dado el mal estado del mar, a cuantos emigrados quedaban todavía en Collioure, y, sobre todo, a los de la legión auxiliar francesa, llamada de la Reina (1), la cual por su entusiasmo monárquico, y a causa misma de su posición en Collioure, se había distinguido en la defensa, y destacado brillantemente entre los más fogosos y bravos mantenedores de la plaza.

(1) La legión de los emigrados llamada de la Reina, era una de las dos que se habían organizado en nuestro ejército con los emigrados franceses: La primera era la del Vallespir, compuesta casi exclusivamente de aldeanos del alto Tech, estando mandada por un tal Costa vecino de Saint Laurent de Cerdá. La segunda legión era la citada de la Reina, y ésta se hallaba, por el contrario, casi toda ella constituida por los aristócratas de nuestro departamento meridional, a las órdenes del Vizconde de Gand. Revestía pues, la primera, un carácter democrático, en contraposición con la condición de nobleza que afectaba la segunda. No es extraño, por lo tanto, que ambos jefes no se entendieran fácilmente, pues así, mientras Costa, que había aceptado el sobrenombre de Laroche Jacquelein del Mediodía, parecía combatir, más que por la realeza proclamada en Coblenza, por las franquezas y los fueros de esos montañeses, entre los cuales su familia, hacia siglos, tenía una posición privilegiada. La legión de la Reina intentaba restaurar la antigua Monarquía. El encargado del embarque de esta Legión fué el Coronel Amoró, que tanto había de distinguirse en las luchas posteriores.

Ejecución del acuerdo tomado.—Las tropas sitiadas desfilan ante los sitiadores el día 27 de mayo.

La capitulación hubo de llevarse a cabo el 27 de mayo (8 prairal). Ya en la tarde anterior, las tropas francesas hubieron de tomar posesión de los puestos avanzados de la plaza reconquistada. La división española compuesta de seis mil cuatrocientos sesenta y ocho soldados, trescientos sargentos y trescientos ochenta y cuatro oficiales de todas las graduaciones, desfiló, con todos los honores de la guerra, en medio de las tropas asaltantes, formadas en dos filas paralelas. Entre los oficiales figuraban tres Mariscales de Campo, diez Brigadieres y quince Coroneles. Las tropas españolas fueron a la playa de Gandú a depositar sus armas, y, desde aquí, habrían de trasponer la frontera por el coll de este nombre. Dióse el caso lamentable de que apareciera a la vista de los nuestros la escuadra del Almirante Gravina, cuando, con la humillación que puede comprenderse, comenzaban nuestros soldados a desfilar por el Coll referido.

Habíamos abandonado al enemigo 22 banderas, 91 piezas de artillería, 6.578 fusiles y todos los caballos, mulas y objetos o material de equipo de un Escuadrón de caballería, así como el de bastantes compañías de artillería. En el Apéndice número 4, podrán nuestros lectores conocer todo el material de artillería que fué recogido por los franceses.

Juicios autorizados condenando la forma en que hubo de llevarse a cabo el convenio o capitulación de referencia.

Dura es, por todos conceptos, la calificación que Morla aplica al hecho histórico que acabamos de relatar. Después de condenar el mantenimiento de aquellas plazas, no vacila en afirmar: «Y así se dió lugar a la torpe y vergonzosa capitulación de Collioure, sosteniendo a Navarro y no enviándole con su capitulación a Dugommier para que fuese responsable de ella». No podemos hacer nuestra declaración tan terminante. Reconozcamos que, según expone el Conde de Clonard. «En las circunstancias dominantes la pérdida de las plazas de referencia era un acontecimiento lógico, como consecuencia indispensable de la retirada sobre Figueras. Resultaba, sin embargo, un cargo muy grave contra el Conde de la Unión. Si este General no había renunciado completamente a la idea de recobrar la ofensiva. ¿Por qué no aventuraba una batalla para penetrar en el cuerpo del ejército enemigo y sostener aquellos tres puestos con la punta de su espada? Si, al contrario, los consideraba insostenibles ¿por qué no había dispuesto evacuarlos oportunamente, evitando que se aniquilasen con estériles esfuerzos sus bizarras guarniciones? El valor, muy raro de evitar las humillaciones en la desgracia, es el que más ennoblece al corazón humano, y el que más contribuye en la guerra a sostener la moral de un ejército.»

Para el General Arteche aquella capitulación adolecía de un defecto capital, el de no haber sido aprobada por el General en Jefe Español, defecto que Dugommier había dejado inadvertido, por el ansia, sin duda, que le devoraba de no demorar un momento la ocupación de aquellas plazas, y poder inmediatamente dirigirse al teatro de las operaciones en campo abierto. En cambio aquella omisión, siempre tan grave, daba lugar a que el Conde de la Unión eludiese los compromisos de tal convenio militar, tomados sin anuencia, negándose a lo que también era capitalísimo en el General francés, a la restitución o canje de los prisioneros franceses internados en Cataluña. Esta determinación del Conde de la Unión fué aprobada por el Rey, según consta de una manera irrefutable en la correspondencia del primero con el Ministro de la Guerra.

No podía por menos hecho semejante de dar lugar a una serie de contestaciones entre los generales de uno y otro ejército, y fué tal la conmoción y el ruido que causó en la Convención, que ésta acabó por declarar a España la guerra sin cuartel, a lo que el Conde de la Unión hubo de manifestar que él, en cambio, respondería llevando a cabo una lucha, aún más generosa que la *humana* y *caballescica* que durante su mando había hasta entonces practicado.

A juicio de nuestro General e historiador militar: «Dos son los gravísimos errores que se cometieron de uno y otro lado por los generales beligerantes, el del sostenimiento de aquellas plazas por el español y el de su ataque por el francés». Y, para demostrar la razón de este aserto, arguye: «Porque si error es, y gravísimo, repetimos, en Unión el de mantener unas fortalezas cuya pérdida era ya inevitable, privándose de la fuerza de siete mil hombres que tanto podía influir en la defensa de la frontera española, no lo era menor, en Dugommier, el de paralizar, durante un mes entero, las operaciones a que estaba llamado, después de una derrota tan ejecutiva y completa como la que el 1.º de mayo había sufrido el ejército de sus enemigos. Su primer cuidado, y bien lo hace ver el historiador Fervel, debió ser el de no dar punto de descanso a sus enemigos, ya que se retiraban en un desorden que los haría incapaces de defenderse en otro punto que el de Figueras, y eso si no tenía lugar un pánico igual al que, meses después, produjo la vergonzosa rendición de la fortaleza inmediata de San Fernando. ¡Cuántos lances de alternativa fortuna, y probablemente hasta su muerte, se hubiese evitado el General Dugommier!»

Positivamente el pacto vino a quedar cumplido en su primera parte, mas no en la segunda. Opina el General francés Doppet, en sus «memorias político-militares», que al negarse los españoles a cumplir la devolución de los siete mil hombres internados en España a cambio de los siete mil nuestros rendidos, según lo disponía el artículo 5.º, era debido a que, como ya hemos visto anteriormente, al reclamar los franceses a sus conciudadanos como conspiradores, rebeldes y traidores a la República, era tanto como entregarlos a la guillotina, y fué, para eludir ese

acto inhumano, por lo que el General Navarro escribió lo de «no se cree que hay alguno» excusándose de dar exacto cumplimiento al convenio pactado. Afirma Doppet que, Dugommier, después de nombrar en la capitulación los puestos de Collioure, Port Vendres y Saint Elme añadió las palabras, *entregados por traición*, lo que, según el narrador de quien es este informe, llevó a los españoles al incumplimiento del contrato.

Exponen los autores franceses que el espíritu de Dugommier al establecer aquella cláusula, no era tomar represalias sobre los realistas, sino efectuar un simple cambio de prisioneros, por lo cual su indignación fué enorme al ver que, los siete mil franceses, no eran devueltos, y creer, o decir que creía, que habían sido internados en España, sometiendo a marchas penosísimas que habían de causarles la muerte.

Pero, como dice Ossorio y Gallardo «Sea cual fuera la más legítima hermenéutica del convenio, lo cierto es que, el Conde de la Unión, no otorgó el canje, reputando enorme torpeza lo hecho por Navarro, y negando validez a lo acordado por no tener éste autoridad propia para pactar en definitiva, sin la ratificación de su general en jefe.»

«Cruzáronse entre Dugommier y Unión cartas muy acres, las de aquél insultantes, las de éste moderadas. A tal punto llegaron las cosas, que Dugommier pidió a la Convención el decreto de guerra a muerte contra España, y los representantes en el ejército de los Pirineos Orientales, Milhaud y Soubranny, apoyaron la pretensión diciendo que, nuestro Gobierno, como el inglés, debía figurar en la coalición de los bandidos coronados.

«La Convención decretó que, en adelante, no serían hechos más prisioneros españoles, es decir, la guerra a muerte. Y, aunque quizás la íntima resolución de las conciencias no llegase tan lejos como el hervor de las palabras, es indudable que la situación se agravó considerablemente, y que el antecedente referido sirve para explicar la sanguinaria ferocidad que en adelante caracterizó a la guerra.»

Influencia ejercida sobre la opinión francesa por la recuperación de las plazas costeras del Golfo de León

Los franceses podían sentirse satisfechos de la victoria que acababan de alcanzar. Fervel califica el sitio de notable. «Veintidós días había durado el hecho, y si, los catorce mil hombres, diseminados en una extensión de cuatro leguas, acaso dobladas por los accidentes del suelo, se habían tan sólidamente mantenido delante de más de siete mil soldados aguerridos y concentrados, ello era debido, en parte, a la triste posición en que habían quedado los sitiados, después de la victoria francesa del Boulou». Es éste un reconocimiento del valor de nuestros soldados, que hay que agradecer a la información de la Nación vecina. Pero ésta no podía quedarse satisfecha si, por su parte, no pudiera declarar el mérito de los suyos. «En el sitio de que

tratamos es preciso también hacer honor a la bella conducta de los sitiadores —declara Fervel—, no solamente a su bravura, cuya constancia no hay necesidad de hacer presente, sino a las virtudes que hasta entonces no habría tenido ocasión de manifestar: A su vigilancia en el vivac, a la abnegación con que aquéllos habían soportado durante el reposo, no obstante la estación todavía retrasada en estas montañas, a los rigores de un frío que no había sido interrumpido más que por las lluvias torrenciales o por las borrascas del mar. Ni una sola tienda de campaña había quedado en pie. Dugommier, por otra parte, era el primero en dar el ejemplo, pues apenas, a pesar del estado de sufrimiento en que le había dejado su herida, podía buscar durante la noche algunas horas de reposo en la choza helada que compartía con Soubrany en la cima de las Daines, y que casi no le abrigaba de las intemperies del aire, así como de los vizcaínos españoles (1). De esta suerte, la recuperación de Collioure añadió un nuevo lustre a la corona mural del vencedor de Tolón.»

Y ya en este trance dejemos al historiador francés que, como de costumbre, se expande libremente: «Esta abnegación del ejército francés había excitado en la población rosellonesa una loable emulación, y de todos los puntos de la provincia se venía en ayuda de los sitiadores. Fué así como los habitantes de un pueblo ya célebre en la defensa de esta frontera, los intrépidos contrabandistas de Banyuls, hubieron de reaparecer escoltados, como el año anterior en el Puig de la Calme, de sus mujeres y de sus hijos. Las mujeres, sobre todo, habían demostrado una sangre fría y una audacia por encima de todo elogio. Cada día, en efecto, se veía a estos valerosos montañeses subir, bajo el fuego del enemigo, las pendientes más escarpadas, para llevar a nuestros soldados cartuchos, pan, medicamentos y curar sus heridas. Fué a causa de ello, y en respuesta a tan admirable conducta, como Dugommier hubo de asignar a los soldados de Navarro la plaza de Banyuls para depositar sus armas, y fué, por esto también, por lo que el artículo 4.º de la capitulación estipulaba, en primera línea, la libertad de los *Banyulins* arrancados de sus hogares, de los viejos o ancianos hechos prisioneros en sus propias casas y cargados de hierros y de ultrajes, en castigo del patriotismo de que daban muestras. Por último, la Convención cuando diez días más tarde decretó que el ejército de los Pirineos Orientales seguía mereciendo bien de la Patria, incluyó en el mismo honor a los habitantes de Banyuls, añadiendo que, se elevaría en la plaza de su pueblo un obelisco de granito, destinado a perpetuar el recuerdo de una lealtad tan bella, y del homenaje tan señalado con que habían sido recompensados. En el mismo decreto fueron comprendidos los habitantes de Collioure, es decir, aquellos que habían abandonado la plaza o habían quedado en las afueras. Casi todos ellos pertenecían

(1) Sin duda alguna Fervel ignoraba que los vizcaínos es un pueblo que no habita en los Pirineos Orientales, sino los opuestos de Occidente. Los pobladores de los Pirineos de que se trata, no son otra cosa que catalanes.

a las familias de la brava municipalidad que, sabemos, llevaron a cabo una enérgica defensa en 1793; y es oportuno hacer observar que, algunos, llegaron a servir como voluntarios en el ejército, como aconteció con el ciudadano Honoré Pi, quien, así, trataba de vengar la muerte de su padre, y cuya casa, en Cosprons, hubo de servir de anexo al cuartel general de Dugommier.

Según su costumbre la Convención hubo de decretar el cambio de nombre de estas posiciones recuperadas por los franceses, y, así, Port Vendrès recibió la designación de Puerto de la Victoria y Saint Elme, el de Fuerte de la Roca.

Efecto causado en los partidarios de la revolución en Cataluña

Y para terminar este capítulo haremos observar que, como consecuencia de todos estos episodios, tan favorables a la causa de la Revolución, la osadía de sus partidarios hubo de subir de tono y, así, según comunicaba el Diario Oficial de Barcelona, en parte correspondiente al 14 de mayo de 1794, facilitado por el Cuartel General de Figueras, que, encima de la puerta de la iglesia de Tarradas, de donde los Somatenes habían sacado a los franceses, matándoles tres hombres, se halló un papel escrito en castellano que decía así: LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD». Jamás se había prometido la República francesa hallar tan grande resistencia en Cataluña como la que han encontrado sus tropas y por ella se han visto precisados a quemar algún pueblo. El General francés en nombre de la misma República les amonesta que, si en adelante continúan los paisanos resistiéndose, experimentarán mayor rigor, pero si se someten sin resistencia, les conservará sus derechos y les dispensará su amor y buena acogida.»

Consideraciones varias sobre las noticias propaladas con motivo del hecho de que trata

No parece que estas propuestas así formuladas hicieran gran impresión en la población de Cataluña. Esta no dejaba de tener, por el Diario de la Capital del Principado, conocimiento, que pudiéramos llamar oficial, de cuanto acontecía en el frente de las operaciones, y entre los varios extremos, expuestos por dicha información, hay algunos dignos de ser conocidos. De entre ellos vamos a señalar los siguientes:

En el comunicado del Campamento de Figueras, y Cuartel General de 26 de mayo, se hacía constar que, en el ataque del 21 al 22 de este mes, eran ya, cinco, los días que llevaba sitiado el castillo de San Telmo y que la insistencia de los enemigos se desarrollaba con tanta furia que parecía imposible poderlo resistir —añadiendo— como al mismo tiempo

que intentaban escalar dicho castillo, atacaron a Port Vendres, con sable en mano, llegando hasta los arrabales de Collioure, pero siendo en todos los puntos igualmente rechazados y dejando en los fosos más de mil quinientos hombres. Nosotros tan sólo tuvimos algunos muertos y heridos —afirmaba el Diario de Barcelona— y aumentó el número de unos y otros la casualidad de haber caído una bomba en un laboratorio de mixtos, en el cual había una porción de cartuchos, resultando muertos de la explosión, sesenta y dos soldados de guardias españolas.

En esta misma información se daba a conocer que, el General Navarro, había dispuesto saliesen del Castillo de San Telmo y Collioure todos los emigrados, y, como esto, pudiera dar lugar a sospechas, nada favorables para ellos, se declaraba que «la medida se había tomado, no porque no cumplieran con su obligación, pues el Batallón de Villespín ha peleado con mucho valor, sino, por no exponerlos tanto, pues, al que pillan los franceses, no le conceden dos horas de vida y en su lugar han ido los Batallones de Navarra y Saboya.»

Esta información, facilitada por el Diario de referencia al pueblo catalán, propugnaba por todos medios no dejar abatir el ánimo y la esperanza y, de esta suerte, en este comunicado de 26 de mayo se declaraba que: «Diferentes veces, han intimado los enemigos de San Telmo y Collioure, pero el señor Navarro les contesta con la mayor frescura, unas veces que está comiendo», otras, «que no está para oír impertinencias» y últimamente les ha contestado: «Que no piensen en su rendición porque por arruinado que esté el fuerte de San Telmo (que ha padecido mucho) se formará sobre sus ruinas una batería, que para ganarla tendrán que sacrificar muchos millones de hombres, pero que con esto nada conseguirán porque les faltaba ganar otras muchas baterías antes de asaltar las murallas, y que para esto aún les quedaba los brazos que es lo más temible.»

Consideraba la información que nos ocupa, como consecuencia de cuanto acabamos de exponer, «ser preciso advertir al público que, como se decía con toda verdad, la tropa estaba tan contenta con el señor Navarro y tan animada con su ejemplo, que debemos prometernos una victoria, la más completa y una defensa, la más gloriosa». «Aunque la artillería del castillo de San Telmo está toda desfogonada —se añadía— se defienden con las granadas de mano, a las que temen los franceses por el estrago que hace en ellos.»

Pero tan noble propósito fracasó por completo, y, el 28 de mayo, en noticia facilitada desde Pont de Molins, se manifestaba sin atenuación ninguna: «Ya hemos perdido a Collioure, saliendo la guarnición para España, bajo palabra de honor de no tomar las armas durante la guerra, y que, le hemos de dar cuatro hombres, de los prisioneros franceses que tenemos. Los Batallones que hemos perdido creo que son catorce: cuatro de Guardias Españolas, dos de Guadalajara, dos de Murcia, tres de Navarra y el 1.º de Burgos, otro de Córdoba y el de Tarragona.»

Ante hecho tan desgraciado, algo no obstante, podía consolar el ánimo de los vencidos, pues, según comunicación del 2 de junio, procedente de Figueras, «grandes elogios había hecho el General francés de la bizarra defensa que en 26 días había hecho nuestras tropas de Collioure, habiendo rechazado tres veces a los enemigos.»

«Su pérdida se regula en trescientos hombres durante el sitio, y la nuestra a cuatrocientos, y si nuestra Marina no hubiese abandonado el puerto de Port Vendres, dando lugar con esto a los franceses para que desembarcasen cañones, y colocasen, a distancia de un tiro de pistola de San Telmo, una batería de veinticuatro piezas, no hubieran conseguido su rendición ni la de Collioure.»

Si hemos de atenernos a la información del ilustre historiador militar, el Teniente General Jomini, la capitulación del Collioure atrajo la desaprobación del ejército que esperaba del General Navarro, diese pruebas de mayor vigor. La Unión no quiso ratificarla y reprochaba a su subordinado no haber intentado abrirse camino con su división. Aunque la naturaleza de los lugares permitiera cerrarle el paso con fuerzas inferiores, parece, en efecto, que él debía hacer la tentativa, dado que, esta obligación, hállase impuesta por las Ordenanzas a todo Comandante Jefe de destacamento y habida cuenta, igualmente, de que no parecía ser imposible forzar el cordón que con sus fuerzas, tenía establecido la división Sauret.

Situación de las divisiones de Perignon y Augereau durante el ataque a las plazas costeras.—Un reconocimiento sobre la izquierda española.—Muerte del General Labarre

Y finalmente no deja de ser oportuno el advertir como durante toda la duración del sitio de Collioure y 15 días después, las divisiones Perignon y Augereau quedaron alrededor de Bellegarde, limitándose a hacer, el 7 de junio, un solo reconocimiento contra la izquierda de nuestro campo. Los soldados españoles, firmes en sus puestos, rechazaron bravamente el ataque francés, muriendo en él un digno general republicano: Labarre. El proyectil de uno de los fusiles de los nuestros había cortado, en un instante y para siempre, el hilo de la vida de un hijo de la Revolución, a quien, legítimamente esperaba, un brillante porvenir de gloria y de triunfo.

CAPITULO XI

Invasión de Cataluña por el ejército francés

Estado de la situación española a raíz de la capitulación de las plazas costeras.—Se trata de garantizar la defensa de la plaza de Gerona



ON la capitulación de las plazas de la costa tan sólo quedaba en el territorio rosellonés, en posesión de los españoles, la fortaleza de Bellegarde, abandonada a la voracidad de un enemigo en plena exaltación pasional a causa de sus victorias y sediento de restitución y de venganza. Una vez establecido el sitio su caída era cuestión de tiempo únicamente. No podía pesar gran cosa en la marcha de las operaciones que los ejércitos de la Revolución pudieran emprender. Y así debió de entenderlo el pueblo catalán y las propias autoridades militares, cuando, con todo acierto éstas dispusieron, según informa un comunicado del Diario de Barcelona, de 15 de mayo de 1794 procedente de Gerona, el completar sus defensas, «colocando ya, algunos cañones en los castillos y fortines que defienden esta plaza, en la cual se trabaja sin cesar, de manera que, dentro de pocos días, podrá resistir cualquiera fuerza enemiga». Las medidas tomadas para la defensa no podían ser más enérgicas: «Por medio de un pregón se ha mandado que, en el preciso término de veinticuatro horas, salgan de esta ciudad todos los emigrados franceses de cualquiera clase que sean, y se les previene que vayan a Barcelona, donde se les dará destino.»

Había sido nombrado Comandante de Armas de la ciudad, el Teniente General don José Simón Crespo, y según la información de que se trata, «éste, desde luego, hubo de dar una orden a los comandantes de las guardias en las puertas, para que todo oficial que entrara sin pasaporte lo acompañasen a su casa y a los soldados los llevaran a la cárcel, dándole parte. «La amenaza no era pues ignorada por nadie.

Circunstancias que determinan la invasión de Cataluña. — Reflexiones de Dugommier.—Su significación real

La invasión de las tropas francesas no fué sin embargo, todo lo pronta que las circunstancias permitían. Dugommier, ante la empresa que con tanta ventaja le ofrecía la fortuna, dando rienda suelta

a su fantasía revolucionaria, se había entregado a toda clase de ensueños y divagaciones. Y así, el 12 de mayo, desde su cuartel general, establecido en el peñón de las Daines, escribía al Comité de Salud Pública la extensa y ditirámica carta que decía así: «El ejército de los Pirineos Orientales va a penetrar en España. ¿Qué fin se propone el Gobierno? Yo lo ignoro. Cualquiera que él sea, creo deberle comunicar mis reflexiones sobre Cataluña.»

«¿El ejército entrará en ella como un torrente que desvasta todo y no deja tras su paso otra cosa que la aridez, la desolación y un largo testimonio de todo lo que ha destruído? Hará bien en arrastrar en su lecho las riquezas de la comarca, y no las transportará por sus ríos bienhechores que fertilizan y hacen deseable su vecindad. Cataluña es una soberbia y rica provincia por sus cosechas de toda especie y sus industrias. Es recomendable por sus minas y sus puertos en la costa Mediterránea. Pero lo que sobre todo debe decidir a utilizar los catalanes es la certidumbre de establecer entre Francia y España un nuevo bulevar más sólido que el de los Pirineos. Tal es la ventaja que ofrecen los catalanes reunidos a nuestra República. El catalán es bravo, activo, laborioso, enemigo de España, ha amado siempre la Libertad, y cuando la vea unida a la Igualdad, esta reina de las naciones, habrá de reunirse prontamente a los que combaten por sus principios. La bandera de la Fraternidad marchará a la cabeza de nuestra vanguardia; la palabra Orden supondrá protección, y los catalanes, bien pronto afrancesados, osó predecirlo, nos facilitarán nuestros ulteriores proyectos acerca de España. Respetaremos las propiedades de los particulares, al clero secular y a las parroquias; este clero hállase en oposición con los monjes. Estos últimos, así como los conventos, caerán a los embates de la razón, y los eclesiásticos se considerarán relevados de la humillación en que los tiene una estúpida preferencia.»

«Escogeremos todo cuanto pueda pertenecer al Gobierno; los despojos, los de los monjes, que no será difícil justificar a los ojos del pueblo, serán suficientes a satisfacer los gastos del ejército, conservando las propiedades de los hombres de buena voluntad a tiempo mismo que elevemos los de aquellos que no tienen nada, según nuestro sistema, puede preverse como un suceso cierto que la provincia se levantará bien pronto en favor nuestro. Concluiremos de fraternizar por un comercio franco y leal y será de este modo cómo el ejército francés marchará en seguida cual si lo hiciera entremedias de sus propios hogares.»

Como pueden apreciar nuestros lectores, esta carta constituye un documento típico de aquel período histórico. Todos los prejuicios franceses acerca de España y de los catalanes están en ella contenidos; todos los errores acerca de una posible sucesión de los acontecimientos; todas las estériles apelaciones a la Igualdad y a la Fraternidad. Reconozcamos, sin embargo, que en esta ocasión el General Dugommier no brillaba por su originalidad, pues, como afirma el historiador francés,

«este pensamiento de reunir Cataluña a Francia, que se presentaba coloreado con todas las ilusiones propias de la época al espíritu del General republicano, había germinado en los grandes hombres de todos los tiempos : a Carlomagno que la había realizado ; a Richelieu, que se preocupó de ello en su lecho de muerte, y, a Luis XIV, que no quería, «hubiese ya, más Pirineos». La viabilidad de estos proyectos que todavía habían de reproducirse, la suerte que les estaba reservada, la historia se encargará de enseñarlo oportunamente. Y cuando, a continuación, Fervel, expone su propósito de llegar ante todo a un conocimiento apropiado de esta región, declara que, ella, ha sido objeto de una persistente codicia, y tan constantemente agitada por la fluctuación de la política y las tormentas de la guerra. «Esta tierra apartada, no obstante los esfuerzos de muchos siglos, apenas ha podido conseguir su fusión en el cuerpo de la Monarquía española.» (Recogemos este último concepto del testimonio ajeno, en todo cuanto tiene de fecunda enseñanza histórica.)

Consideraciones sobre el aspecto del territorio catalán. — Las comunicaciones. Su producción agrícola. — La navegación

No hemos de entrar nosotros en esta descripción del territorio catalán, que hemos expuesto detalladamente en los dos primeros Capítulos de este tomo, ni hemos de repetir cuanto en los posteriores se contiene referente al aspecto militar de la misma y a su síntesis histórica, a tenor de lo hecho por el escritor que citamos. No representa esto, advertiremos, la forma triangular del territorio catalán que nosotros señalamos, sino que para él, Cataluña, está comprendida dentro de un cuadrilátero formado por los Pirineos Orientales, el Segre, el Ebro inferior y el mar. Trapecio que tiene treinta y cinco leguas de anchura media por cuatrocientas cuatro de altura, enteramente cubierto de altas montañas, mas es de advertir que, en esta apreciación, Fervel, no comprende la totalidad de su territorio que, como sabemos, se extiende más al sur del Ebro.

Para darse una idea del aspecto general de Cataluña hay que figurarse pues, según su juicio, «hallarse éste representado por un amontonamiento sin orden y casi sin interrupción de montañas de primera altitud, entre las cuales serpentean una infinidad de gargantas replegadas en todos sentidos, estrechas, profundas y bordeadas de perpetuos escarpados; luego, de aquí y de allá, algunas pequeñas llanuras, de las cuales, las más considerables son las vecinas al litoral».

Según lo expusimos nosotros en los capítulos que hemos citado, es fácil comprender que, en semejante comarca, las comunicaciones no son muchas ni buenas. «Ellas eran entonces, las más malas de España, a punto tal que, exceptuando la carretera de la frontera a Barcelona y la de Zaragoza a Valencia, no era falso el asegurar que, tan sólo podía circularse en Cataluña a través de largos y amenazadores desfiladeros,

o de peligrosas cornisas practicables tan sólo a las mulas». Pero, con gran satisfacción nuestra, el historiador militar francés no dejaba de reconocer que este estado de cosas ha cambiado notablemente después, y, hoy podemos asegurar ser una de las regiones que dispone de mayores y mejores vías de comunicación.

Sin duda alguna, la descripción por él hecha, se limita al tiempo preciso en el que hubo de desarrollarse la guerra de que estamos tratando. Y, en este supuesto, es lícito que pudiera indicar que, los ríos son generalmente vadeables, pero frecuentemente, sin puentes y casi todos ellos torrenciales, por lo cual, las menores lluvias, los exponen a inundaciones tan repetidas, tan súbitas y terribles que las comunicaciones vienen a quedar interrumpidas. La configuración y la naturaleza del suelo impiden los grandes cultivos, y la provincia, no puede satisfacer a su consumo, no obstante la actividad catalana que, sin embargo, suple tanto como le es posible, y, muchas veces, con rara satisfacción, a la penuria de sus productos agrícolas... Pero es de justicia manifestar que, en todo tiempo, se ha distinguido el pueblo catalán por su constancia y habilidad en el trabajo, porque, si bien es cierto cuanto antes se ha podido decir, no lo es menos que, en medio de las más ásperas rocas, se ven extender en largos escalones de verdura, campos cubiertos de sembrados, de praderas, de vergeles; las llanuras del pie de las colinas, debido a un hábil sistema de riego, producen una fertilidad que admira; el litoral hállase plantado de olivos y se recoge aquí el vino en abundancia.»

Y si este cuadro no ofreciera ya un aspecto risueño y favorable, no lo es menos el que a continuación nos dibuja Fervel: «Los brazos, que no son necesarios a una agricultura así restringida, los ocupa la industria: las montañas abundan en carbón mineral, en minerales de hierro y de plomo; los valles están sembrados de fraguas; los pastos, en donde se crían caballos tan sobrios como ágiles; alimentan rebaños numerosos que mantienen, a su vez, una abundante fabricación de cueros y de tejidos de lana.»

Estimábase entonces que Cataluña tenía a su cargo la quinta parte de los negocios comerciales de la Península. El cabotaje de sus costas era muy activo. Y este tráfico marítimo estaba favorecido por las especiales condiciones naturales de casi todas ellas, pues están admirablemente cortadas para esta especie de navegación, presentando, a lo largo de cien leguas de desarrollo, una infinidad de fondeaderos de toda clase, desde las más humildes caletas a los puertos de primer orden. A principios del siglo último (XVIII), a continuación de las desdichas que acompañaron a la agonía de la Casa de Austria, la provincia había quedado reducida a 255.000 habitantes. A fines del mismo siglo se había elevado a 814.000. En tiempos de Fervel (1861) Cataluña contaba con 1.300.000 almas. En diciembre de 1948, esta población es de 3.500.000 según las estadísticas oficiales. Esta cifra es mucho mayor en la actualidad.

Sobre la base de estas consideraciones de carácter general, fácil es comprender qué concepto había de merecer a los franceses el aspecto militar de esta región, teatro de las operaciones que vamos a estudiar. El historiador francés, tantas veces aludido por nosotros en el desarrollo de este trabajo, por razones que expusimos y no hay por qué repetir, se considera en el caso de exponer una consideración previa, al tratar del aspecto militar de referencia. «Si es frecuente que provincias de cierta extensión sean atravesadas por algunas de esas grandes nevaduras que dibujan la armazón superficial del globo, es muy raro el encontrar que estén totalmente recubiertas de altas montañas; por lo menos en la Europa occidental tan sólo pueden citarse tres ejemplos. La Suiza, que es una expansión de los Alpes; Portugal; y a la otra extremidad de la Península hispánica, una ancha difusión (émpanchement) de los Pirineos orientales, Cataluña. Estas tierras excepcionales, de tal modo fortificadas por la naturaleza contra las agresiones extranjeras, son, en general, comarcas de carácter independiente, como lo testimonia el conjunto de los nombres antes citado. Por ello ofrecen el más grande interés desde el punto de vista militar. En este concepto vamos a ver cómo la región que nos ocupa no tiene que envidiar nada a aquellas otras de Europa que han sido estimadas como las primeras» (Fervel).

El concepto que le merece a este historiador las condiciones del territorio catalán, coincide en absoluto con cuanto hemos expuesto en el Capítulo VIII de la primera parte de este Tomo, y ante el hecho de que las montañas de Cataluña no afectan un encadenamiento bien regular reconoce no obstante, poder reducirlas a los cuatro grandes contrafuertes pirenaicos que separan las cuencas de los cinco principales ríos del país, el Segre, el Llobregat, el Ter, el Fluviá y el Muga, y fundándose, asimismo, en la circunstancia de que estas divisorias constituyan verdaderas líneas de defensa, no pudiéndose dar el nombre de tales a los torrentes de régimen tan variable que acabamos de nombrar, no sirviendo en realidad para otra cosa que para delimitar los pies de las montañas que los encajan. Diremos por lo tanto que Cataluña dispone, en su zona septentrional, una debajo de otra, de cinco grandes líneas de defensa en relación con la cresta principal de los Pirineos, yendo, todas ellas, a terminar en el mar, envolviéndose unas a otras desde el Nordeste al Sudoeste, razón por la cual esta disposición parece poner estas líneas de resistencia a resguardo del peligro de ser cortadas, aunque, por otra parte, parezca que exigen dar mayor extensión al cordón defensivo, dado que éste debe cerrarse por sí propio. Observemos cómo coincide esta apreciación con lo expuesto en el capítulo que se cita.

**Valor militar de las líneas fluviales del
Muga, Fluvia y Ter**

A pesar de los defectos achacados al sistema montañoso que se ha descrito, ellos son más aparentes que reales, y están en gran parte, compensados por la progresión que, tanto en altura como en aspereza, adopta la cadena pirenaica a medida que sus contrafuertes van enraizando más al oeste adquiriendo mayor desarrollo, y que la inclinación respecto de la línea fronteriza de los valles por ellas interceptados, se hace más amenazadora. Por esta razón la Muga es, a causa de su orientación, poco temible de ser utilizada como rampa para descender desde, las crestas al interior del país. El Fluvia, que envuelve al Muga, tiene su puente en una región bien difícil de abordar viniendo del norte, en tanto que la parte de su curso que se desarrolla paralelamente a la frontera pasa por ser la mejor de las líneas de defensa de Cataluña, siempre a condición de que el Ter esté bien guardado.

El Ter, en efecto, corriendo en un principio de N. a S., sería fatal para los catalanes al dejarse invadir esta primera parte, pues, como tuerce bien pronto hacia el E., yendo a regar la ciudad de Gerona, sería suficiente continuar el descenso del valle para tomar de revés todas las líneas que preceden. Pero la facilidad de barrer esta alta garganta del Ter, estrechada por montañas enormes, atenúa en gran parte los peligros que pueda presentar.

El Llobregat viene en seguida, teniendo su origen en una inextricable red de montañas confusas, y cuando su cuenca comienza a abrirse y desprenderse de esta red montañosa entra en la esfera de actividad de la ciudad de Barcelona. Finalmente, si el Segre, este quinto gran curso de agua de la región envolvente de todos los anteriores, adopta francamente la dirección de una línea invasora para poder penetrar en el corazón de la Península pero, en revancha, el relieve accidentado, y la continuidad de las montañas que le encajonan y constituyen un perpetuo y formidable desfiladero, hacen esta invasión sumamente peligrosa. Tal es la potencia del contrafuerte que acompaña a la orilla izquierda de este largo río, que incluso se le podría tomar, más que por un contrafuerte, por la continuación de la gran cadena principal, no pareciendo una rama de ella destacada como en realidad lo es. La línea del Segre constituye una cintura que, en caso de necesidad, pudiera servir de frontera entre Cataluña y España.

**Condiciones de Cataluña favorables a la
defensiva**

Si tenemos en cuenta todo cuanto acabamos de exponer, y cuanto hubimos de hacerlo anteriormente, muy bien puede apreciarse con cuanta justeza puede afirmar Fervel que todo estaba perfectamente dispuesto para la guerra en Cataluña, concurriendo todo a su defensa,

incluso la propia penuria de provisiones de que faltaba esta región verdaderamente predestinada. Desde luego la exigüidad de los recursos en víveres y en forraje es uno de los más potentes auxiliares con que cuenta, pudiéndose predecir lo que, por otra parte, está exhuberantemente probado por la experiencia, es, a saber, que, de todos los innumerables medios de resistencia acumulados en estas montañas, el más temible consiste en la dificultad de subsistir en ellas. Vauban decía: «*Si un ejército no quiere morir de hambre en Cataluña le es necesario o que sea dueño del bajo Ebro o que la mar se utilice*; y cuantos generales, después de este ilustre Mariscal han hecho la guerra en esta comarca, Suchet, Saint Cyr, Wellington, por no citar más que los últimos, han repetido esta aserción.

Características personales del pueblo catalán

Pero si por razón de sus condiciones naturales, la región que nos ocupa ofrecía un aspecto militar favorable en alto grado a la defensa, esta condición venía acrecentada por las características personales de los catalanes. Estos, a juicio del francés, «son hombres rudos, violentos, exclusivos, llenos de fiereza, poseídos de una sed desmesurada de independencia, de una inteligencia rápida, duros para ellos mismos y capaces de las más grandes cosas. El lujo de las localidades ha reaccionado de una manera fastuosa en sus habitantes, sobre todo en las clases elevadas, pero es especialmente, en los habitantes de las montañas en los que es preciso admirar el desarrollo de esta raza vigorosa, tan singularmente endurecida por sus hábitos nómadas y su ignorancia de las comodidades que ofrece la civilización. Lo que se destaca con una aspereza de forma frecuentemente chocante para el extranjero es su excesivo amor propio que, tanto a su conducta como a su trato, impone su severidad y presta a su marcha y a todos sus modales una apariencia de dignidad que no disgusta. Este aire grave viene acrecentado todavía por el vestido nacional, el bonete frigio rojo, la chaqueta de color chillón, el pantalón corto, la faja roja y el abrigo estrecho y largo, echado con gracia sobre las espaldas». Sin duda alguna esta descripción de Fervel responde a la realidad del aspecto ofrecido por los catalanes en estas épocas pasadas.

No podemos estar del todo conformes con este historiador en su insistencia en poner de manifiesto la escasez de recursos del suelo del Principado, como no lo estábamos en aceptar que, según sus informes, el país estaba erizado de plazas fuertes. Pero de todos modos reconocemos con él, que tantas circunstancias favorables al desarrollo del espíritu militar, debían acarrear los frutos consiguientes: «¿Qué, en efecto, más a propósito a despertar y a nutrir al genio de la guerra que esta situación a una de las puertas de un rico imperio tan frecuentemente codiciado? ¿Qué aspecto, las de estas imponentes barreras tan fáciles de ser defendidas?», pregunta, dejándose llevar por el impulso de

sus anteriores razonamientos. Y sin una contestación a las mismas, añade :

«Así los instintos belicosos del catalán, llevan un sello particularísimo. En él el amor a las armas es innato, y el manejo de ellas, constituye uno de los primeros hábitos de su vida. A la primera señal, cada hombre en estado de llevar un fusil se pone en pie. Inmediatamente la juventud fórmase en compañías francas, que marchan, con el nombre de Miqueletes, a engrosar el ejército regular. El resto de la población espera a que el peligro apremie, a que los hogares sean invadidos, para organizarse en Somatenes. Es esta la leva en masa. Al toque de rebato, cuyo nombre caracteriza a estos terribles levantamientos (en la lengua del país Somatén y rebato, son sinónimos), los habitantes de cada parroquia abandonan sus techos, encierran sus granos, repliegan sus rebaños, y van, con el cura a la cabeza, a ocupar alguna posición amenazada; pero dentro de la vecindad, a la vista de su campanario; o bien, corren a agruparse en cualquiera de esos burgos más notables entre ellos, débiles reductos en los que la naturaleza, algunos lienzos de pared, pero por encima de todo su indomable coraje, transforman en ciudadelas improvisadas.»

Un error de Dugommier.—Lealtad catalana a la causa de España

Como hemos visto anteriormente, para la invasión de Cataluña, Dugommier contaba con la devoción que sus naturales pudieran sentir por Francia y los franceses y en su creencia de que se disponían a traicionar a España. Es verdaderamente extraño que Dugommier y los suyos no se hubiesen bien informado, o hubieran perdido la memoria, de lo que había pasado en casos semejantes en tiempos anteriores, según el testimonio de la historia. Habían olvidado, por lo visto, la triste expedición de Felipe el Atrevido y, sobre todo, lo acontecido en el reinado de Felipe IV, cuando su sangrienta sublevación. Pudieron los catalanes en esta última ocasión, darse a la Francia por las razones que expone Fervel en su obra citada, pero no había que olvidar que, según las propias declaraciones de este historiador francés: «los hábitos dominantes de sus libertadores compaginaban mal con un orgullo tan quisquilloso y, a causa de ello, volvieron a llamar a sus antiguos dueños» (1).

«Pero de todos modos, grandemente cansados de éstos como de los otros, mas demasiado débiles para atrincherarse en sí propios, adoptaron el papel de una constante irresolución, engañándoles para hacer así perder sin cesar las esperanzas de cada partido, *encabritándose* siempre a la proximidad del freno.»

El historiador que nos ocupa se considera en el caso de justificar

(1) Salta a la vista lo impropio de esta designación. Los castellanos no se han considerado jamás dueños de los catalanes.

esta conducta de nuestros compatriotas del Principado y penetrando en el campo de la psicología expone: «Las almas ardientes y agitadas son infieles a sus odios de la víspera, como a sus caprichosas alianzas del día de mañana: Es la fuerza del agravio la que hace inclinar la balanza. Tales eran, entre las exacciones de los prétores de Madrid y las violencias de las guarniciones francesas, las oscilaciones de los catalanes, hasta que un Rey francés llamado por Castilla, vino a proporcionarles la ocasión de confundir su doble odio. De aquí el origen de esa resistencia desesperada a la casa de Borbón, que causó durante algunos años, la extrañeza y la admiración de Europa. Resistencia en la que los privilegios de Cataluña experimentaron un último y doloroso naufragio, tan doloroso que, las víctimas, no lo habían todavía perdonado al hombre francés cuando estalló la revolución».

Interpretación francesa del hecho

Si todo esto era cierto y así lo reconocía el criterio francés ¿cómo pudo la Francia revolucionaria disponerse a la conquista de Cataluña como recurso previo para la realización de los designios posteriores? El error y la torpeza no pudieron ser mayores. Dejemos hablar al propio Fervel: «Esta Revolución, en su avidez de propaganda podía desear hacer de Cataluña una república independiente y crear de este modo, al otro lado de los montes, un arsenal político en una plaza de armas. Pero el Comité del Terror, tenía otras atenciones a qué atender sin preocuparse de estas cuestiones lejanas y los Thermidorianos se encontraban demasiado preocupados en dar a Europa una garantía de moderación, concediendo a la España vencida una paz generosa, para lograr un propósito que, ni siquiera, había aflorado sus anteriores empresas. Los misioneros de la Revolución obtenían algún éxito en Barcelona y el litoral; pero como la ternura de los catalanes por la libertad, no es en el fondo otra cosa que un amor exclusivo por la independencia absoluta, si ellos gustaban nuestros principios era para traducirlos a su modo y no estaban por ello menos dispuestos a rechazar la mano que a entregársela. En vano Dugommier, cuya imaginación se dejaba muchas veces arrastrar a las generosas ilusiones de su corazón, inútilmente esperó atraérselos por su respeto al culto y a las propiedades: Un pueblo adorador de la fuerza, llama a la moderación, debilidad y si tiene como éste, la pasión de la independencia, la bandera de la fraternidad no es jamás a sus ojos otra cosa que la enseña de la dominación extranjera.»

**Heroica determinación de Cataluña ante
la amenaza de la invasión francesa**

«Por esta razón, apenas vieron los catalanes amenazados sus hogares, subleváronse en un acuerdo verdaderamente formidable y con una confianza que, por otra parte, honraba más a su patriotismo que a su juicio, pues llegaron a tal extremo que hubieron de aventurar al Gobierno de Madrid la extraña proposición de encargarse ellos solos de la defensa del territorio contra la República victoriosa.»

El hecho es rigurosamente cierto. Ante la indiferencia del Gobierno y de la masa general del resto de la población de España, no manifestando ningún firme propósito de hacer frente a la invasión francesa ni estar bien dispuestos a la prestación de todos los refuerzos y auxilios que fuesen necesarios, Cataluña adoptó el gesto heroico y gallardo de mantener por sí misma la independencia y la dignidad de la Patria. Y así pudo escribir el historiador francés a que nos hemos referido, transcribiendo gran parte de sus conceptos que: «El ejército francés, al penetrar en ella, había de entenderse, no solamente con las tropas del Rey de España, sino con una vasta y belicosa provincia que, igualmente que la Francia Revolucionaria, se levantaba por mantener su nacionalidad.»

La invasión del Principado pudo realizarla el ejército de Dugommier sin dificultad alguna. Los nuestros habían dejado completamente libres todos los pasos de la montaña, pero esta invasión no ofreció aquellos caracteres majestuosos con que trataban de revestir los hijos de la Revolución todos sus actos. El General en Jefe del ejército francés en los Pirineos Orientales, no obstante sus reconocidos dotes militares, bien fuese porque se le hubiera recrudecido la herida recibida en el sitio de Collioure, o que no se atreviera a intervenir en las diferencias surgidas entre el General Augereau, de natural caprichoso y violento, y Perignon, rebelde a todo alarde de autoridad, es lo cierto que no hubo de decidirse a corregir, desde el primer momento, la defectuosa situación en que se encontraba el primero, detenido ante San Lorenzo de la Muga, fuera de toda comunicación y sin poder actuar o influir sobre los destinos de la campaña; y el segundo, igualmente detenido en derredor de Bellegarde, sin más iniciativa que la de hacer más cerrado cada día el bloqueo de tan heroica fortaleza, aunque atento siempre a la observación de cuantos movimientos pudieran ejecutar las tropas españolas que tenía a su frente.

El hecho de esta rivalidad entre los generales franceses que hemos citado era tan cierta como censurable. La diversidad y contraposición de sus caracteres se manifestaban en todos sus actos. Las costumbres rudas de Augereau contrastaban con los hábitos señoriales de Perignon, y ello daba lugar, como consecuencia de los mandos que ejercieran, a relaciones llenas de acritud y de dureza. Aunque Perignon por cuenta suya hubiese provocado un movimiento de concentración

que forzosamente colocara bajo sus órdenes inmediatas a su irreductible colega, un poco más joven que él en grado y en edad, no es probable pudiera mantener por mucho tiempo una situación apropiada y, aún cediendo en un principio a las imposiciones de la disciplina, pronto habría de dar suelta a sus rebeldes características personales, aunque aquél, hubiese hecho todo lo posible para atenuar en parte aquellos hábitos de reserva y de modestia que en modo alguno quería sobrepasar. De este modo ambos dudaban acerca del momento en que pudiera realizarse su reunión.

Era de esperar que Dugommier tratase de prevenir la repetición de un peligro como el que había amenazado a sus tropas el 30 floreal, en la acción que describimos en el Capítulo anterior, en la que el éxito obtenido por los soldados franceses fué debido a la influencia de estos factores imponderables que tanto intervienen en la guerra y, en último extremo, al ímpetu desarrollado por ellos, y, por lo tanto, procurara, por todos los medios, cuanto antes, rectificar una posición viciosa que para ello reclamaba la reincorporación de las fuerzas de Pérignon a aquéllas encargadas del sitio de Bellegarde. Mas, a pesar de todo, no hubo de llevarse a cabo esta rectificación por parte del alto mando francés, sino que, para agravar aún más la situación éste dispuso que, las tropas que operaban en la Cerdaña descendieran por los valles del Llobregat y del Ter para reforzar la división de Augereau, por lo que comprometía su seguridad, al exponerlas al ataque de los nuestros en condiciones favorables para poder operar.

Pero dejaremos al Capítulo siguiente el estudio de estas primeras operaciones del ejército francés en territorio catalán.

CAPITULO XII
Invasión de Cataluña

(Continuación)

Causa de la modificación del carácter de Dugommier.—Su enfermedad como consecuencia de la contusión experimentada en la noche del 16 al 17 de mayo



A contusión sufrida por el General Dugommier en la noche del 16 al 17 de mayo, no dejó de revestir cierta gravedad, pudiendo achacarse a esta circunstancia las modificaciones experimentadas en su carácter, afectado en lo sucesivo de una manifiesta seriedad acompañada de cierto decaimiento de espíritu y a las cuales hay que atribuir, en parte, el desorden y la incertidumbre de que vienen revestidas en lo sucesivo todas las disposiciones por él tomadas en el desarrollo de sus planes de campaña y operaciones consiguientes.

Para conseguir su convalecencia el General Francés había disfrutado de un descanso de veinte días en la bella ciudad de Narbona, terminados los cuales, hubo de trasladarse a La Junquera en territorio español. Ante su presencia, fué opinión general entre los suyos que, una vez obtenido el indiscutible éxito de la capitulación de Collioure y con motivo de la invasión de Cataluña, una empresa de carácter decisivo vendría a dar mayor fuerza a su prestigio militar.

Tenía Dugommier a disposición suya la enseñanza de una operación llevada a cabo en el año 1675 por el Mariscal Schoemberg en circunstancias muy semejantes, pues, como ocurría en aquel momento, Bellegarde estaba en poder nuestro y él estaba encargado de conquistarla. Este Mariscal, ante las dificultades que suponía la resistencia ofrecida por la guarnición e indiscutibles condiciones defensivas de sus fortificaciones, pensó que era lo más acertado, ir a buscar sus llaves al corazón mismo de Cataluña. Pudo conseguirlo cumplidamente, pues, desembocando por el Coll de Banyuls, descendió rápidamente al valle del Ter, rechazando al ejército español en él apostado. Después, tras un golpe de mano sobre Gerona, de la que no pudo apoderarse, retrocedió sobre sus pasos y sitiando la fortaleza en cuestión, al cuarto día del asedio, la guarnición española hubo de abrirles sus puertas, entregándola sin condiciones.

Sin duda alguna, era éste un ejemplo digno de ser imitado por el General Dugommier, aunque, de todos modos, según el criterio de los

suyos, hubiese dejado pasar el momento más favorable (Fervel), «pero el Comité de Salud Pública, tan rígido en la ejecución literal de sus órdenes, ¿sufriría una tal interpretación del asunto? El General francés no lo pensaba así. ¿Se establecería un sitio en regla? La posición de Bellegarde lo hacía bien visible, ya que no imposible. En un principio todos los recursos para un ataque regular habían sido agotados delante de San Telmo; en fin, se concedía una gran importancia en restaurar, dado el buen estado en que habían sido entregadas sus murallas por los españoles, no obstante que éstas no habían contenido la invasión por ninguna de ambas partes. Dugommier se resignó, pues, a continuar el bloqueo que había comenzado el 10 de mayo (21 floreal). A lo menos, entonces, debió reunir alrededor de Bellegarde sus tres divisiones; no lo hizo todavía, pues dejó a Augereau en la fundición, una gran parte de la división Sauret en Collioure o en los antiguos campamentos del Rosellón, en cuarteles de refresco. En fin, la brigada Victor Perrin en el Coll de Banyuls, y apenas algunos miles de hombres, componentes de las brigadas auxiliares del centro, vinieron, a continuación, a reforzar a Perignon.»

Es intimado el Gobernador de Bellegarde para la entrega de la fortaleza.—Es rechazada enérgicamente.

Había llegado, pues, el momento en que, a imitación de lo hecho con el defensor de Collioure, se procediera, igualmente, a intimar una rendición al Comandante de Bellegarde. En esta intimación, tras de enumerar los éxitos del ejército francés y de rendir homenaje a la firmeza del defensor de la primera plaza citada, ofrecía al de esta última las mismas condiciones que había acordado al General Navarro, añadiendo que, en caso de ser rechazada la propuesta, «dejaría a la guarnición de Bellegarde perecer de miseria y de hambre». Era esto el 31 de mayo. El Marqués de Vallesentaro, que era el Gobernador de la fortaleza, respondió sin dilación el mismo día: «Que no se encontraba en el caso de capitular, pues tenía hombres suficientes para defender sus murallas, todavía intactas, y contaba con víveres para sostenerlas largo tiempo; que no dudaba que Navarro hubiese cumplido con su deber, reconociendo los ofrecimientos que se le habían hecho, pero que el honor del ejército español, y el suyo propio, no le permitían aceptarlos.»

Decisión de Dugommier.—Objetivo principal de la ofensiva a emprender

No cabe duda, que una respuesta semejante, reveladora de una decisión y de una tranquilidad a toda prueba, era indicio de una larga y obstinada resistencia. Así hubo de comprenderlo Dugommier y, a causa de ello, decidióse a no disparar un solo cañonazo contra una for-

taleza dispuesta a sostener un sitio a todo trance; un sitio que hubiera convertido en un montón de ruinas una hermosa plaza que estaba en interés suyo devolver intacta a la República. Al abandonar por el momento la conquista de Bellegarde, el alto mando francés había de fijar sus objetivos en aquel punto que más interés pudiera despertar.

Este objetivo no podía ser otro que la fuerte línea de resistencia que la Unión había dispuesto establecer delante de Figueras. Su reconocimiento y, en caso de fracaso del mismo, el ensayo o intento de turbar los grandes trabajos que nuestras tropas llevaban a cabo desde hacía un mes, era, desde luego, una empresa que debía realizar el ejército de la Revolución en los Pirineos occidentales. Y no era muy fácil tal intento, pues, efectivamente, los trabajos que los nuestros ejecutaran para dejar fuertemente asentada esta línea, estaban haciendo de ella un auténtico muro de contención a modo de barrera que impidiera el acceso al Ampurdán de los invasores.

Defensa española ante Figueras

Numerosas obras de fortificación se habían levantado, bordeando las posiciones muy bien escogidas por nuestro Estado Mayor a las proximidades de la vía internacional. Esta carretera, desde el Coll del Perthus se dirige hacia el S., a lo largo de la orilla izquierda del Llobregat hasta la Estrada, cruzando a la orilla derecha, en el puente de Capmany, y, lamando los pies de las estribaciones orientales de la montaña negra, llega a la garganta de Viure, por donde desemboca el torrente Ricardell que, cruzando por la carretera, afluye inmediatamente al Llobregat. Continúa esta vía principal en dirección hacia el S., cruzando el Muga por un puente sólidamente construido, que da nombre a la localidad, y, tras el cual, llega a Figueras. Desde la meseta de Viure se divisa, hacia el E., la extensa y fértil llanura del Ampurdán, siendo el Pont de Molins el centro de las posiciones españolas, extendidas entre las mesetas de Llers y de Nuestra Señora de Roure.

Hacia dos meses que los españoles eran atacados en esta línea, establecida a vanguardia de Figueras por los franceses, diariamente, y sus esfuerzos parecían dirigirse particularmente sobre su derecha. Esta ocupaba Espolla y Rabós, y venía a juntarse al centro por Masarach y Vilarnadal (Marçillac). A vanguardia de Rabós hallábase asentada una fuerte batería, defendida por un batallón de la Legión de la Reina; en igual situación, respecto de Masarach, una altura, a poca distancia, hallábase guarnecida por un puesto que servía de vigía a la derecha que estamos considerando, siendo ocupada por los Somatenes, no pasándose día alguno en que no fuese perdida y tomada dos veces. Era como una especie de cita, en la que cada uno hacía prueba, alternativamente, de bravura y temeridad. Algunos muertos, unos que otros prisioneros eran los únicos resultados de estas acciones, que, por ser parciales, no llegaban a inquietar a las tropas nuestras, que estaban continuamente con las ar-

mas en la mano, en evitación de un ataque serio. También era atacada la batería de Rabós que, defendida por los franceses realistas, no pudo ser nunca conquistada por los republicanos.

Dugommier pone en ejecución su proyecto de avance

Pero llegó un momento en el que Dugommier juzgó ser necesario emprender un ataque serio, que le permitiese conocer el grado de fortaleza de nuestra línea, o frente de operaciones. Afirma Marçillac que, tanto en esta ocasión, como en la que más adelante describiremos, los franceses manifestaron el proyecto determinado de forzar la línea española en todos los puntos, pero, en esta del 6 al 7 de junio, según el concepto del General Gómez de Arteche, no se trataba, por parte del General francés, de ofrecer una batalla a los nuestros, pero sí probar, según expusimos antes, sus fuerzas, y aprovecharse, si era dable, de un descuido o debilidad para arrebatarnos las posiciones más avanzadas. No siendo muchas las tropas que tenía a la mano, la operación proyectada era tan sólo eso que hemos dicho : un reconocimiento.

**Desarrollo de la acción (6 a 7 de junio).
Información oficial española**

Este hubo de realizarse de la siguiente manera : «En la mañana del 7 del corriente, comunicaba el Conde de la Unión al Gobierno, rechazaron, gloriosamente, las armas del Rey un ataque general del ejército enemigo, dirigido contra las dos vanguardias del nuestro, establecidas en el lugar de Llers y en Pont de Molins que fueron los verdaderos puntos que se propusieron, aunque a la vez amagaron el centro de la línea de la confluencia de los dos caminos y al destacamento establecido en la montaña de Vilarnadal y Masarach, al mando el centro del Mariscal de Campo don Valentín de Belbis y el destacamento, al de igual clase don Antonio Cornel. El plan del enemigo fué bien concebido y ejecutado con sobrado arrojo. Logró su derecha aproximarse hasta el tiro de fusil de los reductos de Llers al mando del Teniente General don Juan de Courten, que los rechazó con su guarnición y con los refuerzos que le envié de los Batallones de Castilla y Ordenes ; les obligó a retirarse y persiguió, causándoles mucha pérdida dispersándolo enteramente hasta sus mismos puestos.»

«Más feliz el enemigo en el ataque de la Ermita de Roure (puesto avanzado de la vanguardia de Pont de Molins, cuya guarnición reforcé con los Batallones de Extremadura y Peniche y abrigué su costado con la mayor parte de la Caballería), se apoderó de ella ; pero se le contuvo con el continuo y bien dirigido fuego de artillería de Pont de Molins, mandada por el Teniente Coronel don Casiano Azún y por el flanco con acierto desde la vanguardia de Llers, según estaba dispuesto por si llegaba

este caso. Para recuperar la Ermita dispuso el Comandante de Pont de Molins, el Capitán de Reales Guardias Walonas don Pedro Antonio Gossens, Oficial de mérito, que los Batallones del Regimiento de Infantería de Málaga, a la orden de su Teniente Coronel don Mariano Tobías y de su Comandante don Juan Urruela, desalojasen al enemigo, y yo envié a verificarlo al Teniente General don Pedro Mendinueta y al Mariscal de Campo don Juan Miguel de Vives.»

«Aunque ni unos ni otros perdieron tiempo y los de Málaga subían por el costado derecho, llegó antes por el izquierdo el de Hibernia, mandado por su Sargento Mayor don Juan de Hogan, quien, si no es disculpable tomase por sí en aquella ocasión este partido, es digna de elogio la buena formación, la serenidad y gallardía con que lo verificó su tropa; con la suerte de que consternado el enemigo por los dos ataques que veía y el fuego de artillería, lo cediese sin grande oposición. Algún retardo en la caballería (no por defecto suyo, sino por equivocación) proporcionó a los Comandantes de dos grandes guardias de la brigada de Carabineros y el Regimiento de Dragones de Numancia don Joseph Ribas y don Francisco Toro, ocasión de distinguirse, entreteniendo al enemigo (con los 110 caballos de su dotación), ya con maniobras acertadas y prudentes, ya con amagos, siendo digno del mayor elogio haber mantenido el puesto sin pérdida, con muerte de dos enemigos contra fuerzas tan superiores.»

«Mientras se aproximaba el enemigo, con objeto de obrar contra Pont de Molins y nuestra derecha, logró el Comandante de Carabineros don Antonio Heredia, destinado con ella y el Regimiento de Numancia, a la orden de su Coronel don Ramón de Alós, flanquear el costado, cubriéndose de unas cañas y árboles, y engañarle con presentar sólo dos partidas de 50 hombres, que, al ser atacadas por caballería e infantería, dispuso el Mariscal de Campo don Joseph Iturrigaray, Sargento Mayor de aquélla, se interpusiesen entre la infantería y caballería, cerrando, al mismo tiempo, toda la brigada contra ésta, y la sobrecogió de manera que no tuvo acción para otra cosa que para hacer una descarga de pistola, quedando en el momento deshecha, de suerte que sólo escaparon aquellos cuya ligereza les salvó, quedando sembrado el terreno de muertos y heridos; de que resultó ser corto el número de prisioneros. Observado el movimiento por el Teniente General don Rafael Valdés, que mandaba la caballería, a cuyas inmediatas órdenes iba el Mariscal de Campo don Joseph Moncada, y con noticia que le dió Heredia, atacó y envolvió a la infantería; de manera que sólo pudieron hacer una descarga, con muerte de los más, perseguidos los menos hasta sus puestos altos y artillados, donde se guarnecieron y reunieron las tropas batidas.»

**Confirmación al relato oficial español.
Testimonio de Luis de Marçillac en un
todo conforme con él**

Esta información, proporcionada por el Conde de la Unión, respondía en absoluto a la realidad de los hechos y no es contrariada, sino, antes al contrario, confirmada por la información francesa. Coincide Luis de Marçillac en reconocer como nuestro General que, el plan de Dugommier estaba sabiamente concebido, y que, en parte, fué ejecutado con éxito. «Según este plan los dos puntos que habían de ser realmente atacados eran los de Llers y el de Pont de Molins, y para realizarlo Dugommier, que asumía el mando del ejército atacante, ordenó, en efecto, a Perignon se pudiese en marcha, en la noche del 18 al 19 prairial (6 a 7 de junio), a la cabeza de 4.000 hombres de infantería, y de 600 caballos. Este siguió por la carretera internacional y al llegar al puente de Capmany, en el punto donde afluyen al Llobregat el torrente Mardansa, descendido desde Capmany por la margen izquierda, pasando a la orilla derecha hubo de dejar, frente a la garganta de Viure, un destacamento de 800 hombres a las órdenes del General Raman, con la misión de atacar de frente los atrincheramientos de la meseta de Roure en tanto que la brigada Banet había de asaltar estos mismos atrincheramientos por el lado de la carretera principal. La brigada Point, con Perignon a la cabeza, continuó su marcha, por delante de la garganta de Viure, para remontar las colinas de la orilla derecha del Llobregat. Componíase esta brigada de 1.700 bayonetas y 250 jinetes.»

«La línea española que desde Llers cruzaba el Muga por el Pont de Molins, para seguir hacia el NE. por Pla del Coto y, Vilarnadal a remontar las alturas de Masarach, tenía vanguardia la montaña de Roure, que considerada por los españoles como un puesto avanzado, estaba siendo objeto de las correspondientes obras de fortificación. Los atrincheramientos de Llers estaban defendidos por las tropas al mando del Teniente General don Juan Courten, según lo indica en su comunicado el Conde de la Unión.»

Resultado de la operación.—Fracasa el intento francés.

Luis de Marçillac declara no haber sido lisonjero el resultado de la acción por lo que respecta al ataque francés a la ermita de Roure

«No fué feliz la empresa de las tropas de la Revolución encargadas de apoderarse de estos atrincheramientos y si por un momento pudieron llegar hasta el alcance del fusil de los nuestros, habiendo recibido el General español dos Batallones de refuerzo, obligó a los franceses a retirarse persiguiéndolos hasta sus mismas posiciones», según declaración de Marçillac. Pero si esta derecha del ejército de Dugommier ha-

bía fracasado en su intento, no así la emprendida en la montaña de Roure. Cerca de la capilla 2.000 soldados españoles trabajaban afanosamente para levantar un reducto del que no estaban contruídos más que los cimientos, siendo sorprendidos y viéndose desbordados por el flanco derecho abandonaron, según vimos sus posiciones retrocediendo al abrigo de la línea principal del frente. Los dos batallones con que había sido reforzada la posición de la Ermita de Roure no pudieron prestar un gran auxilio. El certero fuego de las baterías asentadas en Pont de Molins pudo contener la persecución del enemigo.

Mas realmente era peligroso dejar a los franceses dueños de esta ermita. En poder de los mismos este puesto facilitaba su avance sobre el centro de nuestra línea. Fué por lo tanto resuelto el recuperarla. Tal cometido le fué asignado al Regimiento de Málaga y no hemos de repetir aquí en qué forma pudo lograrse, gracias sobre todo, al Batallón de Hibernia que, mandado por don Juan de Hogan, y a 100 hombres de la Gran Guardia compuesta de Granaderos Reales y de Dragones de Numancia, distinguiéndose estos últimos por sus maniobras y fría intrepidez, pudiendo reemplazar así al cuerpo de Caballería que, encargado de tomar parte en esta acción, habiéndose perdido en el camino no hubo de llegar a tiempo.

En cuanto al ataque de la caballería contra la izquierda francesa, Fervel le atribuye a haber creído nuestro General en Jefe que iba a ser objeto de un ataque general, lanzado para contenerlo sobre Perignon una masa compacta de jinetes que, remontando al trote ligero la orilla izquierda del Llobregat, había de envolver el flanco izquierdo del contrario. Nuestra información oficial, como vimos, no facilita un conocimiento apropiado de esta fase del combate. Según Fervel, la izquierda francesa, establecida frente a la garganta por donde se escapa el Llobregat, estaba tan sólo cubierta por un débil arroyo incapaz, como puede comprenderse, para detener el avance de nuestros escuadrones. El General Labarre conducía personalmente el puñado de jinetes que había seguido la marcha de la Brigada Point. No podía contar éste más que con 250 caballos para contener los del contrario, superior a los 1.200. «Pero arrastrado por un impulso de gloria y por la indiscreta iniciativa del representante Soubranny, que ya había levantado su tropa e iba a cargar ocupando su puesto, lanzóse en el torrente y penetró con la cabeza baja en lo más espeso de la masa de los escuadrones enemigos. Cae, y después de una mezcla furiosa, su tropa, empujada, repasa en desorden el Llobregat. El General Point se presenta, a su vez: Es cargado, deshecho, perseguido. Una tercera columna, la intrépida falange de los Granaderos del Gar, acude, y logra, por fin, contener a la caballería española.»

Según la información de Marçillac fueron muchos cuerpos de caballería francesa los que, por nuestra derecha, avanzaron en la llanura, sosteniendo un batallón de infantería que había cruzado el Llobregat, vadeable en aquel momento. Este batallón fué exterminado por una carga

de caballería, en la que los Carabineros Reales formaban parte. La caballería ligera de los franceses fué rechazada y sufrió mucho bajo la acción del fuego de las baterías de Vilarnadal.

Declara Fervel que, mientras todo esto sucedía, Augereau, que no había sido prevenido acerca del movimiento de la división del centro, vino a encontrarse, por casualidad, en las alturas de Terradas, en las que habían desembocado algunas bandas de Miqueletes, que habían aparecido en ellas, la víspera. Oyendo el cañón que retumbaba en el llano, dirigióse inmediatamente a la meseta de Llers, en la que nosotros habíamos ya establecido y atrincherado un vasto campo. Abordar este campo e invadirlo fué para el fogoso General asunto de un momento, e iba a incendiar las tiendas cuando el movimiento retrógrado de Perignon le obligó a retirarse.

**Datos proporcionados por la Gaceta de
Madrid**

Pero fuera cierto o no lo que el historiador militar francés declara, como resultado de la operación nuestra información oficial de la Gaceta de Madrid pudo afirmar que: «Escarmentado el enemigo y desengañado, se terminó la acción como a las once y media de la mañana, habiendo principiado a las seis y media, con pérdida de más de 500 muertos, muchos heridos, un Oficial y catorce prisioneros; contándose entre los primeros el Teniente General, bien reputado, Labarra, y entre los segundos dos Generales, un Representante del pueblo, y se ignora el paradero de un Brigadier. Según las noticias recibidas pasan de 600 los muertos y de 900 los heridos, sin numerar los caballos. Nuestra pérdida consistió en tres Oficiales muertos, con treinta y seis hombres y cuarenta caballos; seis Oficiales heridos, con ciento siete hombres y cincuenta y seis caballos y diez extraviados.» A continuación el comunicado oficial daba una larga lista de los Oficiales muertos, heridos o contusos y de los cuerpos que habían tomado parte en la acción con el nombre de los Jefes que los habían mandado, manifestando el Conde de la Unión que durante el combate estuvieron a su lado el General de las tropas portuguesas Teniente General don Juan de Forbes, el Cuartel Maestre don Tomás de Morla, el Comandante de Artillería don Joseph Austrán, el Mayor General de Caballería don Agustín Lancastre y el Director de Ingenieros don Antonio Sopeña (1).

(1) El comunicado oficial informaba lo siguiente: «Fueron los oficiales muertos el Capitán de Carabineros Reales, don Juan Joseph de Unzueta, los Subalternos don Mariano Valenzuela, Alférez del mismo Cuerpo y don Diego Olana, Teniente del de Borbón; y los heridos y contusos, el Brigadier don Joseph Agüera, el Capitán de la Brigada don Francisco de Toro, de Numancia, y los Subalternos don Manuel Cortés, Teniente de Carabineros y don Diego de Mesa, Teniente del de Numancia, y contuso el Teniente del propio Cuerpo don Onofre Carrión. Fueron las tropas que se emplearon en la acción los Batallones de Reales Guardias Walonas, al mando de un Sargento Mayor don Juan Courten; el de Hibernia, al de su Mayor don Juan Hogán; los del Regimiento de Infantería de Mallorca, al de su Coronel el Conde del Puerto; los de Málaga, al de su Tenien-

A este propósito informativo juzgamos curioso el indicar que el Diario de Barcelona, en escrito firmado en Figueras y fechado el 8 de junio, daba detalles de la operación que hemos relatado, que completan, en cierto modo, la descripción de lo acaecido el día anterior. Según la información de que se trata indicaba que el falso ataque de los enemigos a la batería, y puestos del lugar de Llers, hubo de comenzar a las cinco y media de la mañana y el realizado contra la Ermita de Nuestra Señora del Roure (Nuestra Señora del Roble de Pont de Molins) a las siete de la misma, con resultados que corresponden a lo manifestado por los otros partes de guerra, dando cuenta de que, previniendo el General en Jefe que seríamos atacados por mayor número de tropas enemigas, por los llanos del camino real de La Junquera y el río Muga, hizo colocar, en estos puestos, la Brigada de Carabineros, los Regimientos de Caballería la Reina, Príncipe, Infante, Borbón, Santiago, Calatrava, Dragones de Almansa y Numancia, todos al mando del Teniente General don Rafael Valdés. Este los separó en tres divisiones, y mandó atacar con los de Numancia y Carabineros, a unos 500 franceses que salieron de un bosque inmediato; como unas fieras atacaron el ala izquierda, donde se encontraron con los referidos Carabineros y Dragones, y empezaron su batalla con mucho denuedo, con armas blancas, pero, a los pocos minutos, fueron derrotados los Húsares, quedando muertos de éstos en el campo de batalla más de 150, pues a ninguno se dió cuartel por no tener ni un solo hombre de infantería que sostuviese la caballería, y ellos tenían una columna detrás, la que huyó, sin orden, con los pocos Húsares que les quedaron.

Pero en lo que se hace más interesante esta información es en lo que se refiere a la acción desarrollada al flanco derecho de nuestro frente de combate. Según ella al mismo tiempo que se desarrollaban los episodios que acabamos de relatar: «Frente a la caballería de nuestra derecha, formó, en un batallón, una columna enemiga de infantería, amparada de una grande acequia que tenía delante, por la parte del río Muga. El referido Coronel Valdés, mandó atacar a los Regimientos de Príncipe y Borbón, y el resto de la demás caballería quedó sosteniendo

te Coronel don Mariano Tobías; el de Villesir, al de su Mayor don Antonio Porta; el de Voluntarios de Castilla, al de su Mayor don Joaquín Blaké; el de Ordenes, al de su Teniente Coronel don Joseph Fernando Abascal; el del Príncipe, al de su Capitán don Joseph Maria Carvajal; el de Extremadura, al de su Coronel Conde de la Torre del Fresno; cuatro Compañías de la división de Granaderos de Andalucía, al de su Capitán don Francisco Lechuga; el Regimiento Provincial de Sevilla, al de su Coronel, que lo era de día en el de la acción don Fernando Pérez de Guzmán el Bueno; el de Milicias de Jaén, al de su Teniente Coronel don Joseph Escovedo y Alarcón; el de Peniche, al de su Coronel don Antonio Franco de Abreu. Y los Cuerpos de Caballería y Dragones al mando, la Brigada de Carabineros Reales al de su Comandante don Antonio de Heredia; el Regimiento de la Reina, al de su Coronel don Manuel Aguirre; el del Príncipe, al de su Comandante don Miguel Clairac; el de Borbón, al de su Coronel don Joseph Subría; el de Alcántara, al de su Coronel don Fernando Valdés; el de Santiago, al de su Coronel don Joseph Parlaser; el de Voluntarios de Castilla, al de su Coronel don Pedro Buch, y el de Numancia don Ramón Alós.

el ataque; pero, a lo mejor del tiempo, se encontraron con aquella gran acequia, lo que dió motivo a alguna detención, en cuyo tiempo sufrieron dos descargas generales de la infantería enemiga a medio tiro de pistola, pero, a pesar de esto, venció nuestra caballería la gran dificultad de la acequia, saltándola sin perder un hombre ni caballo; cargó sobre los enemigos, los que empezaron a desordenarse y ampararse de un cañón y del río; los derrotaron y quedaron muertos en el campo más de 300, por lo que se conjetura la pérdida del enemigo de 400 a 500 hombres. Entre éstos quedó muerto el segundo General en Jefe del ejército francés, llamado Labart, cuyas insignias y uniforme se presentó en trofeo a nuestro Conde de la Unión, que se halló durante estas funciones sosteniendo las baterías con la infantería (1).

Satisfacción del General en Jefe español por la conducta observada por sus subordinados en la ejecución de sus órdenes

Cualquiera que hubiese sido el desarrollo del combate del día 7 de junio, el Conde de la Unión manifestaba terminantemente haber tenido la mayor satisfacción «en que ni en la ejecución de lo mandado ni en los partidos que tomaron por sí los Generales y Jefes, haya habido la menor equivocación ni error, no menos que en el valor y discernimiento con que fueron executados». «Apreciando siempre—seguía diciendo—más que el éxito feliz, la disposición y el tino con que se procura, recomendando a los pies del Rey el buen orden y serenidad que noté en el Batallón de Infantería de Hibernia, las disposiciones militares y tranquilidad de los Comandantes de las Grandes Guardias don Joseph de Rivas y don Francisco Toro (poco feliz en haber recibido en el ataque de la caballería tres heridas de consideración), lo executado por sus Generales y tropa, y, en general, quanto se obró en el día, no dudando merecerá la aprobación y consideración de S. M., a la que espero eleve V. E. quanto con este fin la noticia.»

Lo que pudo hacerse y conseguirse por el alto mando español, a juicio de Marçillac.—Crave pregunta formulada por este historiador sobre la responsabilidad del mando.—Opinión de otros historiadores

Pero no muestran igual satisfacción los juicios críticos de los informadores del hecho. Para Luis de Marçillac le hubiese sido fácil al Comandante de las brigadas de caballería compuestas de los Regimientos

(1) Algo más dice el Diario de Barcelona que no es para dejarnos muy satisfechos. En el comunicado de que estamos tratando se decía: «Los Somatenes y mucho número de mujeres de aquellas casas y lugares inmediatos, concluida la función dicha, se dedicaron a desnudar los cadáveres y dejarlos en cueros.

de Langarve y de Pavía, cortar definitivamente la retirada de la caballería francesa. «Si hubiese reconocido el país—declara este historiador—, si incluso hubiera seguido la dirección o consejo que le diera el Vizconde de Gand, Grande de España y Oficial General al servicio de S. M. C., ni un solo hombre de la Caballería francesa hubiera podido escapar: mas, con el pretexto de no poder atravesar a caballo el Llobregat, que la infantería francesa había pasado vadeándolo, el Comandante de esta Brigada se contentó, tras algunas maniobras insignificantes, con seguir a esta caballería, sin hacerle mal alguno.»

En la guerra —expone Marçillac a este propósito— todo oficial que por ignorancia o por otras razones que en modo alguno pueden presumirse no aprovecha las circunstancias que se le presentan para causar al enemigo el mayor daño posible, es reprehensible. En este asunto del día 7 dióse al Mayor Hogan sobrepasar las órdenes recibidas, y salvar al ejército por una acción brillante. Fué alabado por ello. El comandante de caballería había faltado a su deber y no fué castigado. ¿No se podría atribuir, en parte, a esta falta de firmeza, demasiado frecuentemente repetida en el ejército de Cataluña, los reveses sufridos por el Conde de la Unión?»

Este Oficial al volver al terreno de la acción, después de ella, reconoció la posibilidad de seguir la dirección que le había dado el Vizconde de Gand; pero, al proceder así no hizo más que confirmar la existencia de la falta que había cometido.

Coincide, en absoluto, con el juicio crítico del historiador francés Claudio de Chavy: «Pudieron retirarse a salvo los jinetes franceses —declara— sin que la brigada de la caballería española, compuesta de los regimientos de Pavía y Algarve, intentase impedirlo, a causa de la incuria o mala voluntad de sus Comandantes». Y, a continuación, recoge, casi íntegramente, los conceptos anteriormente expuestos.

El General Gómez de Arteche coincide, igualmente, con el parecer de los historiadores citados. Tampoco se manifiesta muy conforme con la conducta de los suyos, y, así, declara: «Este desdichado asunto inquietó apenas los trabajos de los españoles, trabajos que, en adelante, no serían ya objeto de atentado alguno». Y dejándose llevar por la fuerza de esta declaración, exclama: «*Y había sido para obtener semejante resultado como se había comprometido a todo el ejército.*»

Una falsa alarma

La falta capital que acababa de cometerse era la de haber dejado sin instrucción, incluso sin aviso, al General que, en esta jornada, hubo de desempeñar el primer papel, y esta falta parecía tanto más inexplicable, cuando, para aliviar la suerte de Augereau, se pretendía que, en este mismo momento, la división de Cerdaña afrontase los más grandes peligros. La jornada terminó sin más incidentes de importancia, tanto solo «a las diez de la noche, informa el Diario de

Barcelona, hubo una alarma, suponiendo que los enemigos se habían apoderado de la caballería de Llers; en medio de truenos y relámpagos, salieron a caballo, inmediatamente, los generales; no obstante la agresiva lluvia, y vieron ser todo falso, pues, a las doce de la noche, se publicó un pregón de orden del General en Jefe diciendo ser incierto, y animando al vecindario de esta villa a que tenga la debida confianza en las armas del Rey».

**La actitud francesa a raíz del ataque del
día 7 de junio**

En la noche del día siguiente (8 de junio), una de aquellas equivocaciones tan frecuentes en la guerra, muchas veces originadas por causas insignificantes, dió lugar a una alarma en algunos puestos de la línea española; y como el peligro que no se conoce deja a la fantasía correr libre y veloz, a la libertad de exagerar cuanto se puede, determinando frecuentemente el que los espíritus se dejen llevar del pavor, varios soldados abandonaron sus posiciones, retirándose en la mayor confusión y griterío. Desde diferentes baterías colocadas a retaguardia de las avanzadas, no pudiendo distinguir a los fugitivos a causa de lo súbito de la alarma y de lo obscuro de la noche, tomáronlos por enemigos, agrediéndolos a tiro de espingarda, llegando, incluso, a disparar la artillería. Así lo indica Chavy, quien sigue exponiendo: «Todos estos desaguisados inquietaron también al enemigo, a punto de oírse en su campo el toque de rebato. Como la disciplina no era tampoco en aquellos tiempos ejemplar entre los franceses, sesenta soldados de caballería rehusaron montar, por lo cual fueron unos guillotinos y otros pasados por las armas. Calmados los espíritus, y restablecido el orden, parece ser cosa averiguada que un caballo en libertad, huído del campo republicano, fué la causa de estas desgracias.»

Cabe preguntar si estas dos acciones, así relatadas, no son, en el fondo más que una sola. De todos modos ponen de manifiesto cuál era el estado de inquietud y de zozobra que reinaba en ambos campos.

«A raíz del combate que hemos descrito, quedaron paralizadas las operaciones de los franceses contra la línea española (Gómez de Arteché) reduciendo Dugommier sus aspiraciones a apretar el cerco de Bellegarde, al menos mientras se verificaba en las altas cuencas del Muga y del Ter la maniobra, que ya hemos dicho se había propuesto ejecutar para envolver todo el campo español, hasta por retaguardia de la plaza de Figueras. No tuvo ésta mejor suerte, aunque, con un desarrollo mucho mayor de fuerzas y de tiempo, dió lugar a peripecias militares que hacen grande honor a nuestros soldados, y a los miqueletes y somatenes catalanes.»

Pequeñas acciones entabladas por los somatenes y partidas armadas dignas, no obstante, de ser tenidas en cuenta.—Comunicado de la Gaceta de Madrid del día 20 de junio

Afirma nuestro General historiador que estas peripecias militares son dignas de una monografía, que no puede obtener sitio en la historia que él escribe. Otro tanto hemos de decir nosotros, pero, como muestra de ellas, transcribiremos aquí el comunicado que figura en un manuscrito anónimo de la Biblioteca Nacional, titulado Campaña de Cataluña, que, a juicio de Ossorio y Gallardo, es una evidente continuación del titulado «Guerras de Francia con España» y que dice así: «El Comandante General interino de Cataluña ha dirigido el siguiente parte, que recibió de los que le firman: «Ahora, que son las seis de la tarde, acabo de recibir noticias cómo los enemigos han desalojado los puestos que tenían ocupados, retirándose al llano de la Cerdaña por haber estado obligados por los Paysanos de mi partido; con lo que quedo lleno de satisfacción, no obstante que ignoro el detalle de la función. Acuérdomé haber dicho a V. E., que reconocía tal espíritu en estos Paysanos del Partido, particularmente en los de Castellar de Nuch, que doscientos de éstos podían competir con mil enemigos, según que así lo habían ofrecido a mis diferentes exhortaciones, asegurándome que perderían todos la vida antes que entregarse a las sacrílegas manos de semejante canalla; y así, puntual, han dado muestra de quererlo verificar, pues dos días han estado resistiendo, con vivo fuego de fusilería, de cañones de carga y de granadas, defendiendo con el mayor espíritu y valor, sus hogares y casas, que abandonar no han querido, sin embargo, que las de campo inmediatas las tenían incendiadas; contribuyendo a la resistencia las heroínas mujeres de dicho pueblo, pues, a más de animar a sus maridos, padres, hermanos e hijos, les estaban suministrando municiones y, cargando armas para la más viva defensa, en la que no tenían más murallas que sus pechos. Es digno del mayor elogio este hecho glorioso, al cual han contribuido los vecinos de La Pobla de Lillet; por lo que no puedo menos de suplicar a V. E., se digne recomendarlos a la piedad de nuestro católico monarca, como también la villa de Bagá, y demás pueblos del partido que, con espíritu han acudido en Somatenes. Dios guarde, a V. E., muchos años. Berga y junio 6 de 1794.—Excmo. señor Josef Coutoi. Gerónimo Servent, Alcalde Mayor.—Excmo. señor Marqués de Baños».

Otro comunicado semejante del Diario de Barcelona

Este comunicado figura en la Gaceta de Madrid, del viernes 20 de junio de 1794. No menos interesante resulta el aparecido, en el Diario de Barcelona, fechado en Figueras el 4 de junio. En él se ma-

nifestaba como «el P. Fray Cosme Bosch, Religioso Franciscano del convento de esta villa y Comandante de una división de Somatenes, destinado a Espollá, salió de orden del Mariscal de Campo que mandaba en aquel pueblo, para hacer una descubierta hasta el Coll de Banyuls, con cincuenta paisanos, veinte soldados del Regimiento de Granada, y otros veinte con un Oficial de Saboya; se hallaba el referido Coll de Banyuls ocupado por un crecido número de franceses y fué tal el terror que les produjo la vista de paisanos y tropa, con la buena disposición y espíritu con que se presentaron, que, inmediatamente, abandonaron su campamento, y habiendo llegado a él los españoles, encontraron: doscientos fusiles, muchos cartuchos, gorros y ajadas con el árbol de la libertad, y de todo se apoderaron y condujeron al pueblo de Espollá.»

«De resultas de estos sucesos, se ha concedido al mencionado Religioso que se vista de corto, llevando, interiormente, la túnica y capilla, a fin de que pueda hacer sus correrías con gran ligereza, y que los hábitos no le estorben el punto que pueden sacar de su actividad.»

«En las mismas inmediaciones de San Lorenzo de Muga fué encontrado anteayer, por los enemigos que se habían emboscado, parte del Somatén de Cellerá o Catella, que, con indiscreto valor, se habían adelantado persiguiendo otra partida de franceses: y han faltado diez paisanos del expresado Somatén, siete quedaron muertos y los tres restantes se ignora su paradero.»

«En las cercanías de Falaixa y paraje llamado orden del Príncipe ha habido un ruidoso combate, en el que quedaron ochenta y siete prisioneros franceses, y varios muertos y heridos, con la pérdida, de nuestra parte, de tres paisanos muertos y seis heridos.»

«Ayer se oyeron algunos tiros del Castillo de Bellegarde, que, según dicen, se dirigen a impedir la construcción de baterías que intentan formar los enemigos, contra esta fortaleza; y, en efecto, acaba de saberse que los fuegos del castillo han destruído una batería enemiga, que se construía en el Perthus.»

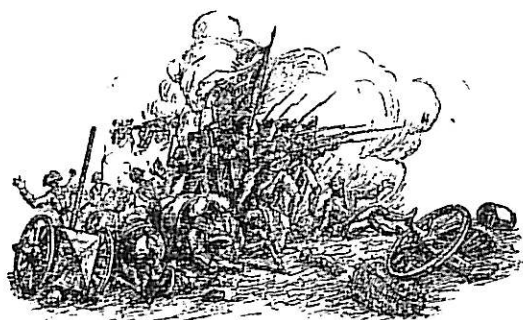
«En la madrugada de ayer se adelantaron cuatrocientos cincuenta húsares hacia la gran Guardia de Carabineros Reales, apostada muy cerca de La Junquera, y habiendo salido a recibirlos cincuenta caballos, les acometieron de manera que mataron algunos húsares, los dispersaron e hicieron tres prisioneros sin quedar lisiado carabinero alguno.»

En este mismo Diario de Barcelona, y en la información correspondiente al 6 del mes de que estamos tratando, expedida desde la Seo de Urgel, se hacía constar que el General francés Dugommier había pedido al nuestro el cuerpo del General Labarre, diciendo que, efectuando un paseo militar ha sido sorprendido y muerto por una partida de españoles, y el Conde de la Unión le ha respondido que, entre la multitud de muertos, que habían dejado en el campo de batalla, no le era posible distinguir a su General Labarre.

Dejamos al discernimiento de nuestros lectores la estimación del

mayor o menor crédito que cabe dar a estos relatos. Pero, de todos modos, no hemos vacilado en transcribirlos, como medio de lo más provechoso para darse cuenta, aunque no sea más que aproximada, de la realidad histórica.

Y, dando fin a este Capítulo, dejemos para el siguiente el estudio de la expedición a Ripoll, llevada a efecto por el ejército francés.



CAPITULO XIII

La expedición a Ripoll

Consideraciones sobre unas cuantas circunstancias que influyeron en el desarrollo de la expedición que se cita



ANTES de entrar en el relato de esta expedición llevada a cabo por el ejército republicano, creemos oportuno hacer presentar unas cuantas circunstancias que influyeron de modo notable en el desarrollo de la misma. Primeramente hay que hacer observar la situación anómala en que se encontraba el ejercicio del Alto Mando francés, pues, aunque de hecho venía desempeñándolo el General Dugommier, de derecho continuaba en tan alto cargo el General Doppet, quien se había visto obligado a ausentarse de su destino a causa de una grave enfermedad, que reclamaba una total separación del ejército combatiente. Al verse restablecido, lejos de reintegrarse a su puesto, solicitó el mando de la división de la Cerdaña, demanda que, aunque parezca extraño, fué aceptada por el Gobierno de París.

No resulta por lo tanto, improcedente que, cuando Doppet se presentó ante su colega en disposición de incorporarse a su nuevo destino y recibir las correspondientes órdenes de su General en Jefe, éste se excusase modestamente de hacerlo así, lo que mereció, por parte del presentado, la siguiente respuesta: «Yo he venido a socorrerte. Ahora me ofreces tu apoyo. Es bueno mostrarse agradecido, y te aseguro que acepto, de buen grado, tu proposición. El amor de la cosa pública te devora; yo me siento orgulloso en imitarte. Te comunicaré, sobre todo, mis dudas, cuando me vea en necesidad de ser ilustrado. Es así, cómo dos republicanos, por un concierto fraternal y verdaderamente patriótico, deben regenerar a un ejército en el que la intriga y el egoísmo han defraudado, con demasiada frecuencia, la confianza de la Nación.»

Reconozcamos sin atenuación de ninguna clase que la conducta de ambos generales no pudo ser más correcta, ni más patriótica. Y como era de esperar, de común acuerdo fué entre ellos convenido que la división de Cerdaña maniobrara en tal foma que atrajera sobre sí la atención de nuestro ejército.

No era muy propicia la situación de esta comarca para la empresa proyectada, pues Dagobert, con sus devastadoras expediciones, había levantado en contra suya, y de los franceses, todas las poblaciones del norte de Cataluña. A juicio de la información francesa «en estas altas

montañas los movimientos insurreccionales son lentos en su propagación, pero, una vez prendida la llama, devienen terribles. A la voz de sus párrocos los somatenes se levantan en masa y se concentran en el Llobregat, de una parte, y en el valle del Ter, de la otra. Berga, Baga, La Pobla de Lillet y Castellard eran los puntos de reunión en la cuenca del primero, y, en la del segundo, Vich y Ripoll, remontando los valles de Rivas y de Camprodón. Con anterioridad penetraban en Cerdeña y atacaban día por día, a los atrincheramientos levantados por los franceses alrededor de Bellver.

El Comandante General Porte, hubo de rechazar unas de estas concentraciones compuestas de 800 hombres, en las alturas de Montellá, de los cuales una centena permaneció en su puesto. En tal situación el General Doppet, lejos de proseguir en su intento y avance sobre el frente español, en vista de los desórdenes a que venían entregadas habitualmente las tropas de la división de referencia, en la que se mantenía vivo el recuerdo de su antiguo Jefe Dagobert, hizo alto en su marcha, pretendiendo restablecer el imperio de la disciplina y del buen orden, no logrando con ello otra cosa que descontentar a aquéllas sin asegurarse la adhesión de los habitantes del país que se pretendía dominar. Este novelista, improvisado General, era, según su costumbre, un iluso que, al tratar de llevar a cabo un plan de expedición, merced al cual pudiera llegar a Gerona siguiendo los cursos del Ter y del Llobregat, hubo de recibir, desde el cuartel general de las Daines, órdenes precisas que vinieron a arrancarle de sus estériles elucubraciones. Recordemos, en efecto, que a raíz de la acción del 30 floreal, Dugommier había encomendado a la División de Cerdeña el maniobrar, de suerte que llamase la atención de los españoles que, en situación ventajosa, amenazaban seriamente la división de Augereau y recordemos, asimismo, que este General, por su parte, debía llevar a cabo su relación directa con la división de Doppet, destacando a Camprodón la fuerza necesaria para ello.

Disposiciones tomadas por el General Doppet para llevar a cabo su cometido

Un semana tardó Doppet en disponer los preparativos para la empresa que se le encomendaba, no creyéndose en condiciones de poder iniciarla hasta no haber reunido 900 mulas y víveres suficientes para quince días de sustentación de las tropas. Para conseguir todo esto Dagobert hubiera empleado tan sólo una velada.

La fuerza que había de tomar parte en la empresa fué dividida en tres columnas de 1.200, 2.000 y 3.000 hombres. Partiendo de sus puestos emprenderían la marcha para converger en Camprodón por tres caminos diferentes: La primera columna marcharía por Pi en Conflens, Mantet y el coll de Madone; la segunda por Palaus, Osseja, el coll de Mayens, Doria y Ribas; la tercera por Alp, La Molina y Tossá.

La primera columna, partiendo de Villafranca, al mando del Ayudante de Campo de Doppet, el Jefe de escuadrón Thonin, marcharía, directamente hacia Camprodón. La segunda, mandada por Charlet, y la tercera, por Doppet, verificarían su reunión a una legua, por encima de Ribas, en la Roca Blanca. Charlet llevaba consigo las novecientas mulas antes citadas, portadoras de los víveres, y Doppet con la artillería, consistente en cuatro obuses de cuatro y de seis, diez cañones de un calibre inferior al cuatro y dos morteros de seis pulgadas.

Carácter de la ocupación de los objetivos propuestos.—Inconvenientes y ventajas

La ocupación de los objetivos propuestos: Ribas, Camprodón, y, finalmente, Ripoll, no representaba una operación fácil de realizar. Para conseguirlo había que franquear uno de los contrafuertes más ásperos de los Pirineos Orientales, obligando, como puede comprenderse, a las columnas francesas, a tener que ir franqueando numerosísimos obstáculos, en tal forma que si la ascensión por las faldas septentrionales de las montañas no era difícil y menos aún el llegar a las crestas en las que aparecían extendidos muchas veces mesetas susceptibles de que en ellas operaban libremente gruesos cuerpos de tropas, no sucedía así al descender por las vertientes meridionales. En éstas era necesario renunciar al empleo de los caballos para el transporte de los obuses que habían de ser colocados sobre trineos, substituyéndolos por yuntas de bueyes, pues éstos, atalajados, retienen mejor que los caballos sus descensos, teniendo, por otra parte, una gran ventaja inestimable en las montañas de que, si el suelo, cubierto de peñas sueltas, viene a faltar bajo las ruedas de los vehículos que arrastran, los impiden volcar sosteniéndolos con sus cuernos.

En cambio de todos estos inconvenientes, el tiempo era magnífico y el ejército francés pudo ver, con satisfacción, que, al terminar la jornada, no había ningún aspeado ni enfermo. El único inconveniente fué debido a la circunstancia de que, hallándose todos los torrentes surcados por las aguas, procedentes de los deshielos de las alturas, cada vez que había que atravesarlos, se imponía la detención y el establecimiento de los puentes volantes, que se había tenido la precaución de llevar en número suficiente.

Desarrollo de la expedición

La columna de Doppet, en su primera etapa en dirección a la Molina, consideró oportuno destacar, por su derecha, seiscientos hombres, divididos en tres batallones, que fueron con cuatro piezas de artillería (dos morteros de seis pulgadas y dos *republicanos*) a las órdenes del Comandante Peleuck, a atacar el pueblo de Castellar. Según la información francesa (Fervel) era un foco de insurrecciones, en otro

tiempo célebres, cuando las guerras de Cataluña, dando muestras, en esta ocasión, de querer mantener, sin menoscabo alguno, su antigua reputación. En cuanto a Charlet, sabiendo que el enemigo le esperaba en el Coll de Mayens y en Doria, llevando a cabo un movimiento envolvente, salvó el paso, bajo el fuego de estas posiciones, marchando por Vallsevollera y Vilallovent, obligando a las guarniciones de estos dos puestos a replegarse en Ribas.

La reunión de ambas columnas llegó a verificarse tal como estaba previsto, y, formando un solo cuerpo, avanzaron sobre esta localidad siguiendo la garganta de Ripart, y llegando, en el servicio de exploración por el flanco derecho, un grueso destacamento. Estos flanqueadores llevaban la misión de apoderarse de una ermita, por la que regularmente habían de pasar, llamada Nuestra Señora de Ribas, y que constituía el reducto de la defensa en ella establecida. Este puesto, guarnecido por los suizos, realizó una fuerte resistencia, y fué preciso el empleo de los cañones para forzarla al abandono de su puesto, no pudiendo la columna expedicionaria entrar en Ribas hasta haberlo conseguido.

Breve fué la estancia de la tropa francesa en esta localidad, y, a la mañana siguiente, habiendo instalado en ella una fuerte guarnición y habérsele incorporado los tres batallones, que habían sido rechazados en Castellar, púsose en marcha para flanquear el robusto contrafuerte que la separaba de Camprodón. La travesía de este accidente geográfico resultó más penosa que la de la Gran Cadena Pirenaica.

En efecto, las dificultades de la marcha eran tales, que, Charlet, vióse precisado a detenerse a retaguardia con todos los bagajes, mientras que Doppet lograba remontar el torrente de Segalell, yendo a vivaquear, cerca de Perdinyas, sobre una vasta meseta extendida al pie del contrafuerte de separación de los dos valles del Fresser y del torrente Riutorts. En fin, después de ocho horas de una marcha fatigosa, el día 19, pudo llegar a Camprodón que ya se hallaba en poder de los soldados franceses, desde el día anterior.

Charlet llega a Camprodón.—Conquista de este pueblo, llevada a efecto el día anterior

La ocupación de este pueblo escondido en las montañas, se había llevado a cabo el día anterior, después del mediodía, y, en el momento mismo en que el Comandante Thonin abordaba la plaza por un lado, llegaba por el otro, la columna del Ayudante General Bon, a quien Augereau había encargado de marchar desde San Lorenzo de la Muga, con la misión de ponerse en contacto con la división de la Cerdaña. Este General había partido, el 17 por la mañana, en la dirección ordenada, y, al ver cómo los españoles cortaban el camino directo de la Muga al Ter, abandonó el Vallespir, en el que había entrado por

Coustouge, repasando la cadena principal por el coll de los Aires, para descender, seguidamente, a Camprodón. Verificada la reunión de las columnas citadas, pudieron sin dificultad arrebatarse este pueblo de las manos de los mil doscientos miqueletes que lo ocupaban, y, apenas se habían éstos retirado de las alturas de San Antonio, que habían constituido su refugio, cuando apareció Doppet.

A la mañana siguiente de haber llegado este General al pueblo referido, se presentó Charlet con su brigada, pudiendo reunir, de este modo, el sucesor de Dagobert, siete mil cuatrocientos combatientes en un valle por el que se podía envolver la retaguardia de las líneas españolas. A mayor abundamiento, a dos jornadas de marcha de Camprodón, había llegado Augereau, con unos cinco mil hombres.

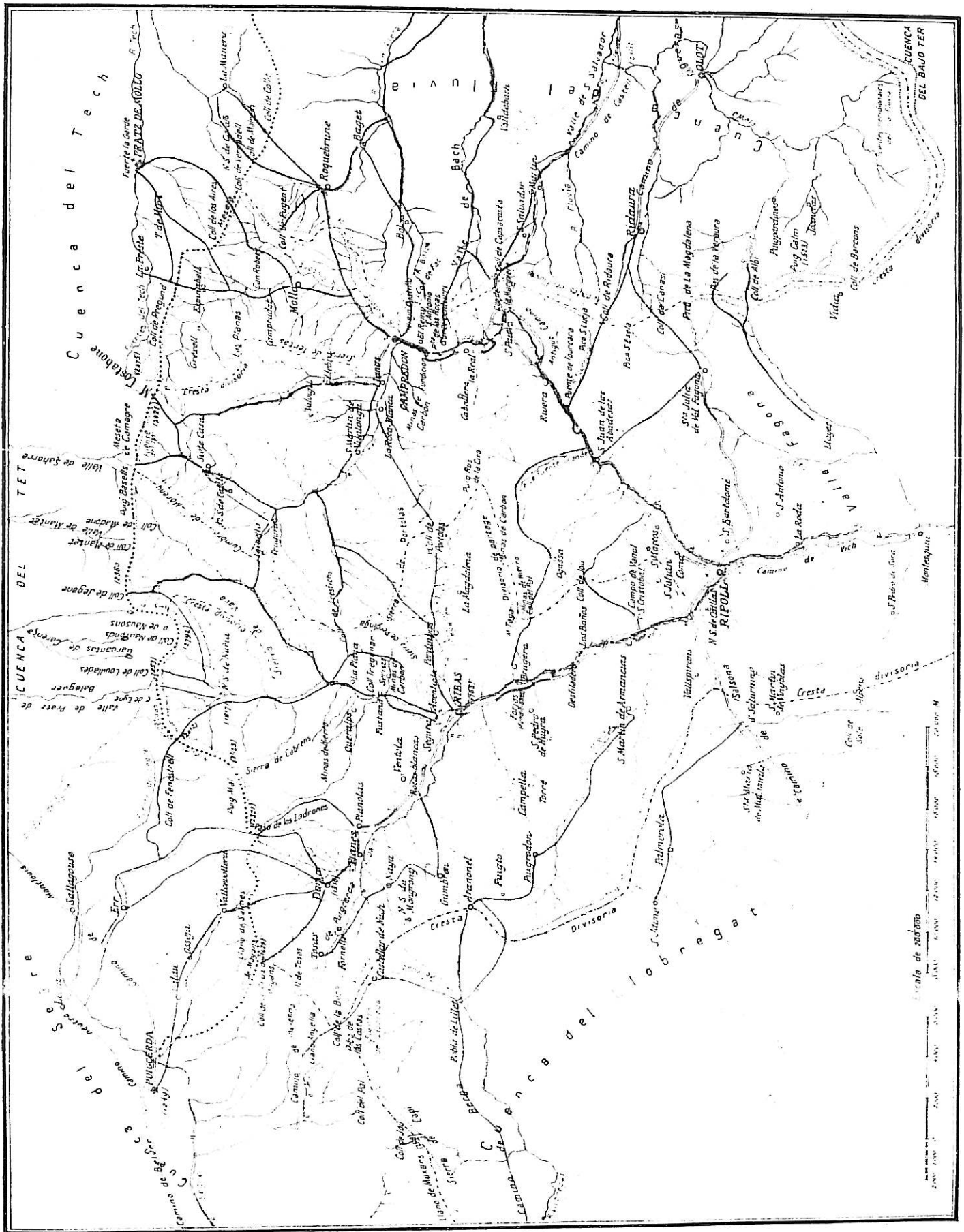
No sabiendo qué hacer, Doppet con este precioso refuerzo que su colega, tan oportunamente, le había enviado, apresuróse a ordenar el retorno, a San Lorenzo de la Muga, del General Bon; y, aprovechándose tan sólo de la vuelta del Teniente General Augereau, hizo escoltar, hasta Molló, un destacamento que había de ocupar esta localidad, situada al pie meridional del Coll de los Aires. Todo esto dispuesto, creyéndose en condiciones de disponer de una retirada bien segura al Vallespir, juzgó lo más oportuno marchar, por sí mismo, a destruir la manufactura de armas de Ripoll, correspondiendo, de este modo, al golpe de mano de Augereau contra las fundiciones de la Muga. Por último, el día 23, abandonó Camprodón, dejando en sí al General Charlet con dos mil quinientos hombres, y la mitad de su artillería.

Se impone la conquista de Ripoll.—Realización de la empresa.—Ocupación de San Juan de las Abadesas y de Ripoll

Se imponía, por lo tanto, la conquista de Ripoll, y, para ello, la columna de Doppet tenía que seguir desde Camprodón, a lo largo del Ter, descendiendo en un principio, por la orilla derecha, pasando por la roca y la Real, para saltar a la otra orilla, un poco antes de San Pau, atravesando el grueso torrente de Furcara, para ya continuar, sin obstáculo alguno, hasta Ripoll. En esta orilla izquierda, a doscientos metros del río, y frente a la Real, álzase, hasta el puente de Furcara, una cadena de pequeñas colinas, que hay forzosamente que ocupar si se trata de cubrir a Olot, al que el enemigo podría llegar, sin ser apercebido, con tanta menos dificultad por cuanto que el camino empedrado, (antigua vía romana) llamado de Ramada, partiendo del Fluviá, flanquea estas elevaciones, para descender al valle del Ter. Este cañón, o contrafuerte deprimido entre la Real y el puente de Furcara, continúa, de N. a S., a través de montañas más elevadas, las cuales se prolongan en línea recta, de una parte, hacia San Antonio de Camprodón, y, de otra, hacia la ermita de San Bartolomé de Ripoll. El castillo de la Marinera, puesto un día ocupado por el duque de Noailles, al venir para

CUENCA DEL ALTO TER

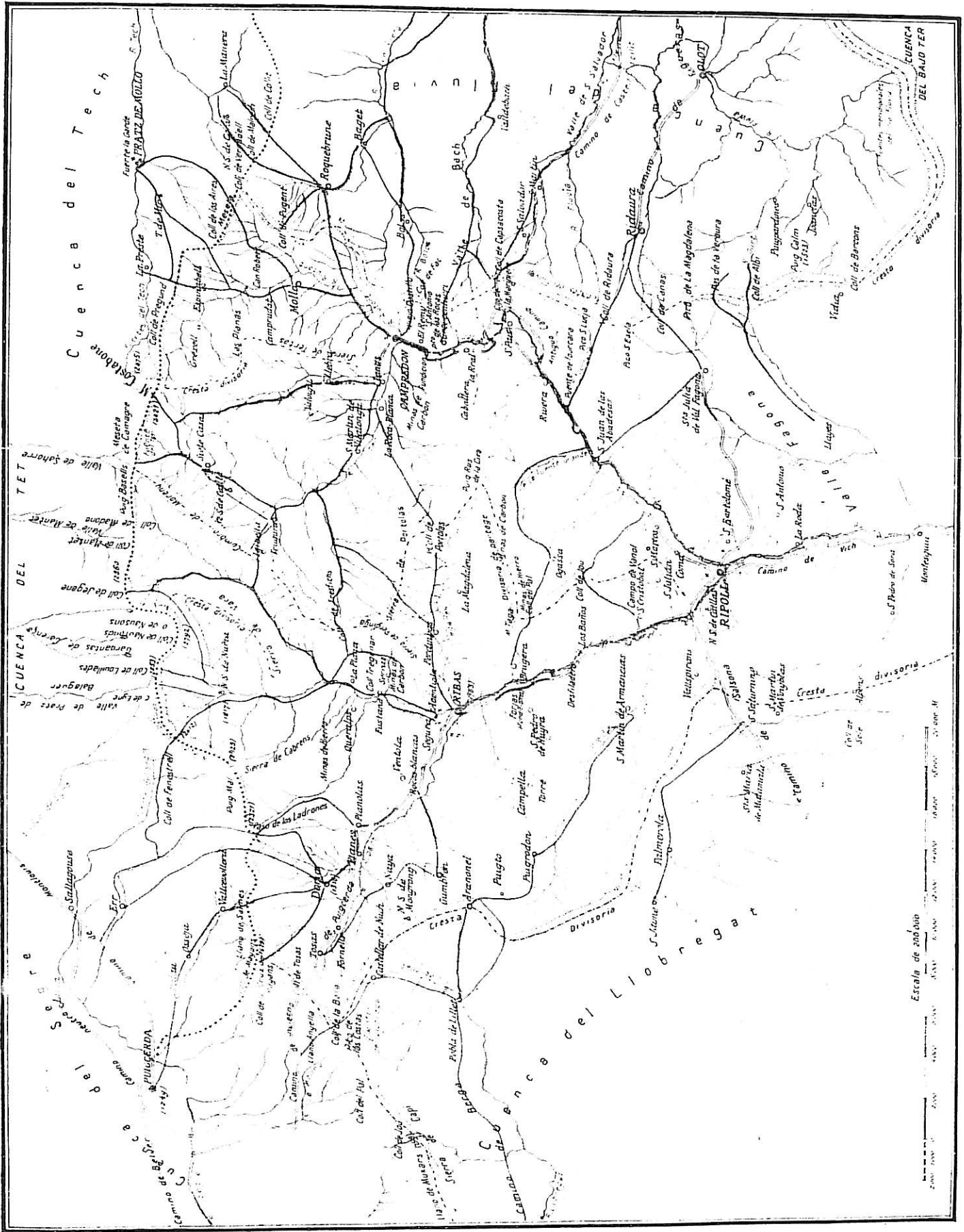
Expedición de 1793, 1794 y 1795



is colinas
sión que
esencial,
Furcara.
os, para
derecha,
la a San
nar una
pueblo
cudo el
el valle,
guarni-
habitan-
mos ti-
a la in-
udieran
las ante
do a la
ión.
tropas
cha por
nde se
el alto
mayor
propia
la bri-
inidad
pues,
tamen-
nea de
llo, un
inicia-
que no
ntre el
 alguno,
íltimo,
tacerse

CUENCA DEL ALTO TER

Expedición de 1793, 1794 y 1795



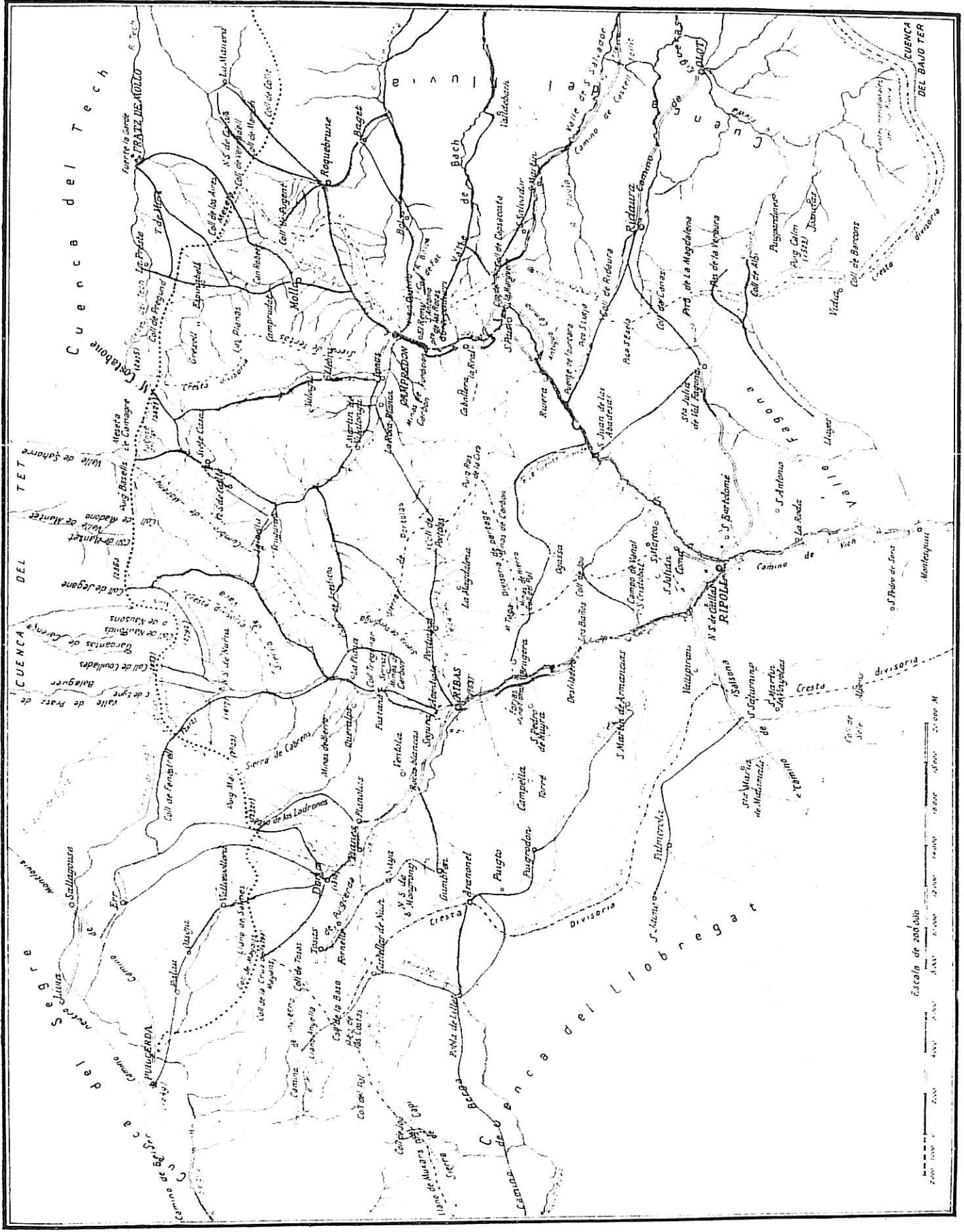
Las colinas que rodean a San Feliu de Guixols, es esencial, Furcara. Los cerros de la derecha, pertenecen a la Sierra de Sant Llorenç de Morunys. En el valle de la izquierda, el río Ter fluye hacia el norte. El mapa muestra una red de caminos y una gran variedad de pequeños asentamientos y fincas.

El valle de la izquierda, el río Ter fluye hacia el norte. El mapa muestra una red de caminos y una gran variedad de pequeños asentamientos y fincas. La zona es caracterizada por su relieve montañoso y su rica herencia cultural.

Las tropas que se encontraban en el Alto Ter, eran de gran importancia para la defensa de la zona. La presencia de estas tropas reflejaba la importancia estratégica de la región. El mapa detalla la ubicación de estas tropas y los puntos de control que las rodeaban.

CUENCA DEL ALTO TER

Expedición de 1793, 1794 y 1795



is colinas
sion que

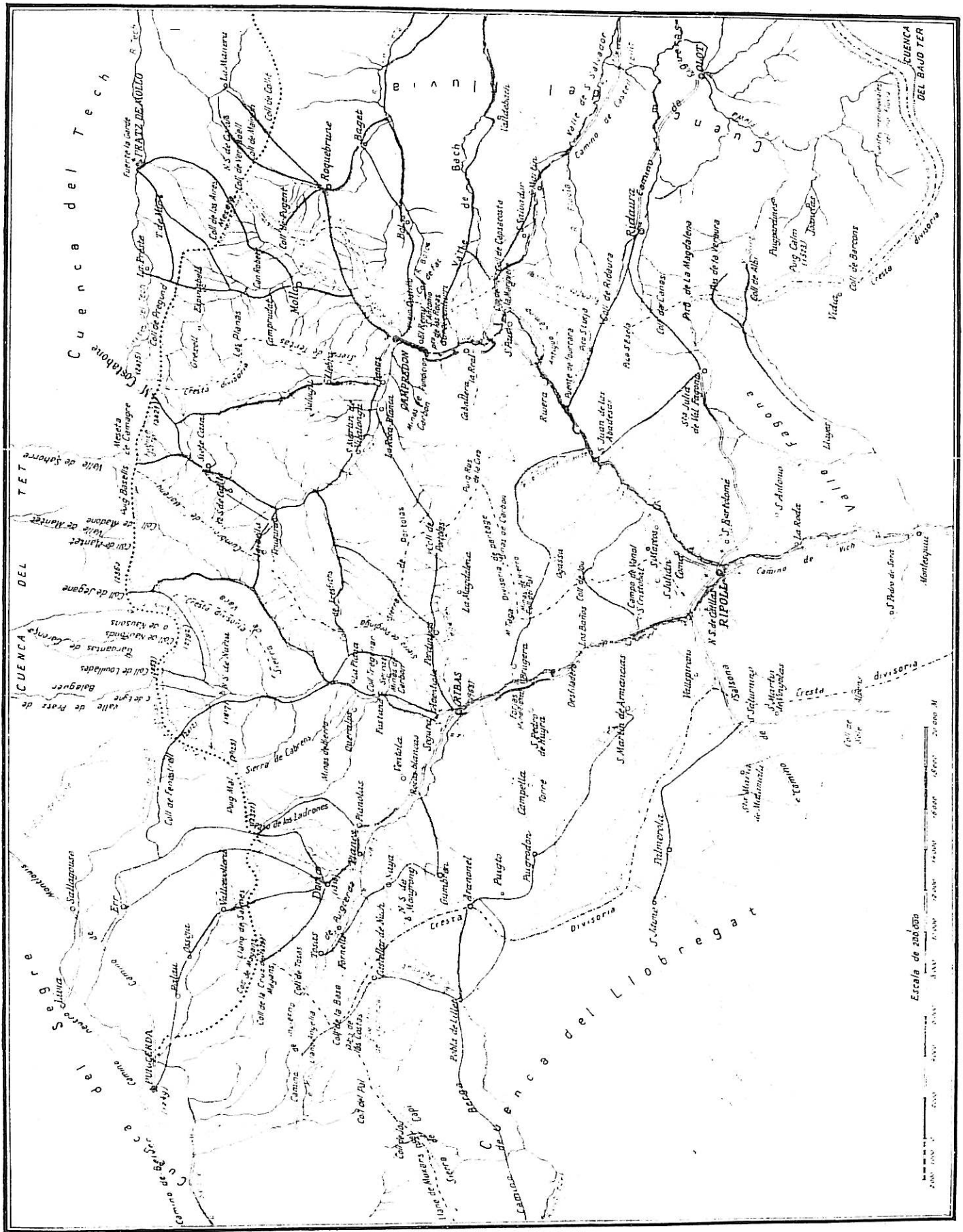
esencial,
Furcara.
os, para
derecha,
la a San
mar una
l pueblo

pudo el
el valle,
guarni-
habitan-
amos ti-
a la in-
udieran
las ante
do a la
ion.

tropas
cha por
onde se
el alto
mayor
propia
la bri-
imidad
pues,
tamen-
nea de
llo, un
inicia-
que no
ntre el
 alguno,
último,
larse

CUENCA DEL ALTO TER

Expedición de 1793, 1794 y 1795



is colinas
sión que

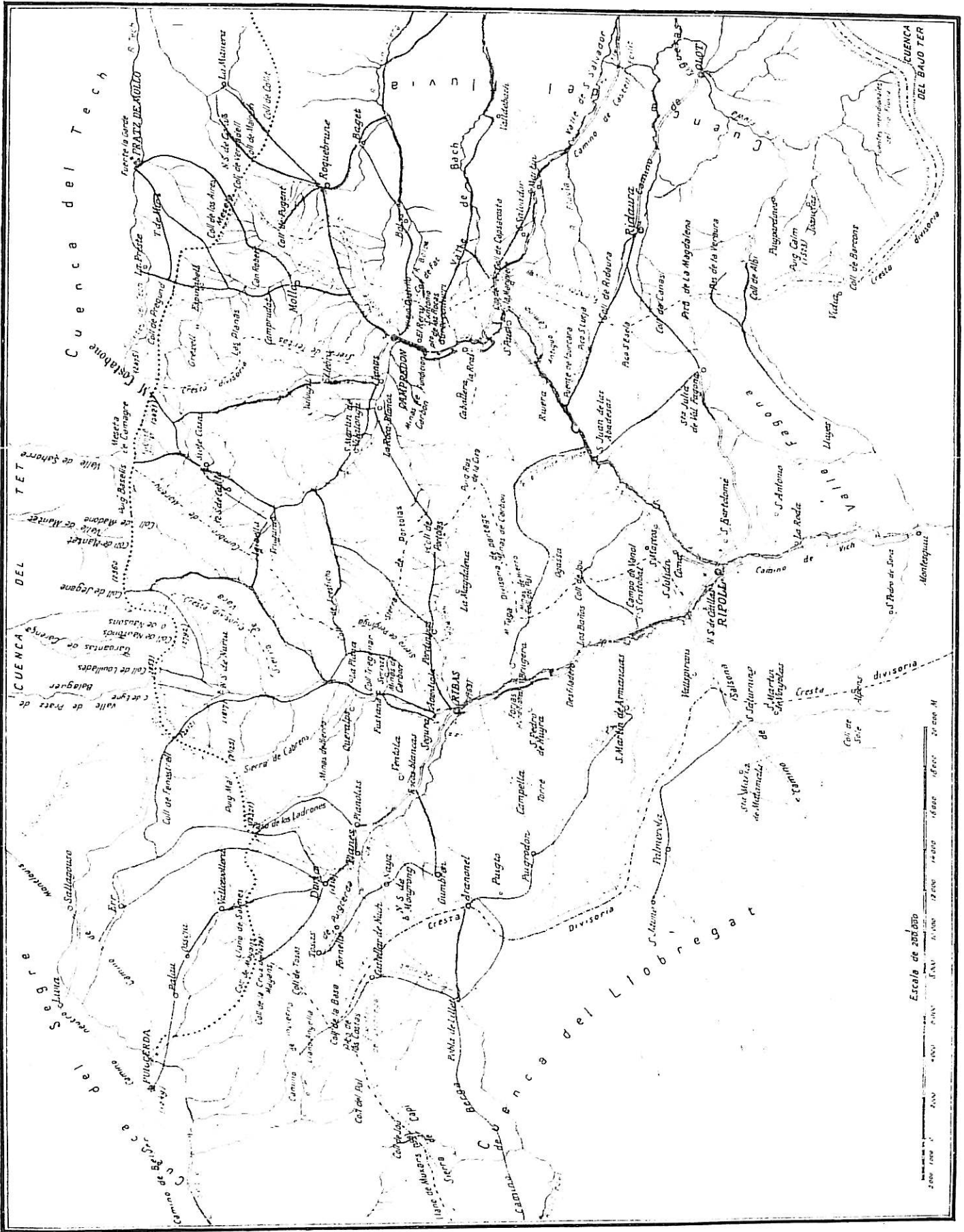
esencial,
Furcara.
os, para
derecha,
la a San
mar una
l pueblo

pudo el
el valle,
guarni-
habitan-
amos ti-
a la in-
udieran
las ante
ido a la
ión.

tropas
cha por
onde se
el alto
mayor
propia
la bri-
imidad
, pues,
tamen-
nea de
llo, un
inicia-
que no
ntre el
lguno,
último,
racerse

CUENCA DEL ALTO TER

Expedición de 1793, 1794 y 1795



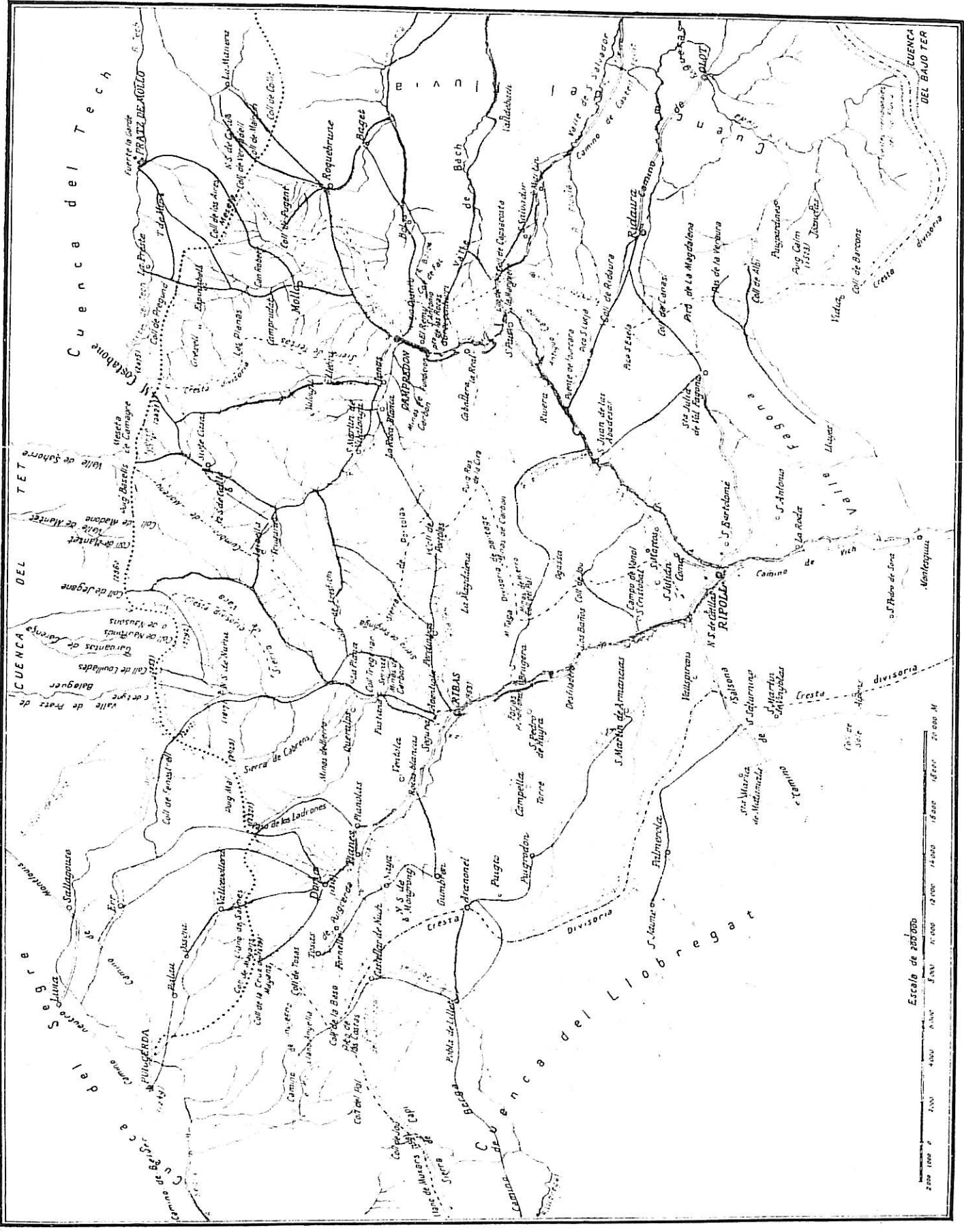
Las colinas
son que
esencial,
Furcara.
os, para
derecha,
la a San
nar una
el pueblo

pudo el
el valle,
guarni-
habitan-
amos ti-
a la in-
udieran
las ante
ido a la
ión.

tropas
cha por
onde se
el alto
mayor
propia
la bri-
inidad
pues,
tamen-
nea de
llo, un
inicia-
que no
ntre el
alguno,
último,
tacerse

CUENCA DEL ALTO TER

Expedición de 1793, 1794 y 1795



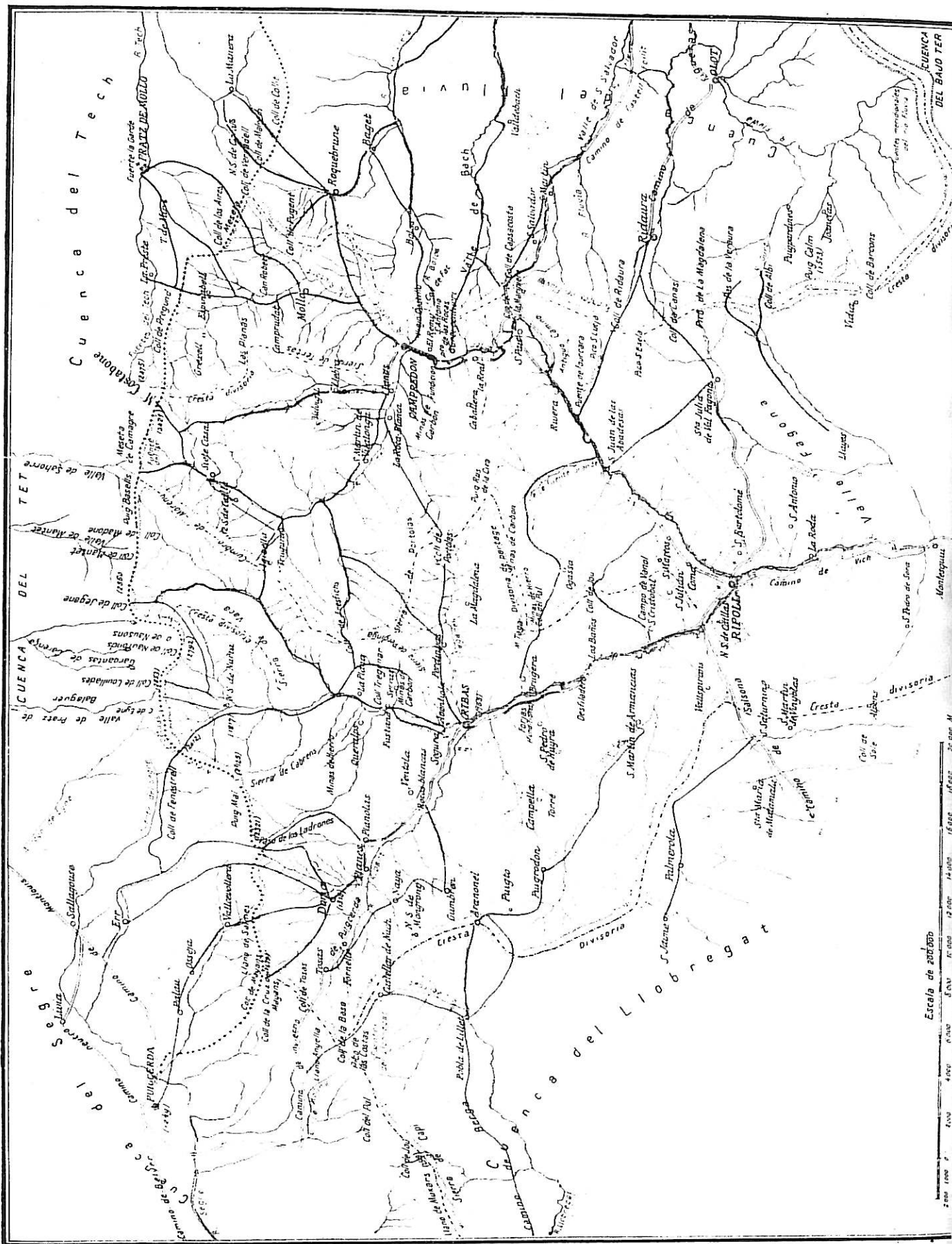
as colinas
sión que
esencial,
Furcara.
cos, para
derecha,
fa a San
onar una
l pueblo

pudo el
el valle,
guarni-
habitan-
emos ti-
a la in-
udieran
las ante
ado a la
ión.

tropas
cha por
onde se
el alto
mayor
propia
la bri-
imidad
pues,
tamen-
nea de
llo, un
inicia-
que no
ntre el
lguno,
último,
lacerse

CUENCA DEL ALTO TER

Expedición de 1793, 1794 y 1795



Las colinas
presión que

to esencial,
de Furcara.
ancos, para
la derecha,
erda a San
alonar una
el pueblo

pudo el
or el valle,
ña guarni-
os habitan-
liremos ti-
s, a la in-
e pudieran
nidas ante
tuado a la
sición.

Las tropas
archa por
donde se
or el alto
ra mayor
su propia
de la bri-
oximidad
do, pues,
untamen-
línea de
ello, un
la inicia-
que no.
entre el
alguno,

sitiar a Camprodón, señala a la vez el punto de sutura entre las colinas y el espolón que las continúa hacia el N., y la fuerte depresión que corre a lo largo de la orilla izquierda del Ter.

Doppet hizo ocupar, por las tropas de Charlet, este punto esencial, así como dispuso lo mismo respecto de San Pau y el puente de Furcara. En el primero dos pequeñas columnas debían cubrir sus flancos, para lo cual marcharían siguiendo las crestas, para llegar, la de la derecha, a la ermita de Nuestra Señora del Callar, y la de la izquierda a San Bartolomé, ermitas que, con la de San Antonio, venían a jalonar una especie de cintura, en cuyo centro se encontraba emplazado el pueblo de Ripoll.

Gracias a la protección de estas fuerzas flanqueadoras, pudo el cuerpo de tropas expedicionario descender, tanquilamente, por el valle, ocupar a San Juan de las Abadesas, dejando en él una pequeña guarnición, y, continuando su marcha, llegar, por fin, a Ripoll. Los habitantes de esta localidad, a raíz de una corta fusilada (mejor diremos tiroteo) abandonaron sus hogares, y fueron a refugiarse, unos, a la inminencia del Santuario de Nuestra Señora del Callar, sin que pudieran evitarlo las fuerzas exploradoras de la orilla izquierda, detenidas ante el campo de Vagnol, en tanto que, los otros, no habían efectuado a la de San Antonio, que venía a constituir el reducto de la posición.

**El avance francés por el camino de Vich,
detenido.—Faltas cometidas por el mando
francés, a juicio de Fervel**

Estos dos puestos no tardaron en ser conquistados, y las tropas francesas, habiendo penetrado en el pueblo, continuaron su marcha por el camino de Vich, llegando a la altura de Caffa-Llups, en donde se vieron precisadas a detener su avance. Las faltas cometidas por el alto mando francés no podían quedar más de manifiesto, y, para mayor justificación de este aserto, dejemos al juicio crítico francés su propia determinación: Fervel, después de señalar la concentración de la brigada de Charlet con las fuerzas de Doppet, así como la proximidad de los cinco mil hombres de Augereau, expone: «Había llegado, pues, a estas dos divisiones el momento de entenderse y actuar conjuntamente contra la izquierda desbordada de los españoles, o sobre su línea de operaciones que había quedado al descubierto, asestando, para ello, un golpe decisivo. Pero Doppet, a quien correspondía el tomar la iniciativa, no estaba al corriente del arte de la guerra y Augereau, que no había recibido ninguna orden precisa, permanecía paralizado entre el llano, impedido, a causa de su alejamiento, de prestar socorro alguno, y las montañas, en las que desde luego repugnaba penetrar; por último, Dugommier dejaba hacer. ¡Así las cosas todo cuanto pudiera hacerse estaba condenado, irremediamente, al fracaso!»

«¡Procediendo en la forma que se ha expuesto, destruir una fábr-

ca de armas era todo cuanto se sentía llamado a emprender el sucesor de Dagobert, cuando había logrado envolver al ejército español!» Así juzgando, es lógico que el propio historiador militar francés afirme que, por cuanto se ha dicho era justo que Doppet fué a pagar tanta lentitud y tantas faltas, y, como vamos a ver, así aconteció.

El Conde de la Unión se decide a actuar por su cuenta.—Operación realizada intentando un golpe definitivo contra la retaguardia enemiga

El Conde de la Unión, que si bien en un principio pudo alarmarse al ver amenazada su izquierda y su retaguardia, no prestando después, gran atención al movimiento realizado por Augereau para secundar la marcha envolvente de Doppet, dióse buena cuenta de cómo, en realidad, no se encontraba grandemente expuesto a ser batido por el valle del Ter. Concibió, pues, inmediatamente, asestar un golpe decisivo sobre la retaguardia del ejército francés, que con tanta osadía se había aventurado, no ya a ocupar Ripoll, sino continuar avanzando en dirección al S.

Para realizar esta operación, nuestro General dispuso que Vives se encargase de cortar la retirada de la división francesa de referencia, al mismo tiempo que, el General Cuesta, Comandante General de la Seo de Urgel, llevaría a cabo una oportuna irrupción en la Cerdaña francesa. «Esta reacción, por parte nuestra, es reconocida por el escritor citado como una feliz inspiración que podía cambiar el aspecto de la campaña». Nuestro General Vives cumplió su cometido, con la mayor inteligencia (1). Al frente de mil doscientos hombres escogidos y de trescientos caballos, marchó a recoger, en Olot, de seis mil a siete mil paisanos, que estaban reunidos, y que hizo destacar hacia las fuentes del Fluviá, frente al intervalo entre Camprodón y San Juan de las Abadesas. A continuación, con el grueso de su tropa escogida, encaminóse, por Baguet, a Molló, en donde, como dijimos anteriormente, los franceses tenían un puesto en el Coll de los Aires.

El día 15 de junio nuestras tropas llevaron a cabo una primera tentativa contra el puesto que el enemigo tenía establecido en San Pau, que fué rechazado por la guarnición del Castillo de la Marinera. Al día siguiente, Vives dispuso, con cinco batallones de línea y una multitud de somatenes, alcanzar, a la vez, a San Juan de las Abadesas, el puente de Fourcara y Camprodón. Los nuestros llevaron a cabo su cometido valientemente, y, el General Charlet, que se encontraba en San Juan de las Abadesas, pudo defenderse en su puesto durante 36 horas, luchando primero en el fondo del valle y, viéndose debilitado a causa de las numerosas bajas sufridas (150 muertos y muchos heridos)

(1) Vives remplit sa tâche avec intelligence (Fervel).

determinóse abandonar su actitud defensiva para recogerse al abrigo de las montañas; cosa que hubo de realizar, por fin, aprovechando la noche del 29 al 30 prairial (17 al 18 de junio), pero, con tal precipitación, que no pudo por menos de dejar abandonados, en nuestro poder su artillería y sus bagajes.

El propósito de Charlet era traspasar la cresta principal por el Coll de los Aires, pero, con certera previsión, el General Vives había dispuesto ocupar este paso, enviando un destacamento que pudo fácilmente desalojar a la pequeña guarnición francesa. Viéndose así entorpecido en su marcha, el General francés se encaminó a franquear el Coll de Pregund, para marchar, directamente, al resguardo de la plaza de Villafraanca, a la que pudo llegar el 19 de junio (1.º messidor), a las 7 de la tarde, después de una penosa marcha, a través de un verdadero dédalo de rocas y de precipicios.

Intervención de los somatenes.—Acciones diversas de los mismos

Tanto la información oficial española, como la que nos facilitó el historiador portugués Chavy, nos pone en conocimiento de la intervención que tuvieron por nuestra parte en las acciones que acabamos de relatar los somatenes. Estos, con un batallón de Vallespir, guarnecían unas alturas situadas al flanco derecho de la línea española, al mando de Costa. Los trescientos emigrados que formaban dicho batallón, al ser atacados el día 15, a las tres de la mañana, por las tropas de Charlet, resistieron vigorosamente en su puesto, pero, abandonando los somatenes las referidas alturas, quedaron cortados, sin poder tomar el Coll de Basagoda, según la misión que se les había conferido. Lejos de acobardarse; «en este conflicto, Costa escogió el partido de arrojar-se con los suyos por unos precipicios que tenía a su izquierda, con tal resolución, que no pudieron seguirle los contrarios; y, con el buen deseo de volver a la acción, atravesó rocas casi inaccesibles, para dirigirse al Coll de Basagoda, que ya era de los enemigos».

«A los primeros avisos que tuve de estar atacado, exponía el parte dado desde Llorona, al General en Jefe del Ejército de Campaña de Cataluña, por el Teniente Coronel don Roque de Abarca, Comandante de aquel puesto, envié al Capitán don Juan Long y a los primeros Tenientes don Vicente Abello y don Antonio Castro con cincuenta hombres de las compañías de V. E., y algunos somatenes para que socorriesen a Costa; pero, luego que supe las ventajas de los enemigos, y la retirada de los trescientos emigrados, sin poder ya contar con ellos por haber tomado un rumbo distinto, y, sobre todo, que habían abandonado los somatenes el Mas de la Serra, con lo que quedaba descubierto por todo el frente y el flanco izquierdo, mandé al primer Teniente, don Ventura García y Basabré, al segundo, don Ramón Díaz, y al Subteniente don Agustín Moriano con el resto de las compañías, y, orden precisa de

perecer todos, o recobrar Basagoda. Destiné también trescientos somatenes, cien de ellos ofrecidos voluntariamente con su Comandante el Presbítero don Juan Salgueda, puse tropas de granaderos provinciales y del Regimiento de Sevilla para que cubriesen Casacarrich y el camino de Besalú; hice tomar por un destacamento de este último cuerpo el Mas de la Serra, y, dejando orden de que me siguiesen cincuenta hombres y un Oficial del mismo, marché a la acción.

Don Juan de Long, con su primera división, atacó con tanta viveza, ayudado de Abello y Castro, y la tropa estuvo tan resuelta, que ganaron la primera altura a la primera embestida. Logrado esto llegó la segunda división que llevaba García, y se unió, con la anterior, a tiempo de que Costa aparecía después de haber roto muchos obstáculos en su camino. Con todas estas fuerzas se cargó a los enemigos en las alturas de Basagoda, que aún mantenían. Aunque García, con su división no llegó al primer ataque, embistió al resto de las alturas con Díaz y Moyano, distinguiéndose éstos, igualmente que los primeros, por una emulación digna de elogio.»

A continuación de todo este relato, el Teniente Coronel Abarca, daba cuenta del comportamiento de los que, principalmente, se habían distinguido en la acción: «También merecen la atención de V. E. —informaba el Conde de la Unión—, los Presbíteros don Juan Salgueda y don Julián Cufí con sus tres hermanos, don José Bárbara y don José de Sol, Capitán y Teniente agregados a la plaza de Tarragona; los Sargentos de segunda clase de las compañías de V. E., don Francisco Mandato, don Miguel López y Juan Orticoni que murió gloriosamente, en la acción. Merecen mucho aprecio Mr. de Costa y los suyos, tanto por la resistencia que hicieron dentro de su campo, como por haber vuelto a la acción, a través de unos montes que jamás hubieran creído practicable a la planta del hombre».

La huída de los somatenes, que aun no han aparecido, no me permite decir a V. E., el número fijo de desgracias que he tenido, pero, por lo que observé, al contemplar el campo, creo que serán unos veinticinco los muertos y treinta los heridos.

Por su parte, en la Gaceta de Madrid, del 27 de junio, el Conde de la Unión figura como receptor de noticias que le ha dado el Mariscal de Campo don Joaquín Oquendo, dándole cuenta «del denuedo distinguido con que don José Cortada y los cuarenta hombres de Vich, y su corregimiento, sostuvieron con la mayor, esforzada y tenaz porfía el ataque que los enemigos hicieron el día 11, en varias columnas que se adelantaban del pueblo de San Pau, y, otras, por la montaña Carballera, a tomar el camino de San Juan de las Abadesas; habiendo logrado Cortada y sus cuarenta hombres, que los enemigos no adelantasen un paso mientras tuvieron municiones, las que, concluídas, verificaron la retirada con el mayor orden» y, a continuación, el Conde expone, por su parte, este juicio, que no deja de tener importancia: «Si el resto de los mil doscientos somatenes que tenía allí Oquendo, hubiesen imitado la

conducta de los mandados por Cortada, probablemente, se hubiera frustrado al enemigo su entrada en San Juan de las Abadesas, y, después, en Ripoll, dejándole escarmentado; pero no le fué posible a Oquendo hacerlo así, por más esmero y precauciones que para ello tomara.

Igualmente que esto que acaba de exponerse, la información oficial daba cuenta de la carta que, el 20 de este mes de julio, había escrito el Conde de la Unión, y que decía así:

«Las incursiones que los enemigos ejecutaron en los pueblos de Camprodón, San Juan de las Abadesas, Ripoll, Ribas, Castellar de Nuch y alturas de la frontera que tenían ocupados los enemigos, me determinaron a enviar, para desalojarlos, cinco batallones de tropa, cinco de Somatenes, congregados muchos de esta clase, armas, municiones en cantidad, y al pie de trescientos caballos. Dispuse se diese un ataque por frente y costados, desde Olot, Baget, Ripoll, y otro desde Baga, para cortar la retirada por Ribas, a la vez que, por la Cerdaña, entrase el destacamento de la Seo de Urgel, llamando, desde otros puntos, la atención del enemigo. Puse al cuidado del Mariscal de Campo, don Juan Miguel de Vives, la ejecución de este plan, que verificó con acierto y valor, hasta que, herido en un muslo de un balazo, le fué preciso retirarse habiéndose logrado, en los días 17 y 18 del presente, desalojar a los enemigos de todas las alturas, con considerable pérdida de su parte, y corta, de la nuestra. Se les cogieron dos campamentos, treinta y nueve prisioneros, un cañón de a dos, dos banderas, diez cargas de efectos comestibles, etc., y, finalmente, se les ha puesto en la necesidad de evacuar todos los pueblos que habían invadido, cuyos detalles espero, anticipando a V. E., esta noticia para que S. M. se entere de quedar ya libre toda la parte de frontera indicada.»

Actitud de Doppet durante el desarrollo de los acontecimientos expuestos.—Emprende la retirada

Inmóvil en su posición de Ripoll, Doppet, mientras se desarrollaban los sucesos que acabamos de exponer, ignoraba todo cuanto estaba aconteciendo. Sin embargo, inquieto por el conjunto de las noticias que a él llegaban, y por las dificultades que se agolpaban en torno suyo, vino a darse cuenta por fin de lo comprometido de su situación a consecuencia de la amenaza que comenzaba a cernerse sobre sus comunicaciones. Se imponía la retirada y, en efecto, el día 18 de junio, se dispuso a llevarla a cabo. La columna iría precedida de una nutrida vanguardia, en tanto que mil quinientos cazadores marcharían a lo largo de las crestas que se extendían por el flanco derecho, efectuándolo por el izquierdo algunos pelotones de flanco. La columna seguiría por el fondo del valle, en dirección a la cresta principal. Puesta en movimiento, no encontró Doppet obstáculo alguno en su marcha, mas,

como quiera que la profunda calma, que reinaba en torno suyo, no pudiera por menos de llegar a sorprenderle, temiéndose una sorpresa, se colocó al frente de su tropa. Por fin, no dejaron de aparecer los puestos españoles, y, así a la extremidad de las colinas de San Pau, por encima del castillo de la Marinera, obligaron a los exploradores franceses a detenerse, entablando un pequeño combate. La posición estaba defendida por un millar de paisanos catalanes. No tardó mucho el mismo grueso de la columna de encontrar una seria resistencia al llegar a la Rêal, sitio en el que los españoles habían establecido un puesto de defensa que hubo de ser atacado a la bayoneta por los franceses.

Al llegar a los alrededores de Camprodón, al primer vistazo, reconoció que se encontraba cortado, pues, desde el puente de la Roca hasta la ermita de San Antonio, todo el valle aparecía ocupado por los nuestros. La situación era, por lo tanto, para Doppet, bastante seria, imponiéndose una enérgica decisión. Detuvo su columna en el punto de arribada, en tal forma, que su centro quedaba a media legua delante del pueblo, en un ensanchamiento del valle; por la derecha, al pie del monte San Antonio, los cazadores, y a la izquierda, en una colina, los destacamentos de flanco.

A finales del siglo XVIII, Camprodón era un pueblecito de seis mil almas, edificado en el fondo de una cuenca bastante amplia, en la orilla izquierda del Riutort que no tarda en afluir al Ter. En el punto de conjunción de los dos cauces, álzase una roca de unos cuarenta metros de altura, en la que hubo, en otros tiempos, de existir un castillo fuerte, que, habiendo sido tomado, en el año 1679, por el Duque de Noailles, tras un sitio notable, fué por éste arrasado por completo. Otra eminencia más alejada que ésta que servía de asiento al castillo, dominaba, también, la localidad; era la montaña de San Antonio, más elevada que la anterior. En lo alto de ésta, se alzaba la ermita dedicada al Santo que la daba nombre y sus laderas aparecían cultivadas, en parte, y terminadas por un bosque de abetos.

**Las fuerzas de Doppet se hacen dueñas
de Camprodón por breve tiempo**

Como era lógico esta posición fué debidamente atrincherada por nuestras tropas. Afirma Fervel que, de haber sido estos atrincheramientos guarnecidos por fuerzas del ejército, hubiesen resultado inexpugnables. Pero, desdichadamente para nosotros, casi todas las que se hallaban alrededor de Camprodón, estaban constituídas por los somatenes que la ausencia de Vives dejaba en la mayor indisciplina. Vives, había sido herido. Consecuencia de ello fué, cuanto hubo de suceder a continuación. A la caída del día, estas confusas agrupaciones, queriendo pasar la noche a su gusto, descendieron al llano para vivaquear. Doppet se aprovechó de esta imprudencia, logrando ver realizado su propósito. Dispuso que seiscientos cazadores elegidos se deslizaran

en las tinieblas, a lo largo de los barrancos, subieran sin ser apercibidos, hasta unos dos tercios de la montaña y alcanzasen un palier (escalón) desierto, en el que habrían de ordenarse con el mayor silencio. Desde aquí, a las dos de la mañana, se lanzarían a la conquista de la ermita, lo que así hubo de ser conseguido, sin obstáculo alguno. La caída de punto tan importante hacía dueños de Camprodón a los franceses, que, al despuntar el día, vinieron a penetrar en él (19 de junio).

Apenas llevaban los franceses algunas horas cometiendo toda clase de atropellos, cuando, todo el campo circundante, apareció cubierto de llamas (1). Ante ello, los franceses, no tuvieron otro remedio más que el de abandonar todo lo conquistado. Y fué por esto por lo que Vives, persuadido de que Doppert había de seguir las huellas de Charlet, había hecho evacuar Molló, para trasladar sus tropas a las inmediaciones del pico de Costabone. Ante cuyo hecho el General francés se apresuró a ganar el Coll de los Aires, llegando, a la mañana siguiente, a Prat de Molló.

En vista del fracaso de la expedición a Ripoll, Dugommier dicta órdenes oportunas a Augereau para apoderarse de Besalú, en la línea del Fluviá

En su cuartel de La Junquera Dugommier recibió la noticia de la pérdida de Camprodón, y, luego, de la evacuación de Ripoll, juzgando que, en vista de todo esto, la situación de Doppet no podía ser más lastimosa corriendo el peligro de un auténtico copo. Para evitarlo, el General en Jefe del Ejército Francés, ordenó a Augereau realizase, inmediatamente, todo cuanto pudiera y estimase conveniente para salvar, si aún había tiempo para ello, al desdichado general que se creía perdido.

Augereau dispúsose a cumplimentar la orden recibida. Estimando que Besalú, pueblo importante a orillas del Fluviá; era un punto de partida de un buen camino transversal que conduce a Gerona; encontrándose de este modo, a la vez, sobre el principal camino de retirada de Vives y al alcance de la línea de operaciones del ejército de la Unión juzgó que un golpe de mano, sobre este punto tan esencial a la seguridad de estos dos generales enemigos, no podría por menos de causar un buen efecto, aproximando a los suyos al valle del Ter. En vista de todo esto, Augereau encargó al General Lemoine la conquista de Besalú.

Este general, a la cabeza de un millar de cazadores, partió, el 19 de junio (1.º messidor), de San Lorenzo de la Muga. Primeramente se dirigió contra el campo español de la Estrella, y, llegando a él, al día

(1) No está bien determinada la responsabilidad de este incendio. Doppet la carga al General Charlet y éste a los españoles. Según Fervel fueron los nuestros los que hubieron de aprovecharse de tan lastimoso hecho al ser causa del levantamiento general de toda la alta Cataluña contra los franceses.

siguiente, logró apoderarse del mismo; después, tomando por Lladó y franqueando el coll de Sacreu, llegó, por la tarde, a la villa de Mayá (1), en donde los torrentes desbordados le obligaron a pasar la noche. El día 3 apareció delante de Besalú, que fué tomado después de una hora de combate, siendo la localidad entregada al pillaje. Según los informes franceses hicieron dueños en este punto de cuatro banderas, un almacén de efectos militares, cuarenta barriles de pólvora, veintidós toneladas de cartuchos y de una célebre abadía, que, despojada de sus riquezas, fueron éstas distribuídas a medias, entre los soldados y las cajas del ejército.

Augereau ordena el abandono de las posiciones ocupadas

No interesaba al ejército de la revolución conservar a Besalú, una vez que el general Doppet había repasado con sus tropas la frontera. En consecuencia, Augereau dió a Lemoine orden de abandonarlo, y, en vista que numerosas concentraciones de los nuestros se iban agrupando sobre la línea que había de atravesar su lugarteniente, envió a su encuentro mil doscientos hombres, al mando del jefe de brigada Lannes, destacado, expresamente para ello, de la división del centro. No le fué difícil a este jefe de brigada atravesar la cortina que los emigrados y los somatenes habían establecido entre el Muga y el Fluviá, a causa de lo cual, Lemoine pudo efectuar su retirada sin obstáculo, entrando al abrigo de las líneas de San Lorenzo.

Juicio crítico de Fervel sobre la expedición a Ripoll y de los Generales Arceche e historiador portugués Chavy

De todos modos nos había sido muy satisfactoria la que califica el historiador Fervel de triste expedición a Ripoll. Sin duda alguna, como éste expone, hábilmente conducida hubiera podido ser una de las operaciones más brillantes de esta campaña, pero, tal como fué llevada a efecto por Doppet, vino a recordar los tristes acontecimientos de la del Rosellón, en 1793, y hubiera puesto en grave aprieto la seguridad misma de la frontera francesa, por lo menos en las montañas, a no haberlo venido a remediar el éxito alcanzado en la Cerdaña, con motivo de la expedición realizada por nuestras tropas, en la forma que se expone en el siguiente capítulo.

Nuestro general Gómez de Arceche hace suyo el juicio emitido por el historiador francés que hemos citado, y, otro tanto acontece, como sabemos, con Luis de Marçillac y con Chavy. Como resultado de las operaciones que hemos descrito, los franceses no consiguieron otra cosa que enconar el odio que les profesaban los naturales del país, a

(1) Mayá de Moncal. Pueblecillo al N. de Besalú, P.^a de Gerona, Partido Judicial de Olot.

causa de los atropellos y destrozos causados en las localidades por donde hubieron de pasar: «En la iglesia de Ribas, y en el pueblo de Camprodón, informaba la Gaceta de Madrid, del 27 de junio, ejercieron los enemigos mil modos abominables el furor de su impiedad; destruyeron los retablos, desfiguraron las imágenes y echaron muchas partes de ellas al río».

**Una información curiosa del «Diario de
Barcelona»**

Y, a título de curiosidad, indicaremos que en la Gaceta de Barcelona, en 18 de junio, se contenía la siguiente noticia:

De los franceses de Ripoll corre la voz al Excmo. señor General, de que el General Vives, con siete mil hombres, por un lado, y otros somatenes, por otro, tiene cercados cinco mil franceses, los que piden capitulación, ofreciendo rendir armas y volverse a Francia, sin volver a tomarlas contra los Españoles; pero se les ha negado, diciéndoles, o que se defiendan o que se rindan prisioneros.

De este modo se pretendía, por lo visto, ocultar, por algún tiempo, al pueblo de la capital del principado, la realidad de lo que acontecía en el frente de las operaciones.



CAPITULO XIV

Expedición española a la Cerdaña

**Proyectos del Conde de la Unión y del
alto mando francés para mejorar su
posición**



DADO el estado en las operaciones militares en el frente oriental de los Pirineos, interesaba, a uno y otro de los beligerantes, alcanzar un éxito de carácter positivo en la Cerdaña. Al Conde de la Unión, para descongestionar el flanco derecho de su línea, constantemente atacada por golpes de mano de efectos diversos, pero siempre perjudiciales para el descanso y la moral de nuestras tropas, y al alto mando francés, para lograr la seguridad de su flanco derecho o seriamente expuesto a un ataque victorioso de las tropas españolas, situación ésta bien acusada por lo acontecido a Doppet al bajar de su desastrosa incursión, quien, encontrándose con el Comandante Peleuck, al mando de tres batallones y cuatro piezas de artillería, fuerza que había sido destinada a dispersar una concentración de somatenes en Castellar de Nuch y Pobla de Lillet fué tan duramente rechazada, que no pudo por menos de retroceder para reunirse al cuerpo de la expedición, viéndose perseguido, con tal furia, que hasta las mujeres de aquella comarca hubieron de tomar parte en el hecho, señalándose, como de costumbre, por su ardimiento y energía.

Bellver, centro principal de la defensa francesa en la Cerdaña

Al ser abandonada la parte septentrional de la comarca por las tropas españolas, los franceses habían hecho de Bellver el centro principal de su defensa, y, en la ocasión que nos ocupa, hallábanse concentrados tres mil soldados en una fortaleza, construída alrededor, y en lo alto de una montaña cónica, llamada el Montarrós, verdadero campo atrincherado que dominaba todo el valle del Segre, entre Puigcerdá y la Seo de Urgel. Era Comandante de la guarnición el ayudante General Porte. No hemos de entrar, ahora, en la descripción del valle del Segre, ni de la citada posición de Bellver, suficientemente estudiados en páginas anteriores. Insistiremos, tan sólo, en recordar cómo la situación de esta Plaza era más ventajosa que la de Puigcerdá para

mantener el dominio del país conquistado, poseyendo, por sí misma, condiciones de mayor consistencia que la de esta localidad fronteriza. En efecto, en aquella ocasión, Bellver hallábase rodeado de murallas bastante sólidas, construídas al borde de un escarpado del Segre, y a la extremidad de una especie de istmo, formado por dos barrancos, que afluyen a uno y otro lado de la posición: no siendo ésta atacable fácilmente, más que por el espacio comprendido entre estos dos barrancos.

Los franceses habían fortificado con gran cuidado esta avenida, dominada por el montículo citado de Montarrós, que, a su vez, mantenía a la fortaleza al alcance de los tiros de fusil. El montículo era coronado por un sólido reducto, extendiéndose a sus pies el campo atrincherado. Este tenía a su derecha apoyada en una colina, en la que se hallaba asentada una batería, siendo, la izquierda, sostenida por dos elevaciones vecinas, en tanto que, el frente, hallábase envuelto por un ligero pliegue del terreno, que, a cierta distancia, formaba una especie de camino cubierto avanzado. Este frente, sus eminencias y la colina, hallábanse dominados por la cima del Montarrós.

Como puede comprenderse, el general Porte hallábase dispuesto a todo evento, descansando en este campo. Considerando que la principal defensa de Puigcerdá se hallaba en la posición que acabamos de describir, no había dejado en ella, más que una débil guarnición, no ocupando más, fuera de la misma, que dos puntos de alguna importancia; la aldea vecina de Pi, en la orilla izquierda del Segre, y la de Tailletendre, en la de la derecha; siendo ambas posiciones atrincheradas convenientemente.

Realidad de la situación francesa.—Levantamiento general de la población de la comarca.—Ataque español de los somatenes el día 8 de junio

La situación de los franceses no era ciertamente nada segura. Bastó tan sólo que el general Doppet abandonara el territorio de la Cerdaña con los dos tercios de las tropas en ella destinadas, para que, seguidamente, y como si ésta hubiera sido una señal para un levantamiento general, todos los montañeses del valle del Segre se dispusieron a reanudar la lucha. El 8 de junio, al despuntar el día, verdaderas nubes de somatenes, surgiendo de todos los puntos del horizonte, en la cuenca de Bellver, vinieron a envolver a Pi y Tailletendre, interceptando el camino de Puigcerdá, por encima de Isvol, y, finalmente, se lanzaron sobre el campo francés de Montarrós.

De los ataques llevados a cabo por los españoles tan sólo este último parecía revestir alguna importancia, dado que, los asaltantes, lo eran en número bastante crecido, e iban precedidos de doscientos jinetes, un batallón del Regimiento de la Reina y quinientos suizos. Mas, a pesar de que el empuje de nuestros soldados hubo de manifestarse cum-

plidamente, siendo acompañada su acción de gritos de entusiasmo, el general Porte reconoció, bien pronto, que no se trataba de otra cosa que de un golpe de mano de un millar de soldados, y, sin inquietarse por el peligro que representara el esfuerzo que pudieran realizar aquellas masas que se agitaban en torno suyo, dispuso la salida de su tropa, formándola en batalla detrás de la cortina que cubría sus atrincheramientos.

Ante la actitud de resistencia que tal disposición representaba, favorecida por las ventajas naturales que significaba la ocupación de las posiciones que hemos descrito, nuestra tropa hizo alto en su avance, pero, sin abandonar el terreno ganado, y no obstante el fuego intenso de los tiradores franceses y las molestias de un tiempo espantoso, acompañado de los denuestos y hurras que parecían desafiar el fragor de la tormenta, las tropas españolas se mantuvieron en su empresa durante ocho horas, no dejando de atacar la caballería, así como un batallón del Regimiento de la Reina, permaneciendo en cambio inmóviles los suizos, que figuraban en nuestras filas.

Cesa la lucha.—Descanso necesitado por las tropas de la Revolución

Al caer la noche, cesó por completo la lucha, y, los nuestros, se retiraron, asegurando la información francesa que, «no sin dejar una docena de cadáveres, un gran número de ahogados en los torrentes, y 60 suizos desertores, en el campo de Montarrós, que fueron festejados por los soldados franceses, llenos de entusiasmo y de confianza en sí propios».

Bien la necesitaban las tropas de la Revolución en aquel momento, pues, en contra de lo que pudieran creer, su situación no era nada favorable. Dejemos que sea precisamente el testimonio francés el que justifique esta aseveración; en efecto—expone Fervel—, los tristes acontecimientos en el Ter, las órdenes de la Unión al Comandante de la Seo de Urgel, la vecindad del General Vives, vinieron, bien pronto, a agravar nuestra situación en la Cerdaña. El incendio de Camprodón, el saqueo, la profanación de los monasterios e iglesias de Ripoll y de Besalú, todos los excesos, en fin, de que nuestras tropas se habían hecho desgraciadamente culpables (1), clamaban venganza por la voz furiosa de un cleró todo poderoso, y continuamente, por las avenidas de Bellver, se veían llegar nuevas oleadas de insurrectos. Jamás llegó a verse, en ellos tanto fanatismo, y, sobre todo, arrogancia, no hablando de otra cosa que de la de llevar a nuestro propio territorio las devastaciones, el fuego y cuantas desdichas nos imputaban.»

(1) Dugommier escribió al Comité de Salud Pública que «hubiera querido fuesen respetados, sobre todo, los signos exteriores de un culto por el cual es todavía idólatra el pueblo catalán».

Los franceses tratan de reforzar la defensa de este sector

Charlet acababa de regresar a Puigcerdá, y se apresuró a llevar a cabo el traslado de algunos refuerzos a Bellver. Por su parte, el ayudante General Portes, destacó de su campo a la Legión de los Allobroges, que iba mandada por el Comandante Dessaix con la misión de defender la aldea de Pi y de guardar el camino que por la orilla opuesta del Segre, marcha a Puigcerdá con 200 hombres del primer batallón de montaña, a las órdenes de un oficial de caballería francés, famoso por su temeraria bravura, el Capitán Belinchón.

Los españoles se presentan en la noche del 26 de junio.—Disposiciones del ejército atacante

Todas estas disposiciones ponían, bien a las claras, la seguridad en que estaba el Alto Mando francés de que se preparaba un ataque español por esta parte: «Todos los días esperábamos en Bellver el ataque anunciado, expone Fervel. Por fin, en la noche del 7 al 8 messidor, o sea del 25 al 26 de junio, desembocaron de la garganta inferior del Segre, a vista de la plaza, 10.000 a 12.000 españoles, de los cuales un tercio remontaba la orilla derecha, en tanto que el resto lo hacía por la izquierda. Era la columna del Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta, Comandante, como sabemos, de Seo de Urgel, quien: «resuelto a volver por segunda vez a la Cerdaña con el objeto de apoderarse de ella, o, a lo menos, llamar hacia aquella parte la atención del enemigo y distraer sus fuerzas empeñadas por la parte de Camprodón, había salido de la citada plaza, en la mañana del 25 de junio, en tres columnas. La primera, mandada por el Brigadier don Pedro Rodríguez de la Buria, estaba compuesta de 600 hombres de su Regimiento de Infantería de la Reina, de 350 voluntarios de Gerona, mandados por su Coronel don Joseph Joachín Martí de 80 dragones del Regimiento de Sagunto, mandados por el Teniente Coronel don Francisco Pastor, Capitán del propio cuerpo, y de tres compañías de paisanos armados, que componían 400, y eran mandadas por don Tomás Segura, don Francisco Carren, y Francisco Isern.

La segunda, a las órdenes del Brigadier don Christobal de Rutiman, se componía de 350 hombres del Regimiento de Suizos de su nombre, de 600 paisanos del partido de Urgel, mandados por el caballero don Mariano Marañoso, y de 60 Dragones del Regimiento de Sagunto. La tercera, a cuyo frente figuraba el Brigadier don Benito Pardo de Figueroa, era integrada por 400 hombres de su Regimiento de Infantería de la Princesa, de 800 paisanos del partido de Cervera, mandados por su Corregidor el Coronel don Jaime Doyne, y 60 Dragones. Según los datos que se han indicado, la primera columna contaba con 1.360 in-

fantes y 80 jinetes. La segunda de 950 de los primeros y 60 de los segundos, y la tercera de 1.200 infantes y otros 60 Dragones. Sumaban, pues, en total, las fuerzas al mando de Cuesta, en la presente ocasión, 3.510 de los primeros, y 200 de los segundos.

Proyecto del Conde de la Unión

El proyecto del Conde de la Unión era atacar a la vez Bellver y Puigcerdá, y, para hacerlo, la primera columna debía subir por la izquierda del río Segre, apartándose del puesto de Bellver, para caer, inopinadamente, sobre Puigcerdá, por su espalda, cortando la retirada de las tropas francesas que las guarnecían hacia Mont-Luis. La segunda debía subir por la derecha del Segre, y atacar a Bellver, y la tercera, haciéndolo también por la derecha, pasaría a interponerse entre Bellver y Puigcerdá, sobre el puente de Soler, con la misión de interceptar el socorro y la comunicación entre aquellos dos puestos, auxiliando el ataque a ambos 600 paisanos de la Cerdeña, Berga y Manresa que bajaban de las alturas del Pendix mandados por el Brigadier don Mateo Enrique, guardarían la espalda de las fuerzas anteriores.

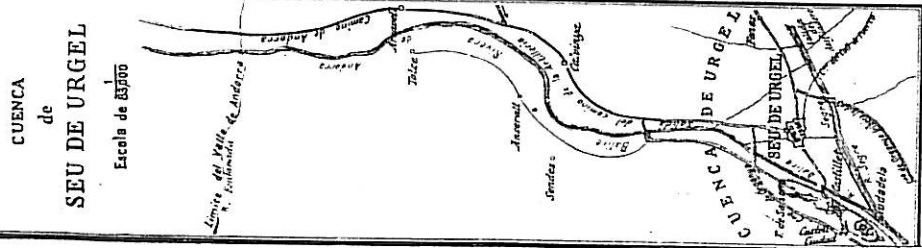
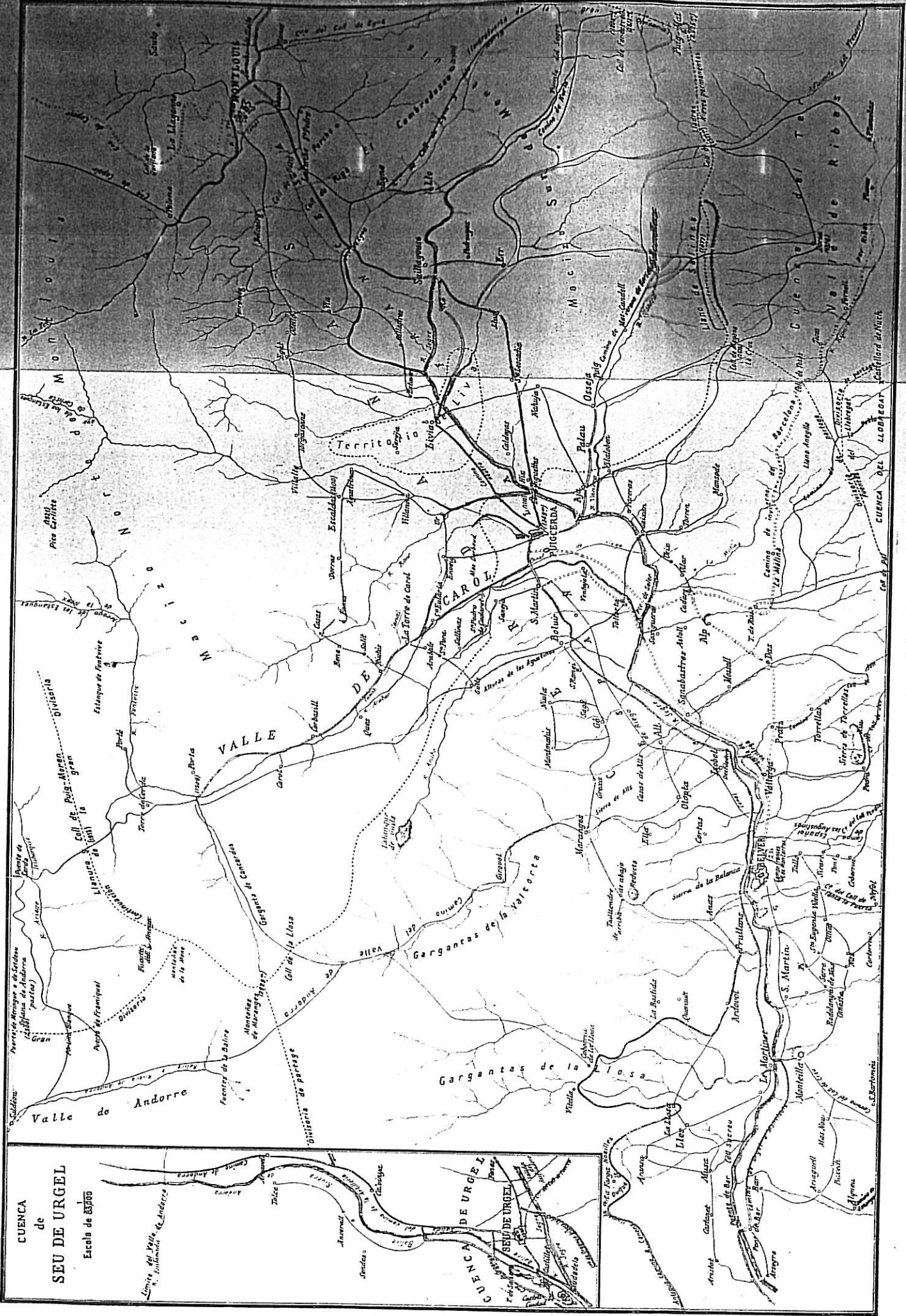
Desarrollo de la operación.—Información oficial española

Al despuntar el día 27, el Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta a la cabeza de la segunda y tercera columna, llegó a la altura de Bellver, cruzando los pueblos de Olía y de Pi. En una posición ventajosa, 300 franceses estaban encargados de impedir toda aproximación del ejército enemigo a la fortaleza que hemos indicado. De allanar esta primera dificultad fué encargado un batallón suizo del Regimiento de Rutiman, que formaba parte de la segunda columna, el cual, atacando con verdadero denuedo, después de alguna resistencia, logró que los 300 franceses abandonaran la posición, y, replegándose sobre Bellver, fueran a reunirse a los 2.000 hombres que estaban atrincherados en los dos mamelones que antes hubimos de señalar, y que disponían, asimismo, de dos piezas de campaña, asentadas en batería.

Aunque estas fuerzas francesas eran bastante superiores en número a las de Cuesta, éstas, lejos de intimidarse, redoblaron sus energías, y, ansiosos de mayor gloria, se aprestaron a un nuevo ataque. Pareció al General español que el punto central del ala izquierda francesa era el más débil de la línea defensiva, establecida por el enemigo, y ordenó, por lo tanto, el ataque a la misma. No fué ésta todo lo afortunada que era de esperar, dado el encarnizamiento de los nuestros, que llegaron hasta el pie mismo de los atrincheramientos de los contrarios, pero que les fué imposible apoderarse de ellos, viéndose obligado el General español a retroceder en busca de una posición conveniente. Para ello retiróse en dirección a Montellá, localidad a media legua de Bellver. Pre-

CUENCA DEL ALTO SEGRE

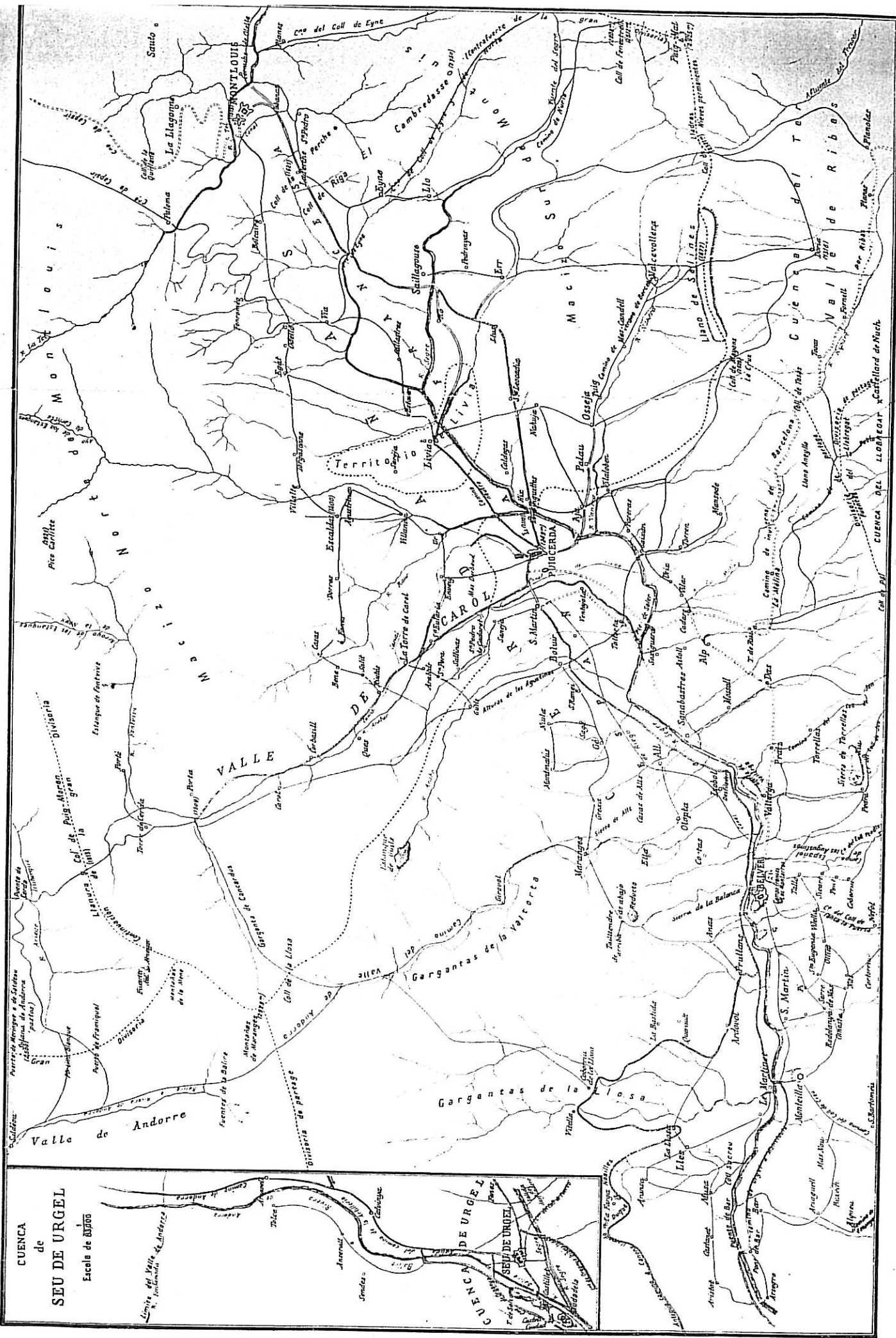
ACCIONES Y EXPEDICIONES MILITARES EN AMBAS CERCANIAS



Escala de 07500
 0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20

CUENCA DEL ALTO SEGRE

ACCIONES Y EXPEDICIONES MILITARES EN AMBAS CERCANAS

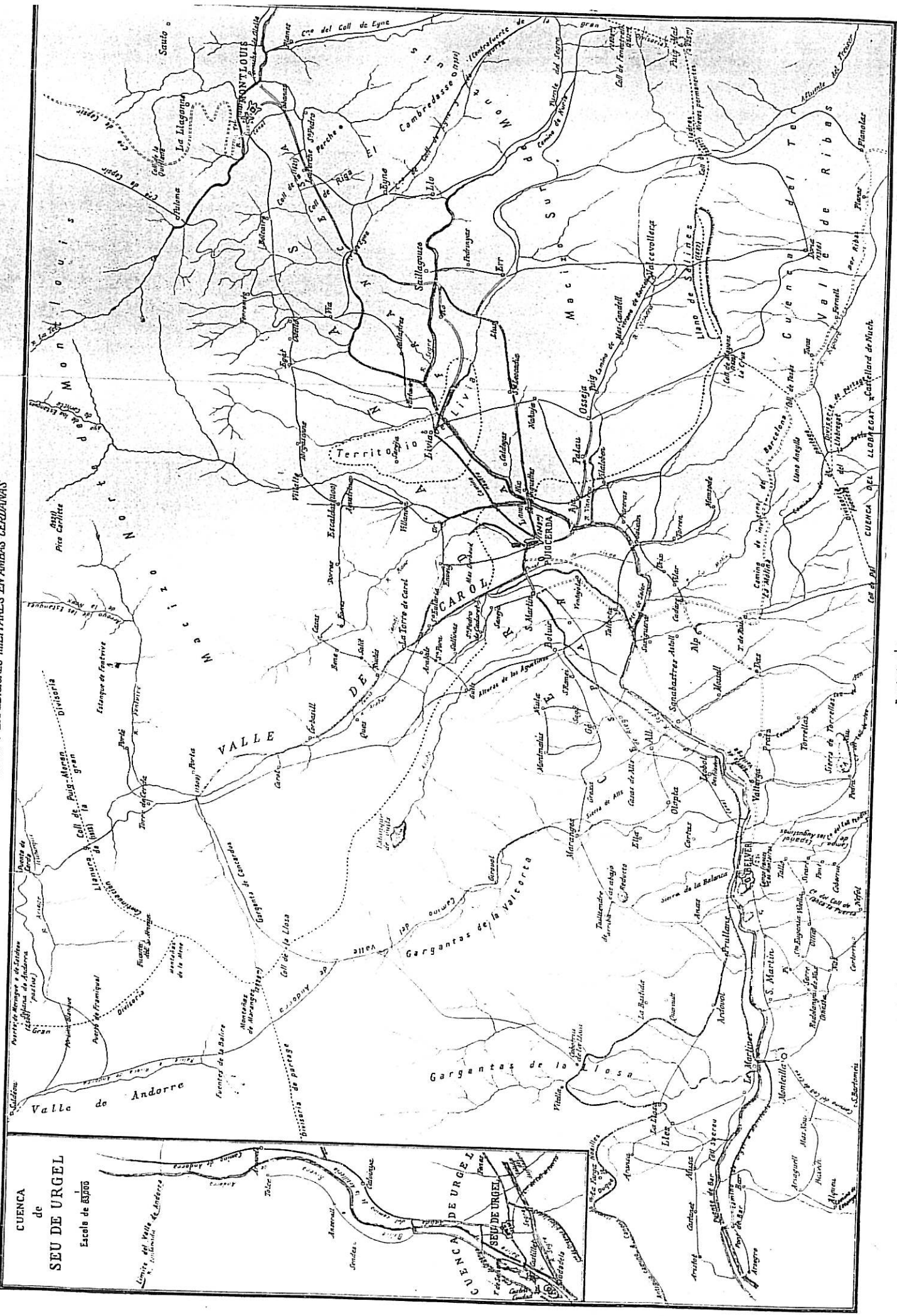
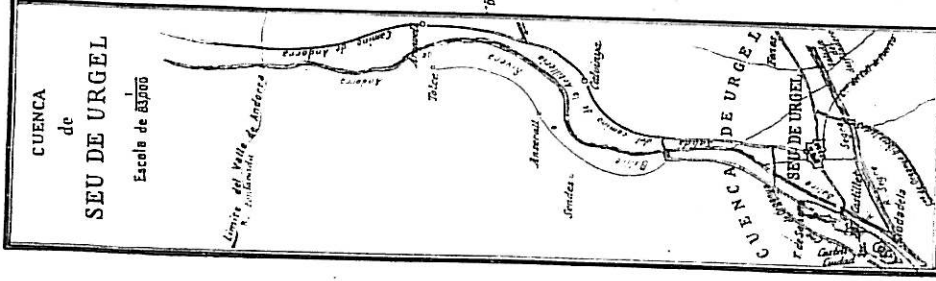


CUENCA de SEU DE URGEL
Escala de 1:5000

Escala de 1:5000
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 KM

CUENCA DEL ALTO SEGRE

ACCIONES Y EXPEDICIONES MILITARES EN AMBAS CERDAÑAS



Escala de 1:50,000

tendieron los franceses cortar la retirada de los españoles, pero, al ver cómo éstos formaban en batalla, en lo alto de la primera posición que encontraron, abandonaron su propósito.

Nuestros soldados, después de las fatigas y quebrantos de la lucha que habían sostenido, y agobiados por el calor y por una larga y penosa marcha, necesitaban un reparador descanso. Así lo reconoció Cuesta, concediéndoselo, oportunamente, y, una vez terminado, preparóse a marchar de nuevo sobre Bellver, a fin de contener las tropas francesas que lo guarnecían, impidiéndoles todo ataque a la primera columna, que, como expusimos, tenía la misión de encaminarse a Puigcerdá, remontando la orilla izquierda del Segre. Apenas se había puesto en marcha cuando recibió aviso de que ésta columna, después de haberse apoderado del desfiladero de Tallendre (Tailletendre), defendido por 200 franceses, había descendido a la llanura situada al sur de Puigcerdá, dejando 180 hombres en el puesto ocupado para su defensa.

Una partida de caballería francesa apareció en este momento en la orilla derecha del Segre. Ordenó Cuesta fuesen cargados por 80 Dragones, que atravesaron el río, vadeándole, y forzaron a los franceses a retirarse hacia aquella ciudad fronteriza. Pero la aparición de esta partida de caballería no obedecía a un intento formal, sino, tan sólo, a ocultar la marcha de una columna, que, habiendo salido de Puigcerdá, había ganado unas alturas, con intención de cortar la retirada de Cuesta. Esta columna francesa había obligado a las tropas de don Pedro Rodríguez Buria a arrojar a las montañas escarpadas de la Llosa, en cuya operación perdió una parte de sus equipajes y un gran número de soldados, que cayeron en poder de los franceses, unos, agotados por el hambre, y otros incapaces de poder escalar las montañas. No sin grandes dificultades pudo operar la Cuesta su retirada. No le cabía otra solución. En esta empresa los españoles habían perdido 208 prisioneros, 66 muertos y 44 heridos.

No era parca en su detalle la comunicación del Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta dando cuenta de esta expedición, y, así, por su propio testimonio, podemos saber que en el primero de los ataques que hemos citado a los dos cerros que defendían las avenidas a Bellver, estas fuerzas eran casi dobles de las que le habían asegurado las últimas noticias, y superiores al número de tropas que él podía oponerle. «Pero la importancia de aquel punto que me franqueaba la Cerdaña—expone nuestro General—, la animosidad que me pareció haber visto en nuestros soldados con el buen suceso del primer encuentro, y la necesidad de cooperar con la primera columna avanzada hacia Puigcerdá, me persuadió a tentar el ataque contra el cerro de la derecha, llamado Monterox, para lo cual hice acercar las tropas de la segunda y tercera columna y los Dragones de ambas, mandados por el Coronel don Ramón de Villalba, y las llevé al ataque, que comenzaron con vigor; pero el vivísimo fuego del enemigo, y su firmeza extraordinaria, no permitió forzar su retrincheramiento con tan cortas fuerzas, y me vi precisado

a retirarlas a una altura inmediata, fuera de su cañón, para evitar la continuación de un estrago, que ya me parecía infructuoso. El enemigo salió de su trinchera para perseguirnos, pero se contuvo en el momento que nos vió esperarle en la primera altura, desde la cual me retiré después a Montellá, distante, poco más de media hora, a dar algún alimento y descanso a mis tropas, fatigadas con el calor y larga marcha, resuelto a volver contra Bellver, a lo menos para evitar que su guarnición se dirigiese a Puigcerdá contra la columna de Rodríguez de la Buria, quando, a pocas horas, tuve la noticia de que ésta, habiendo atacado al amanecer el paso preciso de Talltendre, y arrojado unos 200 franceses que le guarnecían, matándoles 12 con el Oficial Comandante, había baxado al llano de Puigcerdá, dexando 180 paisanos en el desfiladero de Talltendre, para guardar su espalda; que a la vista de Puigcerdá, habiendo reconocido unos 30 caballos enemigos a la otra parte del río, le vadeó el Teniente Coronel don Francisco Pastor con una partida de sus dragones, y los persiguió con mucho empeño hasta matarles cuatro que pudo alcanzar, ahuyentando a los demás, y volvió a incorporarse con la infantería de la Buria, quien, por noticia que tuvo de que los enemigos habían vuelto a ocupar Talltendre, y que una columna salía de Puigcerdá con dirección hacia la altura, amenazando cortar su retirada, determinó emprenderla por la aspereza de las montañas de la Llosa, con pérdida de una parte de su bagaje y de algunos soldados extraviados, a quienes el cansancio, y la subida, no permitió seguir el grueso de la columna.»

En cuanto acabamos de exponer, hemos dado la versión española de la expedición militar que nos ocupa; hemos descrito el desarrollo de los acontecimientos tal cual vienen acusados por el testimonio oficial o particular, facilitado por los nuestros, pero nos hace falta la visión del contrario, la significación y el carácter con que fueron vividos por ellos estos hechos; en suma, lo que debió de quedar permanente en el recuerdo de los mismos; conocimiento que nos es imprescindible si queremos llegar a la posesión de la verdad.

La versión francesa

En primer lugar en 10.000 a 12.000 hombres fija Fervel el número de los que desembocaron por la garganta inferior del Segre, en la madrugada del 26 de junio, a vista de la plaza de Bellver. Un tercio, aproximadamente, remontó la orilla derecha, en tanto que el resto quedaba en la opuesta. Por lo tanto, unos 8.000 soldados, según la orden del Conde de la Unión, habían de remontar la orilla izquierda, para apoderarse de esta plaza, mientras 4.000 marcharían, por la orilla derecha, a la conquista de Puigcerdá. Estos, antes de encaminarse al objetivo que se les había señalado, debían apoderarse de Tailletendre.

Como consecuencia de la referida disposición de nuestro Alto Mando, vino a ser, en efecto, esta localidad, que acabamos de citar, el punto

elegido en el que, a las tres de la madrugada, hubieron de iniciarse las operaciones. A las cuatro horas, el Capitán Belinchón, tras una sostenida resistencia, abandonó la plaza, yéndose a instalar sobre una roca situada a 600 metros, y que, con la oportuna antelación, había sido fortificada, para que sirviese de reducto a los defensores de Tailletendre. Pero los nuestros, no haciendo caso de este puñado de franceses que parecían dispuestos a vender cara su vida, siguieron adelante, y descendiendo por ella, y dejando Isvol a la derecha, penetraron en la llanura de Puigcerdá.

Era éste el momento preciso que esperaban los españoles, situados en la orilla izquierda, para caer sobre Dessaix, emplazado en Pi. Este bravo Comandante mantúvose en su puesto hasta agotar el último cartucho, replegándose, entonces, a Montarrós, con tanto orden y firmeza que, los nuestros, según el testimonio francés, tomando semejante retirada por una maniobra, se contentaron con seguirles de lejos, pero con una circunspección extremada. Sin embargo, poco a poco, fueron enardeciéndose los soldados españoles, y no tardaron mucho en concentrarse en Taillo, frente al campo francés.

En esta ocasión, como hubo de acontecer el 20 Praidial (2 de junio), el Ayudante General Porte, sin vacilación de ninguna clase, salió de sus atrincheramientos y formó su tropa en batalla, detrás del pliegue de terreno que envolvía su frente de banderas. Al propio tiempo, ante Taillatendre envió a una eminencia que ocultaba la parte central de su ala izquierda a 300 Allobroges. Dos compañías elegidas del primer Batallón de Ariège y una pieza de artillería.

Para atacar la posición francesa, los nuestros se dividieron en dos columnas de 3.000 y de 5.000 combatientes, las cuales, apenas formadas, se lanzaron, una contra el campo de Porte, y la otra contra el puesto de los Allobroges. Asegura el testimonio francés que la primera, engañada en cuanto hacía referencia a la fuerza y a la posición de la línea francesa, en parte oculta por el repliegue de terreno que la precedía, pudo avanzar hasta una distancia a diez pasos del enemigo, pero, sorprendida por sus descargas, retrocedió en desorden. En cuanto a la segunda columna, más hábil y más firme, envolviendo la posición de los Allobroges, no obstante la resistencia que en ellos ofrecían los soldados españoles, dándose cuenta de la importancia del puesto que éstos ocupaban atacó con tal brío que por un momento, pareció iba a conseguir su propósito. La partida quedó indecisa por algún tiempo, mas por desgracia para nosotros, tres compañías del Batallón de Vengeurs, encargadas de resolver la situación, hubieron de conseguirlo a favor suyo.

Esta pequeña reserva hubo de lanzarse, en efecto, con la cabeza baja, sobre nuestras posiciones, cayendo sobre el flanco derecho de la columna española que vacilaba, víctima de los disparos procedentes del campo francés. El valor como el miedo, son contagiosos en estos momentos críticos del campo de batalla, y ante el ejemplo ofrecido por los

soldados franceses, todos sus compatriotas se precipitan sobre los nuestros, rechazándoles y persiguiéndoles hasta Montellá.

Como sabemos, estas tropas españolas tenían la misión de ayudar a la columna encargada de la conquista de Puigcerdá, mas al verse en la crítica situación de ser batidos por los fuegos enemigos por ambos flancos, decidiéronse a abandonar el campo de batalla, según indicamos anteriormente, y lanzáronse al resguardo de la montaña. Realmente la suerte de nuestra tropa hubiera sido en alto grado desgraciada si no se hubiera dado la coincidencia de que, en este momento mismo, entrase Doppet en Puigcerdá con su cuartel general. Las tropas por él traídas desde Ripoll, estaban agotadas después de 25 días de marchas forzadas por las más ásperas montañas de esta comarca. Pero al fragor del combate de Bellver, todas las fatigas fueron para ellas olvidadas y llenos de entusiasmo vinieron a pedir, a grandes gritos, el ser destinadas al campo de batalla. Hubo de cederse ante el ardor que las animaba, dándose el caso de que un batallón entero, que venía de paso, y que, por esta razón, se dudaba en aceptar sus ofrecimientos superiores acaso a sus fuerzas, sabiendo que se les va a dejar en reposo, abren sus mochilas, envuelven sus pies y corren a suplicar a su Jefe *les permita ir a cambiar de calzado con los españoles.*»

«Con tales soldados—comenta Fervel—Doppet no supo hacer nada; y esta columna abandonada, que al recuperar Belichón a Tailletendre, venía a ver cerrada su línea de retirada a la Seo de Urgel, pudiendo de este modo ser envuelta y deshecha, esta columna, repetimos, pudo muy bien escaparse a la montaña sin recibir un solo tiro, si el General Charlet que había acudido a Puigcerdá durante el combate, no hubiese enviado al propio Porte a emboscarse con 200 hombres en el pequeño bosque de la Bastilla, hacia el cual se había encaminado esta tropa descarriada. Creyendo los españoles que habían de entenderse con fuerzas superiores, es por lo que se arrojaron y desaparecieron prontamente en las gargantas de la Llosa.»

Verdadero alcance de la expedición española a la Cerdeña.—Los franceses quedan seguros en sus puestos

Tal había sido la expedición de los españoles a la Cerdeña. Si la de los franceses a Ripoll pudo ser calificada por Fervel de triste, otro tanto podía decirse de la que nos ocupa, pero, por desgracia para nosotros, el fracaso de nuestro intento tuvo mayor repercusión que el de nuestros enemigos, y, si bien es cierto que dicho historiador militar francés afirma que gracias a la rapidez de nuestra huida general, y al gran conocimiento que del terreno poseían nuestros combatientes, contribuyendo, a todo esto la carencia absoluta que de caballería tenían los franceses, pudieron retirarse del campo de la acción con una pér-

dida total que él evalúa en 300 muertos, 600 a 700 heridos y 221 prisioneros, cifras estas que recogemos con la reserva de otras veces. Mas si nos atenemos al juicio del historiador que se menciona, pocas jornadas en esta memorable campaña exaltaron el orgullo de los soldados de la Revolución como la que acabamos de señalar: «El desprecio a la muerte había llegado en ellos a tal extremo que nadie se preocupaba de ella», decía una relación oficial, no hallando en los libros una palabra apropiada para expresar su anhelo de sacrificio por la Patria (1). Por otra parte, este rápido y enérgico combate hizo tal impresión en los españoles que renunciaron a apoderarse de la Cerdaña en lo sucesivo, aunque Dugommier la hubiera desguarnecido de una gran parte de las tropas que la defendían, cosa que no tardó en realizar.

El público catalán tuvo cabal conocimiento del fraseo de la expresada expedición

Y, como de costumbre, no le faltó al conocimiento público la oportuna información de lo sucedido, y así, el pueblo de Barcelona, en comunicación del 2 de julio de 1794, pudo saber que: «La expedición de la Cerdaña se volvió a desgraciar, y aunque apenas hay quien detalle el suceso, se sabe que en todos los puntos se le encontró al enemigo muy prevenido y con unas fuerzas muy superiores: que hemos sido rechazados con pérdida de 300 hombres por la parte de Bellver y aún se ignora el paradero de la columna que debió rodear por el Vall de Querol.»

«Algunos paisanos entraron bien al ataque con la tropa, pero otros echaron a correr y originaron bastante desorden: con esto y no haber podido penetrar la caballería por razón de los fosos, pozos y zanjas que se hallaron, fué preciso retroceder y volver a Seo de Urgel, donde entraron la tropa y paisanos el día 28 de junio.

La información oficial española (Gaceta de Madrid, martes 22 de julio de 1794) fijaba en 66 muertos, 44 heridos y 208 prisioneros o extrañados el número de bajas por nosotros sufridas en la expedición que acabamos de reseñar.

(1) «¡Sans avoir sur les livres un bon mot qui renfermait un vœu pour la patrie!». No es posible una traducción literal de esta frase, así como de la anterior: «qu'il n'en mourait guère», que figura en el texto original.

CAPITULO XV

Paralización de las operaciones durante el mes de julio y primeros días de agosto

Paralización en el frente francés



pesar del refuerzo, que la llegada de la división Sauret había procurado a los republicanos, no pasó nada importante hasta mediados de agosto», así lo declara el Teniente General Jomini en su conocida obra clásica «Historia Crítica y Militar de las Guerras de la Revolución» (tomo V, libro VI, capítulo XXXIV). «Dugommier—añade—se contentó con estrechar Bellegarde; cierto que hasta su rendición, no podía prometerse grandes éxitos con un adversario atrincherado bajo la protección de Figueras, y creyó hacer bastante con impedirle socorrer la plaza. Los españoles, por su parte, si bien habían reparado las consecuencias de la derrota del Boulou, esperaban todavía los refuerzos, sin los cuales no osaban arriesgar nada. La Unión veía, desde las bastiones de Figueras, flotar el pabellón castellano sobre las torres de Bellegarde, donde el marqués de Val-Santero oponía una estoica firmeza a los requerimientos del enemigo y a los horrores del hambre.

No basta al ilustre historiador militar con esta declaración, y, más tarde, al comienzo del capítulo XII del tomo antes indicado, expone: Después de la rendición de Collioure, la entrada en línea de la División Sauret, y la expedición de Cuesta en Cerdeña, los ejércitos no habían cambiado en nada las posiciones indicadas en el capítulo XXXIV. A continuación de la derrota del Boulou y de la pérdida de Collioure, parecía que los españoles no debían experimentar más que grandes desgracias, diferentes circunstancias se reunieron para sacarles de apuros; primero, los generales franceses emplearon hasta veinte mil hombres para el estrecho bloqueo de Bellegarde, que querían reducir por hambre; y se tomaron por aquí todos los medios para continuar la ofensiva; Dugommier cometió, además, una falta grave, dejando la costa guarnecida hasta Agné, aunque el enemigo, después de su derrota del Boulou, estuvo lejos de soñar en desembarcos, siempre precarios, difíciles, y en los cuales los franceses no tenían nada que temer. La Unión por otro lado, no respetó la capitulación de Navarra; y, no contento de incorporar su división antes de haberla cambiado, rehusó, se dice, devolver los prisioneros franceses que debía enviar. En fin, los catalanes, tan bien dispuestos a defender su territorio, como lo están poco

a invadir el de sus vecinos, tomaron las armas, según su costumbre, desde que sus lares estuvieron amenazados; los habitantes de varios cantones, conducidos por sus curas o sus alcaldes, marcharon hacia el enemigo, al ejemplo de los valientes defensores de Barcelona, en la guerra de sucesión.

La paralización de las operaciones era, por lo tanto, un hecho. No se manifestaba por ninguna parte la iniciación o el intento de una ofensiva a fondo; indudablemente se había llegado a un estado de neutralización de esfuerzos, de vacilación, o de cansancio, ¿a qué era ello debido?

Lamentable situación del campo español

Por lo que hace referencia a los nuestros; la Unión, duramente escarmentado por el fracaso más o menos total de sus intentos comenzaba sin duda alguna, a perder la fe en sí mismo, y, bajo tal impresión, era lógico fuera perdiendo, poco a poco, su natural empuje. Por otra parte se estaba esperando la llegada de los refuerzos prometidos por la Corte de Madrid, mas éstos no venían, y fuera del pueblo catalán, en las otras regiones españolas, como ya indicamos anteriormente, la guerra era mirada, si no con repugnancia, con indiferencia, no esperando ya ningún éxito importante capaz de dar nuevo rumbo a los acontecimientos. No era mucho, por consiguiente, lo que nuestros ejércitos de operaciones podían esperar del entusiasmo y del apoyo de los suyos; toda su acción parecía desarrollarse en el vacío.

Por añadidura el Conde de la Unión había podido darse cuenta cómo no existía entre los generales a sus órdenes aquella concordancia de esfuerzos, aquella compenetración espiritual, sin la cual no cabe unidad alguna de dirección. Toda su confianza descansaba en la lealtad y el valor de los catalanes, más estas fuerzas civiles armadas carecían de aquella disciplina que es propia y sustancial en las unidades del ejército.

Desfavorable situación del campo francés

Y si ésta era la situación reinante en nuestro campo ¿qué ocurría en el francés? Dejemos que sea precisamente uno de los suyos el que nos dé cuenta de ella: «No existía unidad en nuestras operaciones, confiesa noblemente Fervel (Capítulo XV, tomo II), y, como de costumbre; no deja sin exponer las razones que justifican su aseveración, y, así, añade: «en efecto, en tanto que una de nuestras divisiones bloqueaba Bellegarde la que debía haber cubierto los blocaos, aventurada en medio de la montaña, tan sólo por un milagro, gracias al valor de sus soldados, pudo escapar a los peligros inherentes a su aislamiento; y cuando para prevenir la repetición de una crisis tan laboriosamente conjurada, hubiese sido suficiente aproximar al fuer-

te sitiado, la imprudente división, no se imaginó otro recurso mejor que el de comprometer por su conservación, el resto de nuestro ejército, ninguna posición más acertada que la de operar contra las dos alas por diversiones sucesivas y discordantes, a riesgo de dejar al enemigo toda la holgura suficiente para poder concentrar sus fuerzas, y, de este modo, destrozarse al detalle a los temerarios portadores de estos vanos socorros. De este modo el 30 Floreal, el 19 Plairial hasta los primeros días de Messidor, los tres generales que mantenían la campaña, Augereau, Perignon. Doppet, habían, uno tras otro, afrontado los más grandes peligros: Augereau por haberse alejado de Perignon, éste por no haber reclamado el concurso de Augereau, y Doppet por haber tratado de socorrer a Augereau, que, en tanto que su colega se sacrificaba por él, apenas salía de su inmovilidad.»

En esta actitud de reconocimiento de la realidad Fervel no vacila en llegar hasta las últimas consecuencias, y, en su deseo de reconocer la causa de los defectos u horrores cometidos, no encuentra obstáculo alguno para someter a duro juicio al mismo general en Jefe del Ejército francés de los Pirineos Orientales: «Una parte de estas faltas podían ser imputadas al estado de abandono del General en Jefe, a causa de no curar de su herida, por lo menos a esta circunstancia atribuían nuestros soldados la esterilidad de sus esfuerzos. Pero había otra causa que hay que considerar como la principal, y es preciso señalar con toda franqueza: la guerra de invasión no era a propósito para las aptitudes eminentes, pero hasta entonces circunscritas de nuestro general. Dugommier había llenado gloriosamente su misión en Tolón y en el Boulou; pero, una vez liberado el suelo nacional, su impulso se había como detenido ante la frontera.

Según el parecer del escritor francés el hecho tenía su causa justificada, y, tras de preguntar si hay que admirarse de ello, declara: «Cuando este noble colono de las Antillas acudió de allende los mares para ofrecer su brazo a la causa de la libertad, no era ni una larga experiencia de la guerra la que él venía a poner al servicio de la República, ni el instinto de los combates el que le arrastraba por la vía más apropiada a su genio: era el amor a la patria, ese amor tan fecundo en milagros en las horas de supremo peligro, que, tanto a él como a otros muchos, le prestaban sus inspiraciones liberadoras. La liberación se había realizado; quedaban tan sólo por conquistar las estériles rocas de Cataluña, estas rocas tan indiferentes a la gran querrela que se estaba debatiendo; no había ingleses en nuestros puertos, ni españoles de este lado de nuestras fronteras: Dugommier había concluído con su misión.»

Las circunstancias no podían ser en aquellos momentos más favorables al estado y al prestigio del ejército republicano: «Jamás, sin embargo, nuestro ejército había sido más numeroso y más espléndido —advierte Fervel—. Su división de la izquierda acababa de entrar en la línea y de habérsele proporcionado un refuerzo de nueve mil com-

batientes, su caballería, que la primavera podía alimentar, había también dejado sus cantones del Rosellón, y acampaba reunida en los alrededores de La Junquera, finalmente, en un espectáculo abierto a todas las miradas, después que se le había visto descender triunfante por el reverso meridional de los Pirineos, este ejército no tenía nada que envidiar a sus émulos de las otras fronteras; su jefe brillaba en el primer rango, entre las glorias de la República y la fama comenzaba a pronunciar los nombres de Augereau, de Perignon, de Mirabel.»

¿Qué hacía pues esta excelente fuerza armada, este victorioso ejército? Encadenada a los bajos muros de aquella fortaleza, dejaba a los españoles rehacerse de su derrota y barrer a vista suya los caminos por donde debían haber marchado para la realización de nuevas empresas. ¡Y cuando salió de su inacción fué para realizar vanas proezas en los oscuros encuentros llevados a cabo en las alturas de Rebois o de Masarach !»

Negociaciones referentes a la capitulación de Collioure

Durante este período de calma la cuestión referente a la capitulación de Collioure dió lugar a una serie de duros y enconados debates, entre el Conde de la Unión y el General Dugommier. No hemos de exponer aquí al detalle los incidentes de tan enojoso asunto. El General en Jefe del ejército español se negaba, desde luego, a cumplir las obligaciones de una capitulación, que firmada por un subordinado suyo, sin su autorización ni conocimiento siquiera, el General Navarro, no consideraba válida al estar afectada de un vicio de forma que haría por lo tanto imposible su aceptación, y firme en esta actitud a las admoniciones y amenazas del General francés hubo de contestar en alguna ocasión: «Yo me creo tan obligado a cumplir la absurda capitulación de Collioure, como lo hubiera sido habiéndose insertado en ella Madrid, Méjico o Lima». O más explícito todavía: «Yo no temo más que a las acciones vergonzosas e inhumanas de mis enemigos, y no a sus amenazas y a sus *rodomontadas*» (baladronadas).

Intimación hecha por Dugommier al Marqués de Vallesantoro, Gobernador de Bellegarde

Actitud semejante exasperaba a Dugommier y nada pone de manifiesto la exaltación y el enojo de que era objeto, que la intimación por él dirigida al honorable Marqués de Vallesantoro, Gobernador de la fortaleza de Bellegarde, la cual estaba concebida en los siguientes términos: «Hoy te anuncio la muerte; la anuncio a tu consejo y a tus oficiales. En dos días, término fatal, habrás restituído el fuerte,

o yo te tiro, en nombre de la República, que tanto tú como tus oficiales seréis fusilados». La respuesta no pudo ser más digna. «Ninguna amenaza es capaz de hacerme faltar a mi deber».

La situación del ejército francés no era muy propicia a la reanudación de las operaciones

Situación semejante no podía dar lugar a otro resultado que el del terrible decreto de *guerra a muerte* lanzado por la Convención contra los españoles, y a hacer más sangrientos y enconados el desarrollo de los combates. Sólo la suprema razón de la guerra podría dar término al desacuerdo acarreado por la capitulación de referencia. Pero la situación en el campo francés no se mostraba muy favorable a la reanudación de las operaciones militares. Dejemos en esta ocasión, como en tantas otras, al propio testimonio francés la confirmación de nuestros juicios: «Nuestros soldados sufrían y murmuraban (1). Sus víveres no estaban asegurados. El momento de recoger una rica cosecha estaba próximo, es verdad, pero era preciso esperarlo en condiciones sumamente enojosas, con un calor insoportable que abrasaba la tierra, desecaba los cursos de agua, y no tardó en desarrollar la funesta influencia de las marismas del Ampurdán, en otro tiempo tan tristemente célebres entre los generales de Luis XIV. En efecto, bien pronto las divisiones de la derecha y del centro enviaron a las ambulancias ciento cincuenta enfermos diarios; el ala izquierda vió disminuir su efectivo en un tercio, y el ejército llegó a contar con veinticinco mil hombres fuera de servicio»...

Funesta intervención de los Comisarios de guerra

Mas no eran éstos los únicos inconvenientes que pudiera presentar la situación: «Venía en seguida la desdichada intervención de los Representantes en los consejos de guerra, intervención que debiendo quedar tan sólo circunscrita a los asuntos administrativos, no dejaba, a pesar de ello, de invadir muchas veces a los otros, y suscitar entonces, gran número de impedimentos. Es así cómo, a la solicitud de sus colegas de los Alpes, los Convencionales en misión en los Pirineos, solicitaron a Dugommier tres mil hombres para frontera de Italia, petición que, afortunadamente, concluyó por quedar abandonada. Por otra parte, las sociedades populares no cesaban de insul-

(1) En el Apéndice núm. 5 se transcribe la nota que expone el historiador militar Fervel en su conocida obra referente a la guerra de España con la Revolución Francesa, referente a este asunto.

tar y de denunciar a nuestros Generales, de tal modo, que, Dugommier comenzaba a experimentar parte de las amarguras que habían abrumado a sus predecesores.»

Influencia de los nuevos políticos sobre la situación del ejército de la Revolución

Al llegar a este punto, el historiador militar francés se cree en el caso de formular una interesante pregunta: ¿Qué causa impedía, pues, poner término a este triste estado de cosas, de dar al ejército enfermo, amodorrado, el vigor y la salud con la actividad de los campos de batalla?» Y si la pregunta es, como vemos, interesante, no lo es menos la contestación por él mismo dada, que viene a poner de manifiesto cuán grande es la influencia de la causa política sobre el proceso de la guerra. «Una causa extranjera y superior a los acontecimientos de esta guerra», responde, en efecto, la misma que en este momento contenía a los catorce ejércitos de la República en todas sus fronteras, alrededor de Valenciennes, de Condé, de Landrecies, de Quesnoy, así como en torno de Bellegarde, sobre el Rhin y sobre la cresta de los Alpes y de los Pirineos; era que la mano que hasta entonces había dado a todo la vida y el impulso, esta mano de hierro se había retirado: el 9 Thermidor se aproximaba. En la espera de una crisis que había de contener la ola revolucionaria, la guerra de agresión vacilaba por todas partes, pero, principalmente, en los Pirineos, sobre estos montes lejanos que apenas habían alcanzado las miradas, no obstante tan ávidas, del poder que sucumbía.»

Opinión del General Arteche sobre la inacción de Dugommier

Hace observar nuestro General Gómez de Arteche, como comentario a estas declaraciones de Fervel, que este historiador, en esta ocasión, se muestra partidario de Robespierre. Realmente así parece, aunque entendamos que no queda muy bien parado su buen juicio al sentirse influenciado por la funesta actuación de semejante personaje revolucionario. No acepta nuestro General historiador el pensamiento de su colega francés, rechazando el supuesto de que la causa de la pasividad de Dugommier fuera debida a dicha circunstancia, y, así, expone de modo terminante: «A tal punto llegó esa inacción, siempre disculpada con la necesidad de apoderarse de Bellegarde, que hasta dió motivo para que el Conde de la Unión ejecutara un ataque sobre el campo francés con el fin, principalmente, de hacer levantar el sitio de aquella fortaleza. A eso daban lugar la parsimonia, la falta de iniciativa en un General, que tanta había revelado en las operaciones anteriores. Y no se diga que los acontecimientos que por entonces se sucedían en París, y los que muy pronto presenció la Con-

vención, fueran a paralizar, como se ha supuesto, la acción del General Dugommier, porque estaba eso bien de manifiesto desde antes del célebre 9 Thermidor, que acabó con el tiránico poder de los Terroristas.»

No calla nuestro General las razones que le asisten para formular semejante aseveración, y, al exponerlas da contestación cumplida a la pregunta antes formulada: «Lo que ostensiblemente paralizaba las operaciones del ejército francés —afirma—, era el empeño en su general de apoderarse de Bellegarde, así por recuperar aquel pedazo de la Francia, único que aún permanecía en poder de los españoles, como por no dejar a sus espaldas una fortaleza enemiga que pudiera hacerle mucho daño el día de una desgracia, siquiera inesperada, para sus armas. Bellegarde llevaba ya más de tres meses de un bloqueo riguroso y no era probable que resistiese por más tiempo, aún teniendo a la vista el ejército de quien hubiera, en caso, de recibir el socorro que esperasé; y en su ocupación, una semana o un mes más tarde, encontraría Dugommier tiempo y pretexto, si no motivo fundamental, para la curación completa de su herida, para el reposo de su ánimo, no poco abatido según sus compatriotas, y hasta, como ya hemos dicho creían algunos, para esperar los resultados de aquel 9 Thermidor que iba a cambiar la faz de la Revolución.»

Y no era solamente el sitio de Bellegarde lo que motivaba la actitud, en cierto modo pasiva, del general Dugommier, pues el mismo General Gómez de Arce con anterioridad manifiesta que, en medio de que el ejército francés fuese en aquella ocasión más numeroso que nunca en los Pirineos Orientales y rebosase en él la disciplina a que tanto contribuía la victoria, el entusiasmo por un Jefe a quien suponían las cualidades más sobresalientes y las esperanzas de una conquista que le valdría laureles y botín en proporciones para satisfacer a los más ambiciosos; aunque fuese verdad que experimentaba muchas bajas por efecto de las emanaciones palúdicas del bajo Ampurdán al comenzar los calores del verano, esa influencia afectaba lo mismo al ejército español, y más aún, puesto que campaba en la zona más baja y más expuesta de consiguiente a su deletérea acción; aún contando con los talentos del General Dugommier y las excelencias del ejército que mandaba «hay que reconocer, volvemos a decir, una de dos causas, o ambas a dos justamente, que paralizaban su acción; esto es, la entrada de tan gran golpe de tropas francesas en el territorio español, el espectáculo de las nuestras reorganizándose tan pronto y fortificándose ante el enemigo, y el que ofrecía el Principado de Cataluña, alzándose, por manera tan significativa, para defender su independencia; o la falta entre los invasores de alguno que, como el oficial de artillería de Tolón, inspirase a su jefe aquéllas concepciones admirables que le valieron la inmortalidad. ¿Cómo con un Napoleón a su lado habría Dugommier permanecido inactivo durante cuatro meses en las cumbres del Pirineo? Ya quiso llevarse consigo a los orientales

a su mentor de Tolón, pero su desgracia hizo que se considerase a éste más útil en los Alpes y el Apenino, dejando así en descubierto, y en un especie de eclipse, las cualidades de quien, desde la brillante inspiración de la batalla del Boulou, no hizo sino amontonar deficiencias en la retirada de los españoles el 1.º de mayo, el sitio de Collioure después, y ahora, en su inacción injustificable, al frente de nuestras líneas de Figueras.»

La paralización no es obstáculo para su aprovechamiento en previsión de futuros ataques

Pero la paralización de las operaciones, sobrevenida a raíz del 7 de junio (19 Prairial), no fué tan absoluta para que, durante el período de tiempo que transcurrió desde dicha fecha a mediados de agosto, no fuese aprovechado para la realización de preparativos para futuros combates, y para que no se dieran, durante él esos choques inevitables entre dos líneas enemigas extendidas frente a frente, y esos golpes de mano solicitados por la propia naturaleza de la lucha. Los sesenta y seis días sucedidos desde el 7 de junio, fueron empleados por Dugommier para llevar a cabo disposiciones de detalle tendentes a estrechar el bloqueo de Bellegarde y a procurar el aprovisionamiento de sus tropas, asegurando, por otra parte, las condiciones de seguridad y resistencia de su frente de operaciones.

El General francés juzgó oportuno establecer en mejores condiciones de asentamiento sus diversas unidades de combate, y, por ello, la división Sauret, tras su estancia de veinte días de reposo en el Rosellón, a fin de rehacerse de las fatigas experimentadas en el sitio de Saint Elme, hubo de venir, para situarse en la vertiente meridional de los Alberes, a la izquierda de la división que bloqueaba Bellegarde, movimiento que hubo de ser efectuado el 19 de junio (1.º Messidor). Sauret, a continuación, sin alterar el estado y situación de su brigada Victor Perrin, compuesta de tres mil combatientes, y que ocupaba el Coll de Banyuls, había elegido éste paso para llevar a cabo el cruce de la cadena, y descender, en una marcha oblicua hacia la derecha, a Cantallops, donde los seis mil hombres a su mando fueron instalados de la manera siguiente (Fervel): «La infantería de línea, trece batallones delante del pueblo; el primer Regimiento de Húsares y dos Compañías francas, a la izquierda de la tropa de línea, y, a la derecha, la brigada de Cazadores, Guillot, la cual se daba la mano con los puestos que vigilaban la vía internacional. Este campo tomó el nombre de Cantallops, y aprovechando la existencia de una colina, que se alzaba delante de su frente de banderas, construyóse en ella un vasto reducto artillado, con cuatro piezas.»

Estos cañones se habían sacado del Parque que en Cantallops había establecido el General Sauret con toda su artillería. Es interesante ha-

cer observar que el asentamiento de esta artillería, en el lugar indicado, no fué cosa fácil, pues vióse precisada a tener que cruzar el Pirineo como hemos dicho, por el Coll de Banyuls, tanto el ascenso como el descenso, hubo de ofrecer serias dificultades. Fué preciso trazar en un principio, desde el Coll al pueblo, y a través de las rocas de esta áspera vertiente, un camino, o, mejor dicho, una escabrosa cornisa, y, después de desarrollar esfuerzos prodigiosos, arrastrar las piezas hasta el lugar de su destino. En seguida llevóse a cabo el enlace de Cantallops La Junquera, merced a un camino viable al paso de la artillería estableciéndose en la última de las localidades citadas, el parque general de la división.

De esta suerte, todos los puestos franceses de los Alberes quedaban sólidamente enlazados, formando una cadena impenetrable al E. de Bellegarde. «En cuanto al O., la línea sitiadora estaba detenida desde hacía largo tiempo. Tomóse, no obstante, en ella, alguna nueva disposición, entre otras, la de construir en el coll del Portell, dos reductos en piedra viva que aún pueden verse. Estos reductos confiados a la brigada Chabert, estaban destinados: Uno, el de la entrada del coll, a defender de los proyectiles de la artillería que batía una parte del camino de La Junquera, y el otro, que coronaba el pico Calmell, a flanquear al primero, pero tan sólo por la fusilería.»

Era preciso recoger la magnífica cosecha que acababa de madurar. Organizáronse compañías de *faucheurs* (1) bajo la protección de nuestras tropas ligeras —así lo afirma el historiador francés—. Estas tropas, a las que se había dejado dormir desde hacía tanto tiempo, no dejaron escapar una ocasión tan bella para probar que no habían perdido nada de su antiguo ardor. Fué sobre todo, la división Augereau la que hubo de señalarse en estas escoltas aventuradas por golpes de mano los más temerarios. Así, el 13 Messidor, se apoderó del campo de la Estrella, haciendo treinta prisioneros españoles, entre ellos seis oficiales y matando gran número de combatientes. A la mañana siguiente, catorce compañías de Cazadores, que defendían nuestras recolecciones en las alturas de Terradas, fueron empeñadas durante toda la jornada. El enemigo, no obstante, tomó su revancha el diecisiete: Desde el campo de la Estrella, en donde había entrado, desembocó en masa sobre nuestros forrajeros, rechazándolos hasta las baterías de Saint Laurent.»

Diversos ataques franceses durante los meses de julio y agosto

Mas si la información francesa podría dar cuenta de las anteriores acciones, también la nuestra se encontraba en el caso de citar algunas de ellas. Sabemos, por lo expuesto por Chavy en su obra tantas veces citada, que en los días 3, 4 y 6 de julio, volvieron los franceses a atacar, según costumbre, a Masarach, Mollet, San Clemente y

(1) Soldados armados con guadañas. Segadores.

Villa Ortoli, siendo también, como de costumbre, repelidos con valentía por los soldados españoles; distinguiéndose en uno de estos conflictos el Teniente del Regimiento de Caballería de España don José Rovira, quien cargó contra el enemigo arduosamente, combatiendo por mucho tiempo contra fuerzas superiores, y retirándose, por último, con toda gallardía, no obstante haber visto disminuía la pequeña fuerza de que disponía, perdiendo cuatro soldados muertos y siete heridos.

Atacando igualmente por el sector de Llers, obtuvieron los franceses, al principio, algunas ventajas, llegando a forzar varios puestos avanzados; y, tratando de dirigirse hacia las proximidades de Figueras, por su frente izquierdo, fueron detenidos en su marcha por tropas, con esta misión enviadas, por el General Courten, viéndose obligados a desistir de sus planes, y a retirarse, apresuradamente, al abrigo de sus posiciones de la Muga. El día 5 la división portuguesa, que había sido seccionada después de su desembarco en Rosas, pudo verse reunida de nuevo, pasando toda ella a guarnecer los puestos de la segunda línea de Llers.

Nuestra información oficial, proporcionada por la Gaceta de Madrid, nos daba cuenta detallada de varios encuentros realizados durante los meses de julio, y primera mitad de agosto. Por dicha publicación del 29 de julio, y en virtud de comunicación del General en Jefe del ejército de los Pirineos Orientales, trasladando otra del Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta, podemos saber que el Teniente Coronel retirado don Joseph Duc de Surville, Comandante de Esterrí por conducto del Coronel don Joseph Joaquín Martí, Comandante del Batallón de Voluntarios de Gerona, con fecha 7 del corriente participaba lo que sigue:

«Remito a V. S., la relación individual que me pide de lo ocurrido el día 5 del corriente, de resultas del ataque que hicieron los enemigos por el Puerto de Pallás, en cumplimiento de cuya orden debo decir a V. S., que, entre las seis y las siete de la mañana, se arrojaron en número de mil quinientos, con cuatro cañones republicanos, sobre la avanzada del Boquete, y, al mismo tiempo, de las de la derecha e izquierda, las que, no pudiendo resistir a fuerzas tan superiores, tuvieron que retirarse; y la rapidez con que se introdujo el enemigo no dió tiempo al Capitán don Joseph Laboyne, Comandante de aquel puerto, a que avisase con la anticipación necesaria al Capitán don Vicente Azcuenaga, Comandante de la Villa de Esterrí, y juntase los Somatenes para poder contener, en lo posible, a los enemigos; y viéndose éste en la imposibilidad de poderse sostener, mandó al Teniente don Joseph Fontaney que con cien y más Somatenes fuese a ocupar las alturas de la izquierda, inmediatas al pueblo de Valencia, y por la derecha el Subteniente don Lázaro Sech, con doce voluntarios de Gerona y algunos del Somatén de la villa de Esterrí, todo a fin de contener, en lo dable, los proyectos del enemigo, hasta que yo llegase al punto de

reunión sito en la Torraza; en efecto, por haber visto que conservamos estas alturas, e ignorar las fuerzas que recelaban dentro de la villa y detuvieron a su inmediación hasta que hicieron avanzar algunas partidas de Miqueletes, que, con su fuego vivísimo, obligaron al Capitán don Vicente Azcuenaga a mandar tocar retirada, así por las pocas tuézas que tenía, como por no exponerse a ser cortado. Habiéndose situado a corta distancia de los enemigos para poder juzgar de sus movimientos e intenciones, vió que, con la protección de los Miqueletes, se había introducido un fuerte destacamento, y que no podía evitar el saqueo de dicha villa; y, viéndose perseguido, se retiró, como le había mandado, sobre el puesto de la Torraza, que es nuestro punto de reunión, teniendo nuestros primeros puestos forzados.»

«Luego que tuve el aviso que los enemigos habían forzado las avanzadas, mandé al Capitán don Angel Pisón, que, con su Compañía de Cazadores, existente en Llavorsi, pasase a ocupar el puesto de la Torraza, y habiendo tomado las más prontas providencias, según exigían las circunstancias, pasé a tomar el mando de dicho puesto; haciendo colocar tropa y paisanos en los boquetes, alturas y puestos avanzados, hice salir dos partidas de escucha, por derecha a izquierda, para que me diesen parte de los movimientos de los enemigos, las que comunicaron que efectuaban su retirada sobre dos columnas, y, por no tener fuerzas competentes, temiendo que fuese astucia del enemigo, no quise desamparar mi puesto, hasta al amanecer del día siguiente, del que salí a la cabeza de la tropa y Araneses, dexando a la custodia de dicho puesto al Capitán don Francisco Ami y Jácome con los Somatenes y partidas que se habían podido reunir, y me adelanté hasta un cuarto de hora de la villa de Esterri, y habiendo mandado a reconocerla me introduxe en ella colocando mis puestos avanzados en las bordas por haber incendiado los enemigos el puesto de Nuestra Señora de las Aras, y el de la Buena Agua. El único perjuicio que han hecho a la Real Hacienda consiste en treinta y tantos fusiles, que por inútiles se hallaban en casa del armero, habiendo cometido sus excesos acostumbrados en el templo y casas particulares, y, en su retirada, se han llevado cuarenta y dos cabezas de ganado mular del lugar de Sorpe. La pérdida de los enemigos consiste en seis prisioneros, siete muertos y dos de ellos sofocados, y se presume tres prisioneros, sin más desgracias. Epero que V. S. hará presente al Comandante General de la frontera don Gregorio de la Cuesta, lo bien que se han portado en la acción, aunque desgraciada, el Capitán don Vicente Azcuenaga, y el Subteniente don Lázaro Sech, del Batallón de Gerona, habiendo los señores oficiales cumplido con el mayor zelo y amor al Real servicio las órdenes que se han dado a los Capitanes don Martín Velasco, don Angel Pisón, don Antonio Alfaraz, don Francisco Ami y Jacome y don Andrés Laboyne, que compareció ayer y el Teniente don Joseph Fontaney.»

Asimismo en carta del 18, el Conde de la Unión participaba respectivamente, lo siguiente :

«Como las diarias tentativas del enemigo con crecida fuerza, contra las avanzadas del Palau para robar mieses, precisaban a nuestras tropas de la vanguardia de Llers a frecuentes salidas, determiné, para escarmentarle, una emboscada, que dispuso el Comandante de aquella, el Teniente General don Juan Courten. Este General la encargó al Brigadier, Conde del Puerto, Coronel del Regimiento de Infantería de Mallorca, que marchó, la noche del 7 de este mes, con ochocientos veinte hombres de infantería, de Guardias Walonas, del Regimiento de Mallorca, del de Voluntarios de Castilla, del Batallón de Vallespir, al mando de su mayor el Coronel don Antonio Porta, y del segundo de Barcelona, al de su Comandante el Coronel don Casimiro Bufarull con 60 caballos de los de Alcántara y Calatrava. El enemigo se presentó al amanecer del 8, y llamado por las escaramuzas de una partida de veinte hombres, mandados por el Subteniente de Vallespir don Juan Aguirre, iba entrando en el lazo, según podía desearse; pero malogró el intento el tiroteo que, inoportunamente, empezó la destinada a tomar el flanco izquierdo del enemigo, que, advertido, se retiró, cargado vivamente por los nuestros, hasta el abrigo de sus baterías. Sospechando el Conde del Puerto, que reforzados los enemigos atacarían a los Somatenes del Palau, se dirigió con sus tropas a esta avanzada, y los contuvo en cuanto pudo, cediendo el terreno poco a poco, para dar tiempo de que llegase refuerzo que oportunamente envió el General Courten, compuesto de las compañías de Granaderos de Guardias Walonas, Mallorca y Voluntarios de Castilla, logrando rechazar al enemigo, y precisarle a retirarse hasta sus puestos, a que no contribuyó poco el vivo fuego de la tropa del Teniente Coronel don Manuel Viana desde el terreno del Palau. Elogia la constante resistencia de nuestras tropas, y el número de los jefes Comandantes, y de los Oficiales Granaderos, que no perdonaron fatiga ni riesgo. Hubo en la acción siete soldados muertos, veintiséis heridos, el Alférez de Guardias Walonas don Francisco de Palau Víctor, el Subteniente de Voluntarios de Castilla don Julián Calderón, un soldado contuso, y un walon extraviado; los enemigos tuvieron pérdida, y según los regueros de sangre y noticias no baxa de cuarenta y seis los muertos.»

En aquella indecisa y poco justificada paralización de las operaciones, los franceses no cesaban en sus constantes agresiones a nuestras líneas y puestos avanzados. El 15 de julio, el Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta, daba parte al Conde de la Unión de los siguientes hechos de armas: «En 13 del corriente, nuestras avanzadas del destacamento de Bar, habiendo observado que de algunos días a esta parte, los enemigos enviaban una partida de descubierta de veinte a treinta a hombres al pueblo de Montellá, dispusieron emboscarse antes de amanecer, entre los trigos inmediatos a dicho pueblo, y, viendo que habían entrado en él los enemigos, cayeron sobre ellos nuestros

paisanos armados, de las compañías permanentes de Lérida y Urgel, mandados por don Juan Fejas; les mataron tres y tomaron tres prisioneros y algunas armas y mochilas de los fugitivos que se precipitaron por los barrancos. Sabido esto, en el campo más inmediato vinieron en número de trescientos con intento de desalojar a nuestros paisanos de las alturas de Estanna para caer sobre el pueblo de Bar, donde mandaba el Teniente Coronel retirado don Tomás de Seguar, el qual reforzó varios puntos y tomó tan buenas providencias que no pudieron conseguirlo, y se retiraron después de un largo rato de fuego. El 14 por la madrugada volvieron los enemigos en número de quinientos, divididos en dos columnas, que por direcciones opuestas se acercaron a Montellá antes de aclarar el día, y tomándose una y otra por enemigos se hicieron fuego largo rato a vista de nuestras avanzadas, que vieron retirar tres heridos. Además del referido Fejas, segundo Comandante de la Compañía permanente de Urgel, han obrado con bizarria don Francisco Carreu, Comandante de la misma y don Antonio Mascaró, Comandante de otra de Lérida.»

El Conde de la Unión, en 18 de julio (G. de M., martes 5 de agosto) comunicaba al Gobierno de Madrid, lo siguiente: «Con noticias de que los enemigos intentaban atacar el catorce del corriente los pueblos de Rocabruna y Baget, dispuso el Mariscal de Campo don Joaquín de Oquendo, Comandante de Camprodón y su frontera, que dos columnas de a trescientos hombres, los más de Somatenes, al mando del Coronel don Francisco Gómez de Terán, primer Teniente de Reales Guardias de Infantería Española, y del Dr. don Martín Cuffi, Canónigo de Gerona, se dirigiesen a tomar las alturas de Prat de Molló y Baget, donde les atacó Terán por dos veces, siguiéndolos hasta un cuarto de hora de Prat. Cuffi se dirigió al Coll de Mal-Ren, que ocupado también por el enemigo, regresó, enviando refuerzo a Baget, y rechazó al que intentó invadir a Rocabruna, haciéndose lo mismo en Baget. Los enemigos tuvieron siete muertes y trece heridos; y de nuestra parte hubo un voluntario de Cataluña muerto, y otro del Somatén de Viladrau. Este es el resultado de los partes que me remite aquel General, y pongo en noticia de V. E., para que llegue a la de S. M.»

En un reconocimiento que hizo nuestra tropa avanzada del destacamento de Sietecasas, en las alturas de Culera, tropezó con una avanzada de enemigos atacándola. Viéndolo así corrieron en su socorro los suyos, cargando a los nuestros en tres columnas de infantería, pero manteniendo un vivo fuego, no sólo se les contuvo, sino que hirieron al Comandante y mataron a su Ayudante, sin que de nuestra parte hubiese más desgracias que un soldado herido y un cabo contuso, ambos del Regimiento de Infantería de Murcia. Así lo comunicaba el Conde de la Unión, en carta de 14 del mes que se cita, a la Superioridad.

«En el día 17, según la información oficial española, los enemigos atacaron a las cuatro de la mañana en número de seiscientos hombres

por el llano de Villartoli y bosque de San Clemente; pero variaron su dirección muy pronto dirigiéndose a las alturas de la derecha y centro del puesto de Masarach, cuyo destacamento manda el Mariscal de Campo don Antonio Cornel. Rompieron un vivo fuego, que sostuvieron nuestras partidas con el mayor tesón durante hora y media, y advertido el empeño por un cuerpo de mil hombres y algunos Húsares que tenía el enemigo de observación, entró en la acción con denuedo, adelantándose al mismo tiempo toda la restante tropa de su campamento de Cantallops. Como nuestras partidas no podían contrarrestar fuerzas tan superiores, se retiraron a una altura para facilitar el uso de la artillería, que obligó a que los enemigos abandonaran su situación antes de media hora, y a que se retirasen. Las partidas de descubierta del destacamento de Mullet, del mando del Brigadier don Fermín de Egguá, mantuvieron también un fuerte fuego con las de los enemigos, que las cargó en gran número; y aunque se reforzaron con la división de Granaderos de Castilla y alguna caballería, tuvieron precisión de retirarse hacia el reducto de la Viña porque los enemigos aumentaron sus fuerzas con dos mil hombres y caballería. Tuvimos cuatro soldados muertos de los Regimientos de Saboya y Valencia, cinco heridos de los mismos, del 1.º de Barcelona y Algarbe, con dos caballos muertos y un Oficial de Granada y dos soldados de Saboya contusos: el Oficial es el Subteniente don Joseph Micheltoarena.

Por último, en carta del 21 y del 22, Unión daba cuenta de haberse presentado antes de amanecer del primero de dichos días, «los enemigos en número de dos mil quinientos hombres de infantería y alguna caballería con un cañón y tres obuses de a 6 al frente de Masarach, extendiéndose hacia las avanzadas de Mollet con objeto de cubrir una emboscada en los barrancos del frente de San Clemente y alturas de Masarach. Rompieron el fuego de cañón y obús sobre nuestras avanzadas y tropas, que los rechazaron y precisaron a retirar con alguna pérdida. Hubo en nuestras tropas un soldado muerto del Primer Batallón de Voluntarios de Barcelona, nueve heridos y un caballo de los Regimientos de Infantería de Saboya y Soria y caballería del Infante y España, y tres contusos de los mismos Cuerpos.»

Resistencia de Bellegarde.—Intimidaciones de rendición, todas ellas rechazadas

De este modo hubo de entrarse en los comienzos del mes de agosto. Pero lo más interesante, durante el plazo de tiempo de que estamos tratando, era la resistencia que ofrecía la fortaleza de Bellegarde. Desde el 31 de mayo (12 prairial) Dugommier no cesaba de enviar comunicaciones al Marqués de Vallesantoro intimándole a la rendición, pero Bellegarde no se rendía, no obstante en progresivo estrechamiento del cerco establecido por los Republicanos. Falta de ví-

veres, no recibiendo más que inciertos e insignificantes socorros, habiendo quedado casi reducida al último extremo, su reducida guarnición seguía ostentando la gloriosa enseña española, que, al ser azotada por el aire, ondeaba como si dirigiera un supremo llamamiento a las tropas españolas que guarnecían los baluartes de la fortaleza de San Fernando. Por dos veces Dugommier se había dirigido al heroico Marqués de Vallesantoro. La primera desde el Boulou, el 12 Prairial, segundo año de la República, en ella se decía: «El ejército de la República, triunfa por todas partes. En el territorio francés no existen españoles más que en Bellegarde; Collioure y Port Vendres, acaban de rendirse al ejército victorioso de los Pirineos Orientales. Saint Elme ha quedado reducida a la nada, y, su guarnición, ha sido rendida, lo que prueba que el ejército español hará mejor en retirarse a sus lares que perecer por las bayonetas y la artillería Republicana.»

«A la misma guarnición concedí los honores de la guerra, y, deponiendo sus armas, cuantos la componían, después de jurar que no servirían en toda la guerra contra Francia, volvió cada uno al seno de su familia a gozar del descanso del que la imprudencia y la injusticia de su Rey le habían privado.»

«Tú verás por el original de la capitulación, que te mostraré el oficial parlamentario, que Navarro mandaba siete mil hombres.»

«Navarro es un hombre valeroso, y las tropas que le obedecían se defendieron bien. Con todo y con eso hubieron de ceder a la imperiosa fuerza de las circunstancias. Hágote, pues, conocer lo mismo precisamente: Bellegarde está completamente cercada, física y moralmente imposible que recibas de los tuyos socorro alguno. En tales circunstancias te declaro que, si por esta intimación no me entregas Bellegarde, cuando quisieras hacerlo no te escucharemos, y morirás de hambre y de miseria en esas mismas murallas, si no prefieres, a una inútil resistencia, la retirada para España en las mismas condiciones aceptadas por el General Navarro. Dugommier.»

A esta intimación nuestro héroe respondió dignamente. «Castillo de Bellegarde 31 de mayo de 1794. El Comandante Español de la plaza de Bellegarde, responde a la intimación que le hace el General en Jefe del ejército francés de los Pirineos Orientales: Que la plaza no se halla en circunstancias de capitular, por cuanto dispone de la fuerza precisa para defender sus murallas, que aún se conservan intactas, y víveres para sustentarse por mucho tiempo.»

«No duda que el General Navarro entregara Collioure cuando las leyes de la guerra lo exigen. Así debe decirte que, aunque agradezca tus ofrecimientos, el honor de las armas españolas y el suyo propio no le permiten aceptarlo. Marqués de Vallesantoro.»

La segunda intimación de Dugommier era mucho más dura:

«Boulou 12 Messidor (2 de julio). Segundo año de la República. El ejército francés está cansado de tu obstinación. Bellegarde se halla cercada por todas partes hace cincuenta días, y es en vano que esperes

verla socorrida. Bellegarde pertenece a la República, y todo el tiempo que tarde en entregarse, o que la loca temeridad pretenda conservar caerá sobre sus cabezas.»

«Quería ser generoso, te ofrecía la misma capitulación que obligué a Navarro a aceptar; prometía abandonarte a la miseria y al hambre, así como a tus soldados si rehusabas recibirla. Ahora te anuncio la muerte. La anuncio a tu consejo y a tus oficiales, que sostienen contigo la resistencia y que contigo deben experimentar sus efectos.

«En dos días (plazo fatal que te concedo) nos tendrás restituída la fortaleza que ocupas.»

«Las tropas que mandas entregarán las armas, o te juro por el nombre de la República que tú, y tus oficiales experimentaréis el rigor conforme a la suerte que su contumacia les prepara. Seréis arcabuceados Dugommier.»

«Al imperativo y amenazador de esta intimación —expone Chavy—, respondió el Gobernador sitiado con la simplicidad, placidez y energía de las siguientes líneas :

«Bellegarde, 2 de julio de 1794.—El Comandante de Bellegarde al General en Jefe del ejército francés de los Pirineos Orientales : Responde a la segunda intimación que le hiciste, que nada tiene que añadir, o disminuir a la respuesta que te dió, inmediata a la primera intimación del 30 de mayo pasado y que ninguna amenaza es capaz de hacer que falte a su honra y a sus deberes. Marqués de Vallesantoro.»

Al proceder de esta manera nuestro noble compatriota sabía hacer honor a su linaje aristocrático, a la Patria a la que servía y al ejército, en cuyas filas militaba. ¡ Lástima grande que su noble proceder si bien fué fielmente imitado por el Comandante Militar de la plaza de Rosas, lamentablemente no lo fuera por el que, tan sin razón, hubo de entregar al francés la hermosa fortaleza de Figueras !

En vista de la resistencia de la fortaleza de Bellegarde, Dugommier se dispone a la realización de diferentes providencias para asegurar las posiciones en el alto Tech y en la vertiente opuesta, o sea la española

Habíamos llegado a los primeros días de agosto y Bellegarde sitiada, no se rendía, siendo esta obstinada resistencia, como ya hemos indicado anteriormente, la causa principal de aquel estado de cosas. «La resistencia de esta plaza inquietaba siempre a Dugommier y entonces sus miradas tornábanse hacia nuestra frontera —afirma Fervel—. Si el enemigo, pensaba, que se está reforzando todos los días, trata de remontar todavía la cresta de los Pirineos o concibe la idea de caer sobre nuestra retaguardia, será por las montañas del Vallespir

por donde podrá intentarlo con algunas probabilidades de éxito (1). El prudente General tomó, pues, el partido de consagrar a la guardia del alto Tech una brigada entera, la brigada Davin, que desde luego, cumplió su misión con mucha inteligencia. En efecto, con arreglo a una disposición bien concebida que es preciso adoptar siempre que se quiere defender con vigor una cadena de montañas. Davin escalonó el grueso de su tropa en la vertiente opuesta a la que ocupaba y se limitó en la vertiente septentrional a la ocupación de cinco puntos principales: la Preste, Notre-Dame-de-Corall, la Manère, Saint Laurent de Cerdá y Coustouge.»

«El Coral fué atrincherado y merecía este exceso de precaución, dado que es él una de las llaves del Vallespir». En efecto, hállase este punto situado en la intersección de los caminos que descienden de los Colls de Vernadell y de Malrem. Estos dos pases corresponden, en nuestra vertiente, a los dos grandes valles catalanes del Fluviá y del Ter, y cabe abordarlos ascendiendo de Baget y de Rocabruna, de un lado, y de Espinabell y de Molló del otro; siendo de advertir que Dugobert llamaba a este último la llave de la alta Cataluña. Pero si Notre-Dame-de-Corall revestía esta importancia no era menor la de San Lorenzo de Cerdá, que, para Dugommier, desempeñaba un papel capitalísimo, según declaración por él hecha el 13 Brumario al Comité de Salud Pública (2). A causa de esta importancia el paso que nos ocupa fué atrincherado debidamente, construyendo sobre las alturas que dominan al pueblo un gran reducto doblemente cercado. No eran exageradas las disposiciones tomadas por Dugommier, «su solicitud quedó bien justificada por los acontecimientos posteriores». Pues en vísperas de la fiesta de Santiago, nuestro glorioso Patrón, numerosas concentraciones se llevaron a cabo en las montañas, según afirma el historiador francés, lo que obligó a los suyos a ponerse en guardia, por lo que nuestras tropas hubieron de diferir el ataque que proyectaban. Dejamos pasar la fecha de la fiesta (el 25 de julio), e igualmente permanecidos inmóviles en los dos días siguientes, que fueron aprovechados por el General Davin para realizar un reconocimiento a vanguardia llegando a vista de Camprodón.

**No fueron olvidadas las montañas del
Ségre por el General en Jefe del ejército
francés**

Sin duda alguna, el General en Jefe del ejército francés en los Pirineos Orientales no se olvidaba de llevar a cabo todas aquellas dis-

(1) Eran estas frases textuales del propio Dugommier: «Ou concevoir l'idée de tourner sur nos derrières, c'était par les montagnes du Vallespir il pouvait le tenter avec quelque chance de succès».

(2) Véase el Apéndice núm. 6.

posiciones que pudieran garantizar el éxito de su gestión : «Dugommier, también, se ocupó de las montañas del Segre —declara el testimonio francés—, proscribió formalmente el sistema de excursiones aventuradas, sistema propio tan sólo, según él, a propagar los movimientos insurreccionales, que era preciso menos tratar de combatir que de excitar. Esta opinión se fundaba en el carácter de los montañeses catalanes, poco aficionados a mezclarse en aquellas querellas internacionales que no hieran sus inmediatos intereses, pero terribles cuando se toca a sus hogares. Consecuentemente, la división de Cerdaña quedó reducida a la defensiva más estricta.»

A juicio de Fervel era ésta una medida siempre intempestiva, y era demasiado tarde para desgarnecer súbitamente un teatro de la guerra cuando el enemigo se reforzaba diariamente, pues no se estimaba en menos de veinte mil el número de paisanos insurrectos extendidos por las gargantas del Tet, del Llobregat y del Segre, los que unidos a cerca de diez mil bayonetas del ejército regular, formaban en estos altos valles una imponente masa de treinta mil hombres en armas. Pero, felizmente, el recuerdo del enérgico combate del ocho Messidor debía dejar a salvo la Cerdaña para el resto de la campaña». Creemos que en esta ocasión como en otras muchas, la fantasía exaltada del historiador francés acrecienta sobremanera la cuantía de las cifras.

Se manifiesta el comienzo de una reacción defensiva por parte del ejército español. — Dugommier lleva a cabo un reconocimiento de sus líneas

Pero como él mismo declara, esta paralización general que venía durando desde hacía dos meses, iba por consiguiente a cesar pues del lado de la llanura (Ampurdán) todo anunciaba la proximidad de una batalla. Una gran actividad de movimientos, que no le era habitual, se manifestaban en el campo español. No cesaba en él de instruirse y ejercitarse al soldado, por ello, desde la salida a la puesta del sol, llevábanse a cabo combates simulados, asaltos de reductos, y, cada noche, numerosos desertores, suizos o irlandeses, venían a confirmar nuestras inducciones de la jornada, y a anunciarnos un próximo ataque. Era que, en efecto, la Unión informado de que la guarnición de Bellegarde había llegado al extremo, desolada por el escorbuto, reducida a un cuarto de ración, tenía resuelto de intentar, para salvarla, un supremo y último esfuerzo. Se aproximaba el 10 de agosto y se aseguraba, lo que era de dudar, que el General español había fijado la ejecución de su proyecto para el aniversario de este famoso día; pero esto pasó como de costumbre a causa de algunos retardos imprevistos en los preparativos del enemigo. La mañana siguiente, 24 Thermidor, y el día sucesivo, Dugommier hubo de emplearlo en reconocimientos a lo largo de

· toda su línea. Finalmente, en la noche del 25 al 26, el suceso que se consideraba ya como indefinidamente remitido, estalló.»

Expondremos en el Capítulo siguiente el desarrollo de este acontecimiento.

Una expedición francesa a Esterri

Mas no sin dar cuenta al final de este Capítulo de la operación llevada a cabo por los franceses contra el flanco izquierdo de nuestro frente de operaciones el día 3 de agosto.

En efecto, en dicho día una columna francesa bastante fuerte con cañones de montaña salió de Puigcerdá en dirección a Esterri, descendiendo por el puerto de Aulas, vecino al valle de Arán. Las vanguardias españolas, o puestos avanzados, fueron arrojadas y obligadas a abandonar los puestos de Alós, Isis, Boren e Isavarre, que defendían el valle de Arán. Estas localidades fueron saqueadas, pero en tanto que los franceses se entretenían en estas devastaciones, los aldeanos del valle de Aneo se reunieron y conducidos por el Vicario de Isis, don Antonio Arnalot, y por los baillios de Valencia (1), Sort y Esterri, cayeron sobre sus enemigos y les forzaron a retirarse, dejando entre los nuestros un comisario de la Convención. La información oficial española daba cuenta de esta operación advirtiendo que «nuestros puestos avanzados de la Bonaigua y Alós, que cubren la villa de Esterri, habían sido atacados en la mañana del citado día 3 de agosto, por dos Cuerpos enemigos que se regulaban en seiscientos hombres cada uno con algunas piezas de artillería de montaña, pero de la que apenas pudieron hacer uso por la aspereza y cortaduras del terreno y describiendo la acción en los términos en que ha sido relatada declaraba que el Vicario del pueblo de Isis, don Antonio Arnalot, «era hombre de acreditada prudencia, celo y valor, señalando a los Bailes de los tres pueblos de que hicimos mención, como dignos de ser recomendados «así como al Capitán retirado don Antonio Alcaraz, que mandaba en el puerto de la Bonaigua, «y tiene acreditado su celo y actividad en toda la campaña», afirmaba el Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta.

(1) Valencia de Aneo, Partido de.

CAPITULO XVI

Combate de San Lorenzo de la Muga

Razones que impulsan al General Dugommier



L Conde de la Unión en carta dirigida a la Superioridad el 14 de agosto hubo de darle cuenta de las razones y objetos militares que le habían impulsado a atacar los puestos enemigos en el día anterior, y, según lo expone la Gaceta de Madrid, de 5 de septiembre de 1794, el documento transcrito a la letra decía lo siguiente :

«Tanto más me decidía a la ejecución de mi plan, quanto logré la ventaja de persuadir al enemigo intentaba atacar su costado izquierdo, dirigiéndome contra el derecho, según me lo acreditaron, no sólo los avisos, sino visiblemente las posiciones y refuerzos que le observaba.»

«Para confundirle más, dividir y contener sus atenciones, dispuse seis ataques falsos y uno verdadero en la larga distancia que media desde Camprodón a la mar, siendo los falsos contra los campos de los lugares de la Manera, Villaroxa, Cantallops, coll de Banyuls, alturas inmediatas a Culera, y por mar contra Port Vendres y Collioure, y el verdadero contra la montaña de Terradas, Puente del Grau y lugar de San Lorenzo de la Muga, en donde debía reunirse la mayor parte de catorce mil hombres de las mejores tropas, y seis mil somatenes para atacar seguidamente la fábrica de la Muga, que está inmediata.»

«Convencidos los Comandantes de las columnas, por los reconocimientos que les hice hacer sobre los terrenos, de la posibilidad y ventajas del plan, se verificó en la mañana de ayer 13.»

Situación de los ejércitos beligerantes

Abandonamos por un momento la transcripción seguida de la carta del Conde de la Unión, y pasamos a describir, con mayor amplitud de la que él hace, el desarrollo de la acción militar de que vamos a tratar, recogiendo los datos más detallados y precisos, facilitados por las distintas fuentes de información. Ante todo, y sobre todo, nos ocuparemos de la situación en que se encontraban ambos ejércitos beligerantes.

Es cierto que el ejército español acababa de recibir una excelente brigada irlandesa, varios Regimientos suizos, un gran número de re-

clutas para cubrir bajas y de seis mil a siete mil hombres de las tropas veteranas que habían reemplazado en sus guarniciones a los Cuerpos alejados del teatro de la guerra, conforme a la única cláusula que había sido cumplida de la capitulación de Collioure. De esta suerte, según el testimonio de Fervel, nuestro ejército no contaba con menos de cuarenta y cinco mil soldados disponibles, de los cuales cuatro mil eran jinetes bien montados. Aceptando por un momento la exactitud de estas cifras, en la acción que vamos a relatar no figuraron más que catorce mil soldados de tropas regulares y seis mil somatenes.

El ejército francés contaba con treinta y cuatro mil combatientes; nueve mil de ellos en el ala derecha, otros tantos en la izquierda y dieciséis mil en el centro constituyendo el grueso del ejército. La penuria de los forrajes, que comenzaba a hacerse sentir, había reducido la caballería francesa a mil ochocientos caballos. Tales son las cifras que nos ofrece la información francesa. Hemos de suponer, no obstante; que, por lo que respecta a los contingentes, no existía gran diferencia entre uno y otro ejército beligerante.

Composición de los mismos.—Ejército español.—Disposición de las tropas en el frente de operaciones

La composición de estos ejércitos era la siguiente. Nuestro ejército hallábase integrado por tres destacamentos: según designación del propio Conde de la Unión. El primero, al mando del Teniente General don Juan Courten, estaba distribuido en cuatro columnas y *varios cuerpos de reserva*, a las órdenes de los Mariscales de Campo, Barón de Kesel y don Rafael Vasco, y de los Brigadieres, don Francisco Vallejo y el Conde del Puerto las primeras, y las tropas de reserva a las de los Mariscales de Campo don Joaquín Palafox y Conde de la Haye de Santa Hilaire (Gaceta de Madrid). El otro destacamento hallábase dividido en otras cuatro columnas e igualmente integrado por varios cuerpos de reserva, dos de ellas al mando del Brigadier don Joseph Perlasca, y, otras dos, a las del Mariscal de Campo don Domingo Izquierdo. Finalmente, el tercer destacamento estaba mandado por el Brigadier don Diego Godoy, y, para auxiliar la acción de conjunto de todas estas tropas, constituyóse, asimismo, un grupo compuesto de dos mil hombres que habían de actuar destacadamente pero en oportuna correspondencia con el movimiento general del Cuerpo de ejército.

La columna al mando del Teniente General Courten, se componía de los Batallones de Reales Guardias Españolas y Walonas, de Mallorca, Voluntarios de Castilla, Vallespir, Málaga, Hibernia, Irlanda, Ordenes Militares, segunda de Barcelona, Caballería de Alcántara, Calatrava y Somatenes mandados por los Brigadieres don Joseph Fuenlabrada, Conde del Puerto, don Francisco Joseph Schwaller, los Coroneles don Miguel Dámelín, Duque del Infantado, don Antonio

Porta, don Bernardo Loghin, don Joseph Fernando Abascal, don Casimiro Bofalú, don Joseph de Guzmán, don Joseph, Bucareli, y los Tenientes Coroneles don Juan Nagheen y don Juan Urruela, a quien relevó por herido, en el mando de su Batallón, don Jenaro Resabal, y el Comandante de los Somatenes Coronel don Joaquín Poulle y de los Regimientos Portugueses, primero de Oporto, Freire de Andrade y cuatro compañías de Granaderos de los otros Cuerpos, mandados por su Coronel don Ernesto Federico de la Werna, por su Teniente Coronel don Nicolás Joaquín de Caria, y las Compañías de Granaderos por los Tenientes Coroneles don Bernardino Freire de Andrade y Florencio Joseph Correa Melo.

La columna de Izquierdo constaba de los Regimientos de Soria, Saboya, seis compañías de Cazadores Provinciales, una partida del Regimiento de Sevilla, Compañías de Gastadores del General, y Somatenes mandados por los Coroneles don Joseph Vargas, don Juan Ignacio Alcázar, don Juan Salgado, los Tenientes Coroneles don Felipe San Marc, don Roque Abarca, los Capitanes don Antonio Calvache, don Joseph Zambrano y los Presbíteros don Juan y don Pedro Salguera.

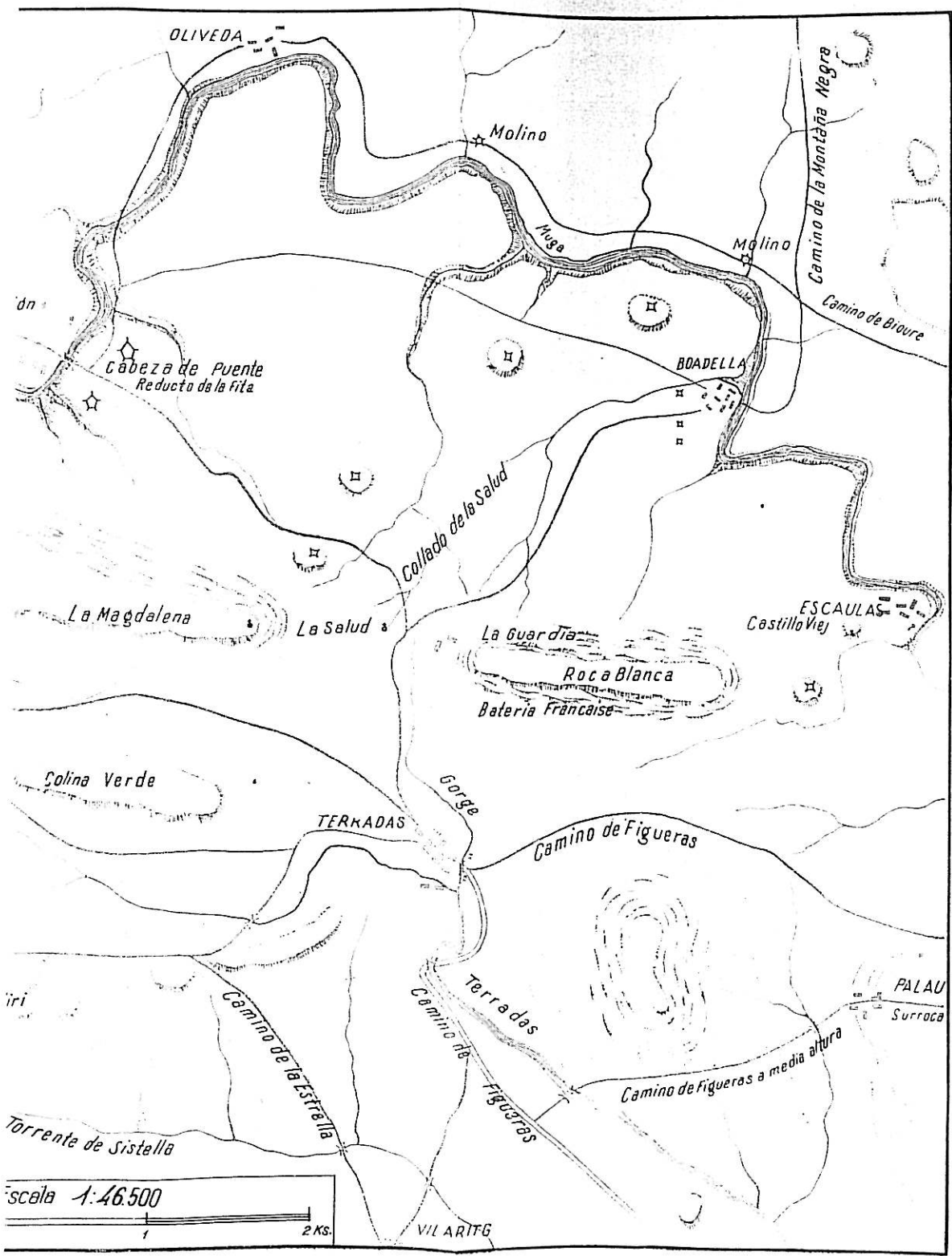
Se componía la columna de Perlasca de los Cuerpos de Infantería de España, Extremadura, Ceuta, tres compañías de Cazadores Provinciales, seis del Provincial de Mallorca, Somatenes y el esquadron de Caballería de la Reyna a la orden de los Coroneles don Manuel Aguirre, don Alexandro O'Reylli, don Félix Maeso y los Tenientes Coroneles don Manuel Zara y don Baltasar Alegre.

Ejército francés.—Orden de batalla del mismo

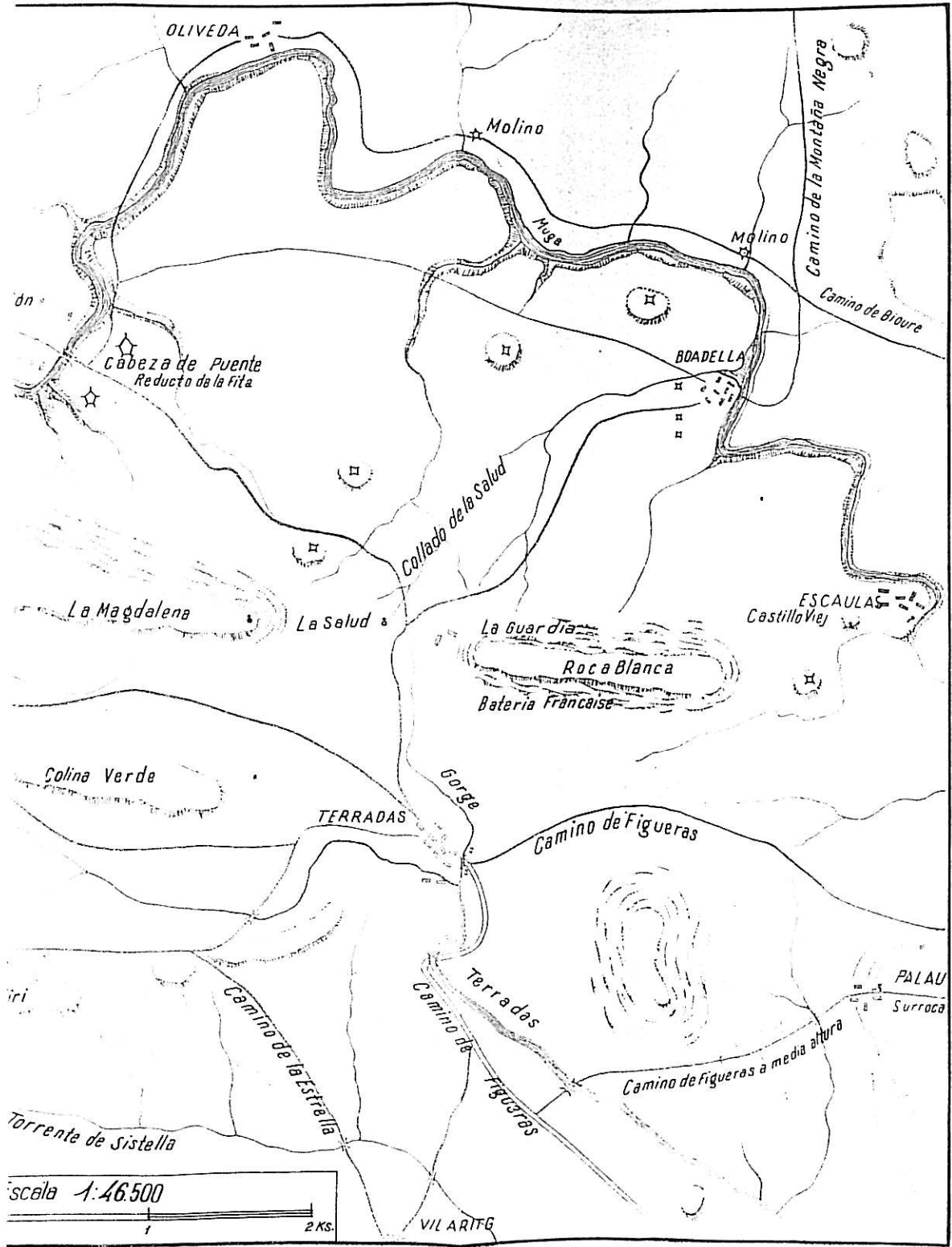
Las tropas que componían el ejército francés, que hubo de tomar parte en la operación, estaban integradas por la División de Augereau que, como recordaremos, se había instalado en esta comarca, el 30 floreal. La distribución de estas fuerzas era la siguiente: El General Lemoine, con seis Batallones de Cazadores y artillería correspondiente; el Ayudante General Bon, con el resto de los Cazadores el General Guieux, con seis Batallones de la Brigada Mirabel, y, finalmente, la Brigada Davin, constituyendo un conjunto que Fervel estima de unos nueve mil hombres, aunque, sin duda alguna, se excede en la evaluación, pero en un sentido restrictivo, dado que no cabe suponer que tan sólo nueve mil hombres dispersos pudieran recibir el choque de veintidós mil españoles, rechazándolos victoriosamente.

Plan de ataque del Conde de la Unión

Así organizados ambos ejércitos, daremos cuenta de la misión señalada a cada una de las unidades que componían el ejército atacante y de las disposiciones adoptadas por la defensa francesa para contener



escala 1:46.500
 1 2 KS.



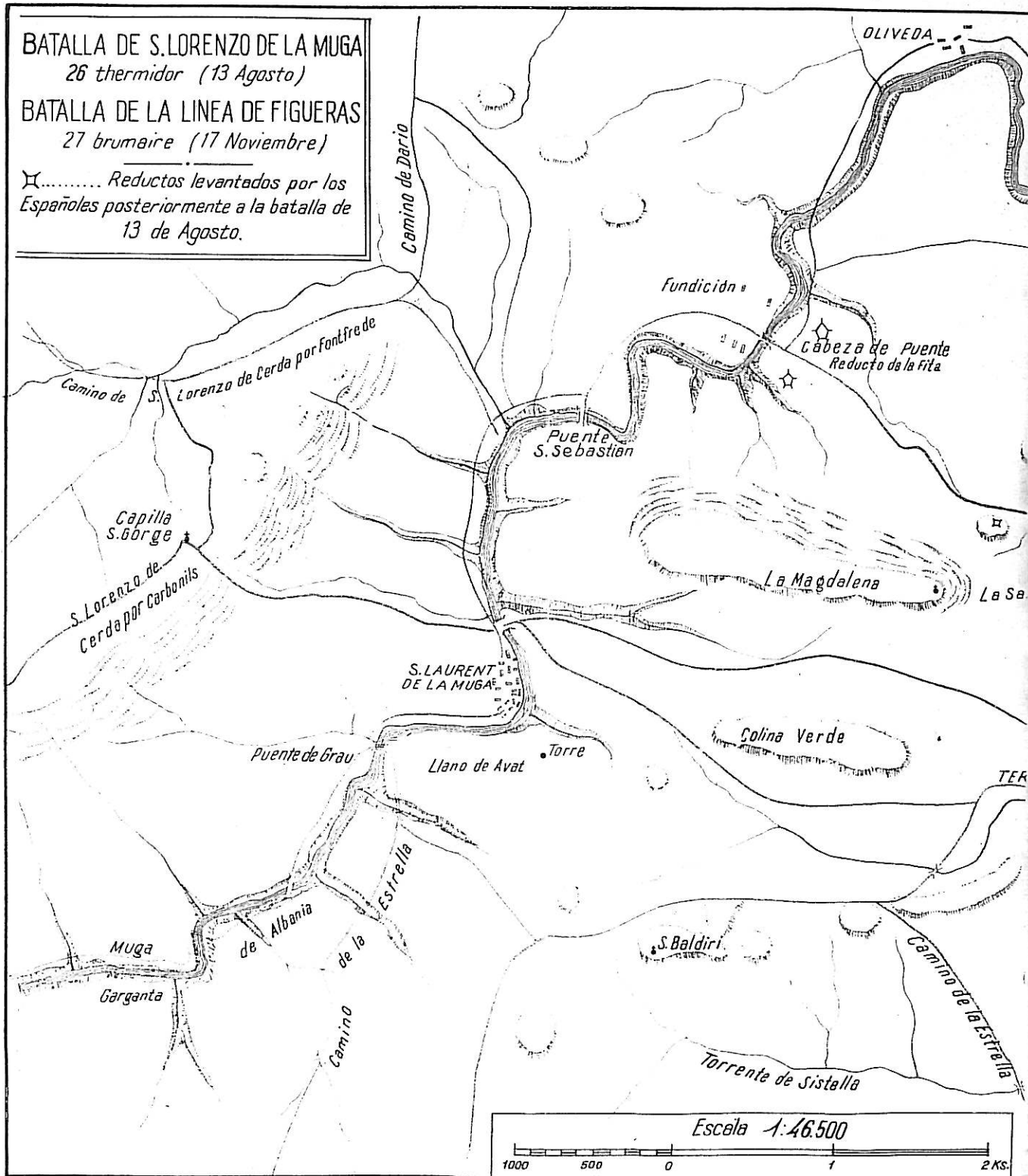
BATALLA DE S. LORENZO DE LA MUGA

26 thermidor (13 Agosto)

BATALLA DE LA LINEA DE FIGUERAS

27 brumaire (17 Noviembre)

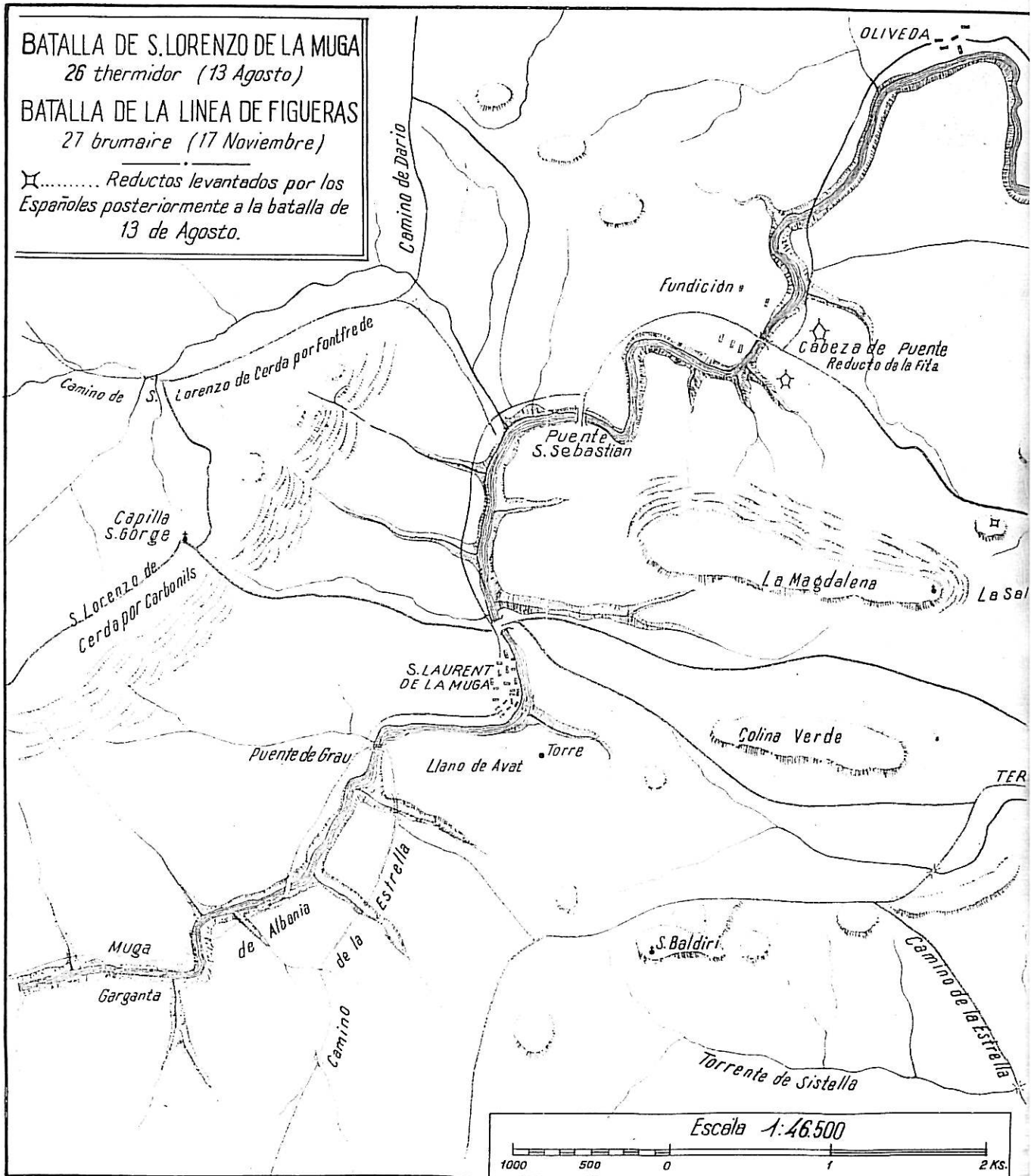
⌘..... Reductos levantados por los Españoles posteriormente a la batalla de 13 de Agosto.



BATALLA DE S. LORENZO DE LA MUGA
26 thermidor (13 Agosto)

BATALLA DE LA LINEA DE FIGUERAS
27 brumaire (17 Noviembre)

⌘..... Reductos levantados por los
Españoles posteriormente a la batalla de
13 de Agosto.



y rechazar nuestro ataque. El plan ideado por el Conde de la Unión, era, como hemos visto, el de contribuir a la defensa de Bellegarde, desarrollando un ataque general sobre las posiciones enemigas ante Figueras, desde Camprodón al Mediterráneo. El proyecto de la Unión abarcaba el intento de atacar a la vez las dos alas del ejército de la Revolución y, una vez conseguido esto, lanzarse sobre el centro de su línea de combate. El principal esfuerzo había de dirigirse, primeramente, contra la derecha enemiga y contra los pasajes correspondientes a la frontera, y, conseguido este intento, marchar por Masarech, la Bajols y la meseta de Las Illas al coll de Portell, desde el cual se establecería la necesaria comunicación con la fortaleza de Bellegarde, lanzando por este camino, un gran convoy de antemano preparado y dispuesto a emprender su marcha. El Conde de la Unión contaba también con la cooperación de nuestra escuadra, que había de ejercer cierta presión sobre los puestos de Collioure y Port Vendres, procurando desembarcar fuerzas suficientes para apoderarse del Coll de Banyule y cortar al ejército francés su último paso a través de los Pirineos.

Para la realización de este plan, la División de Courten, era la encargada de apoderarse de la montaña de Terradas y, una vez conseguido esto, avanzar sobre San Lorenzo de la Muga, el Puente de Grau y la Fundición. Las baterías del Puente de Grau, serían atacadas por ambos flancos. Por el izquierdo, la Brigada de don José Perlasca y por la derecha, lo realizarían las dos columnas al mando de don Domingo Izquierdo, todas estas columnas, victoriosas en sus primeros ataques, juntamente con la División anterior, harían converger sus esfuerzos sobre la fundición de la Muga. Los puestos franceses de Manora, Villanora, Cantallops, Puerto de Banyuls y alturas de Cólera, serían objeto de ataques simulados en combinación con la escuadra del Almirante Gravina. Toda la Infantería portuguesa, y algunas piezas de su brigada de Artillería, tomarían parte en estas acciones.

El Mariscal de Campo Godoy, ante la capilla de San Jorge, avanzaría por la garganta de Albaga, para cortar las comunicaciones francesas con su retaguardia, procurando, siempre, combinar sus esfuerzos con los de las columnas de Izquierdo y Perlasca.

El plan general de ataque aparecía, por lo tanto, netamente dividido en dos partes. El ataque formal sobre el ala derecha del ejército de Augereau, y el demostrativo sobre la izquierda del mismo. Por el momento nos ocuparemos tan sólo del primero y, como es de rigor, antes de entrar en el desarrollo de la lucha, procuraremos dar una sensación aproximada del campo de batalla.

En el primero de dichos ataques, era evidentemente la fundición de la Muga el objetivo principal a conseguir y, para llegar a ella, el ejército español, tenía, por un lado, o sea por parte de las fuerzas de Courten, que correrse a lo largo de la garganta de Terradas y, luego, en su dirección hacia el N., cruzar por la depresión del coll de la Salud, entre la Magdalena, al O., y la Roca Blanca, al E. Esta columna ante su

marcha, y antes de cruzar la Muga, tenía que apoderarse del reducto de la Fita, y de la cabeza del puente que daba paso al terreno de la fundición. En cuanto a las de Perlasca e Izquierdo, una vez conseguida la conquista del puente de Grau, siguiendo por las márgenes del río y apoderándose de San Lorenzo de Muga, marcharían sobre la fundición, como las anteriores. «Su marcha había de estar dominada, de un lado, por las estribaciones occidentales de la Magdalena, de otro, por las alturas en donde tenía asiento la Capilla de San Jorge. Si el cañón de la Magdalena ofrece en su parte superior una meseta estrecha y alargada, del otro lado del Coll de la Salud, la Roca Blanca presenta su divisoria como una arista aguda en franca dirección E. O., concluyendo por confundirse con la vasta meseta de Llers.

Descripción del campo de batalla

Si el revés, o pendiente septentrional de la Roca Blanca, por la naturaleza quebrada del terreno que desciende hasta las orillas de la Muga, opone a la marcha grandes obstáculos, el frente meridional, por el contrario, surcado de N. a S. por la mencionada garganta de Terradas, ofrece en cambio, pendientes accesibles y un terreno fácilmente transitable, por cuya razón es por aquí por donde se establece la comunicación ordinaria entre Figueras y San Lorenzo de la Muga, bien marchando por el fondo de la garganta o bien a lo largo de las pendientes, y aún de las mismas crestas de las alturas, entre la garganta y Palau, de un lado, y de la Colina Verde, entre la garganta y San Lorenzo de la Muga, de otro, los tres caminos antes citados concurren todos en Terradas, localidad edificada en el fondo de la garganta, al sur del Coll de la Salud. Desde Terradas para trasladarse a San Lorenzo de la Muga, es preciso marchar a lo largo de los pies de la Magdalena.

Ahora bien, de Figueras a San Lorenzo puede marcharse sin pasar por Terradas, remontando la orilla izquierda del Manol hasta Sistella, o hasta Estrellá, y, desde una cualquiera de estas dos estaciones, doblar por el N. hacia el O. y descendiendo por la llanura del Abat, en la orilla derecha de la Muga, cruzar el puente de Grau, llegar a San Lorenzo. Si se desea realizar esto mismo trasladándose por la orilla izquierda, sobre la cual está construido el pueblo, es necesario remontar el Manol, hasta Llorona, dirigirse después por Albanya y pasar al valle del Muga, por el que hay que descender sin obstáculo alguno que salvar,

Numerosas son las rampas que desde San Lorenzo de la Muga ascienden por las faldas meridionales de la cresta Pirenaica, cruzándola por los diferentes Colls, que abren paso en la frontera. Pero es necesario hacer observar que antes de perderse estos senderos en las escabrosidades de las montañas tienen que abordar, por un momento, una pequeña Capilla, la que hemos indicado de San Jorge, que, emplazada en uno de los primeros escalones de la montaña, viene a mostrarse, algo así como un puesto de vigilancia, encargado de guardar a San

Lorenzo por el frente occidental. A partir del puente de Grau, en dirección Albanya, el Muga viene recorriendo una curva envolvente, hacia el S.; desde el citado puente, en sentido contrario, la Muga, en su descenso hasta la fundición, describe, igualmente, una curva en sentido contrario, y que contornea el flanco occidental del cañón de la Magdalena, en un desarrollo de unos tres kilómetros, marcando la fundición el extremo opuesto al de San Lorenzo.

Desde las cimas de la Magdalena se abarca, por completo, con la vista todo el campo de batalla, en el que hubo de desarrollarse la acción que vamos a describir. Desde ellas, como desde un observatorio, recorriendo el arco del horizonte, en una dirección del S. al N., pueden contemplarse, sucesivamente, el corredor de Albanya, por el que la Muga se precipita en cascadas sobre San Lorenzo, y próximo a éste la meseta del Abat, que corona la orilla derecha del torrente; en seguida Terradas y su garganta; en la prolongación de la Magdalena, y en su flanco oriental, cerca de las márgenes del afluente del Manol, la granja de la Salud, el Coll de su nombre, el Mas de la Guardia y las crestas de la Roca Blanca. Después, del otro lado de esta especie de divisoria reaparece nuevamente el Muga, el áspero valle, por donde se lanza para ganar a la llanura, y, en cabeza de este trozo de valle, la Fundición; finalmente, el inmenso anfiteatro en el que, la Capilla de San Jorge ocupa un punto casi imperceptible de la gran cadena Pirenaica que con su majestuosa elevación llena el resto del panorama. De San Lorenzo de la Muga a Terradas la distancia venía a ser de unos cuatro kilómetros, y otros tantos habría de camino desde San Lorenzo de la Muga a su fundición. Desde San Lorenzo, a la Capilla de San Jorge, este camino era un poco más de dos kilómetros.

Tal era, en su aspecto general y detalles más importantes, la topografía del campo de batalla, donde nuevamente franceses e hispano-portugueses iban a encontrarse frente a frente.

El ejército español inicia la ofensiva

El 12 de agosto (25 Thermidor) pusiéronse en marcha las fuerzas españolas y eran las tres de la mañana cuando todas ellas habían ya alcanzado los puestos que se les señalara en el orden general de combate. «Todas las columnas se situaron en los parajes indicados para principiar la operación —exponía el Conde de la Unión en su parte de guerra— sin encontrar el menor embarazo y con la suerte de que no tuviese el enemigo noticia cierta, según confirman los desertores, y el no haberse hallado nuevos puestos ni más fuerza que las de ordinario». La preparación de combate no había podido ser más favorable, y los primeros éxitos obtenidos por nuestras tropas confirmaban esta aseveración del Conde.

Sin duda alguna, Lemoine, establecido en Terradas, tuvo que ser

sorprendido por la llegada de las columnas de Courten, «que, después de verificar cuanto se le previno, se puso en disposición de descender a la conquista de la fábrica, cuando llegase el caso acordado». El General francés, no pudiendo contener el empuje de los asaltantes, pierde en un momento la garganta de Terradas, encomendada a su defensa, tratando de resguardarse, tras la batería asentada en la falda meridional de la Roca Blanca; pero, forzado en todo su frente por el ataque de los soldados españoles, vése obligado a retirarse en dos columnas, una de las cuales se desliza a lo largo de los pies de la vertiente meridional de la Magdalena en busca de las fuerzas de reserva, en tanto que, la otra es arrojada sobre la otra vertiente vivamente perseguida, y forzada a buscar un refugio tras las baterías de San Lorenzo de la Muga.»

Mas pronto hubo de cambiar de aspecto cuadro tan favorable para nuestra causa, que, ante San Lorenzo, se muestra afectado de caracteres muy distintos. Perlasca e Izquierdo que, como apuntamos antes, debían apoderarse de las baterías que defendían el puente del Grau, las primeras por el flanco derecho pudieron alcanzar su objetivo, más, una vez logrado éste, para proseguir en su avance tenían que esperar la llegada de Izquierdo, pero éste no llegó a tiempo.

En efecto, la conquista de la localidad de referencia estaba encomendada a las tropas de Cajigal, que había de ser auxiliado por las columnas antes citadas, una vez dueñas del puente y de sus baterías. Perlasca, pudo lograr que el enemigo abandonase las casas y los reductos que ocupaban, pero, habiendo sido rechazada una de sus columnas de ataque y debiendo dar lugar, por su parte, a la llegada de la columna de Izquierdo, consideró oportuno hacer alto en su empresa, mas viendo que el enemigo, si bien consternado en el primer momento ante la aproximación de sus fuerzas, se disponía luego a retirar su artillería y a adoptar una disposición de resistencia, no obstante conocer los primeros éxitos obtenidos por Courten, tomó el partido de proseguir en su detención, no considerándose con fuerzas suficientes para continuar por sí solo el avance iniciado. Así nos lo declara la información oficial española, que textualmente, según frases del propio Conde de la Unión, manifestaba que Perlasca, tras la detención que se ha indicado» viendo al enemigo consternado por la aproximación de las tropas de Izquierdo a punto de disponerse para retirar la artillería, conoció la imposibilidad, faltando la concurrencia de los demás ataques, de realizar cualquier intento posterior, por más que veía con tan buen aspecto el de Courten.»

«La columna de Izquierdo llegó tarde porque alguna equivocación» (que no pudo prever) en el cumplimiento de sus órdenes, retardó su salida, de que resultó que la reunión de fuerzas enemigas, dispersasen una de sus columnas, mandada por el Brigadier don Gaspar de Cajigal, no obstante, de que ésta logró apoderarse de una de las dos baterías que debía tomar y de que no le quedó nada que hacer, ni en su ataque,

ni en procurar contener y recoger su tropa máxima que la mandaba por el propio Izquierdo llegó a las inmediaciones del campamento de San Lorenzo.

Afirma Fervel, que tanto Perlasca como Izquierdo, que se habían apoderado del Puente de Grau, esperaban para desembocar por la orilla izquierda del Muga, la caída de la Capilla de San Jorge, ante la cual permanecía detenido el Brigadier Godoy; pero el Conde de la Unión comunicaba que: «este Brigadier se mantuvo emboscado y, como no llegó el caso en que debía obrar, no entró su gente en acción; pero la situó con acierto». Consideramos, por otra parte, necesario advertir que Cajigal había sido rechazado delante de San Lorenzo por los Cazadores del General Bon y éstos, apoyados en dicho pueblo y en una colina vecina, que una parte de la Brigada Lemoine había tomado por punto de reunión, realizaron una buena labor conteniendo a los nuestros.

Más afortunado había sido el veterano Courten. Aseguraba su General en Jefe que, «había verificado con la tropa a su mando, cuanto se le previno y se puso en disposición de descender sobre la fábrica cuando llegase el caso acordado.»

Efectivamente, habiendo dejado nuestro general en reserva en la garganta de Terradas a la mitad de su columna con misión de vigilar y defender el camino de Figueras, ocupó, con las restantes, las crestas que Lemoine había abandonado y dejándolas libres de todo enemigo descendió a la Salud, siguiendo el camino que podría conducirle a la fundición de la Muga. Sin duda alguna, era aquél el momento preciso para hacerlo así y lograr su conquista. Pero no siendo fácil esta operación, hubo de convenirse de antemano el que todas nuestras columnas se aguardasen mutuamente para coordinar sus esfuerzos. No podía olvidarse lo que anteriormente había ocurrido en la acción del 30 Floreal, (19 de mayo). Courten al ver a Cajigal duramente castigado por el General Bon, las columnas de Izquierdo y de Perlasca esperando para franquear el Muga y la paralización de la empresa de Godoy, que seguía manteniéndose emboscado en su puesto, juzgó también oportuno el detenerse.

Esta detención, este tiempo perdido, era lo que necesitaba Augereau para poder rehacerse y contrariar totalmente nuestro intento. Reconociendo, desde un principio, que San Lorenzo de la Muga era el punto principal amenazado, el objetivo de la empresa española, transportó a él una parte de la Brigada Guieux. Nuestro frente de batalla formaba una línea entrante cuyo punto de recodo correspondía al pueblo de Terradas, lugar señalado para la retirada, y que aparecía interrumpido al S. del mismo. El General francés elige este portillo como llave del campo de batalla y se dispone a llevar a cabo su plan de combate. Ordena, pues, a Mirabel y a Lemoine, se lancen sobre Terradas, es decir, sobre el flanco izquierdo y la retaguardia de Courten, en tanto que él mismo a la cabeza de la Brigada Guieux marchará por la pendiente de la Magdalena

y abordará de frente a la granja de la Salud, ocupada por este General nuestro, que es, para él, un formidable enemigo. El Brigadier Bom y su compañero Davin, realizarán el resto de la acción a desarrollar.

Desarrollo del combate

Fué a mediodía cuando hubo de establecerse el contacto entre ambos ejércitos. Entablóse una lucha furiosa, en la que, si nos atuviésemos al parecer francés, aunque el ardor es grande por una y otra parte, la ventaja bajo este aspecto corresponde a los suyos, aunque el número contase a nuestro favor. «La victoria en estos momentos flota indecisa», reconoce Fervel.

Correspondió a Mirabel fijar esta indecisión con su audacia, cayendo sobre Terradas como un rayo. Su impetuosidad le es fatal, puesto que igualmente cae él para no levantarse más; pero ha dado el impulso y Lemoine, desde luego, que marcha por la izquierda dirigirá las dos columnas. Agotado por los sufrimientos de una larga enfermedad, Lemoine no puede hacerse entender, pero su sombrero de Jefe superior, que levanta en el pico de su espada, señala el camino, y la carga recobra nueva furia. Entonces la Unión, viendo su retirada comprometida, ordena a Courten se repliegue a Figueras. Las tres columnas que han atacado a San Lorenzo por el Plá del Avat, se apresuran a seguir este movimiento de retirada, siendo por otra parte, presionadas de cerca por el General Bom, que bien pronto se reúne con Augereau. Todos los españoles de la orilla derecha del Muga se baten en retirada y son perseguidos hasta Palau. En cuanto a los de la orilla izquierda, Davin, que acababa de descender de la Capilla de San Jorge, los hace penetrar en la garganta de Albanya, experimentando nuevas pérdidas.»

La versión francesa coincide con la oficial española: «Aquellos incidentes —expone el Conde de la Unión— dieron tiempo para que llegasen al enemigo refuerzos de La Junquera, antes de que se verificase la reunión de todas las columnas en el punto señalado, y se vieron precisados a retirarse Izquierdo y Perlasca, cargado éste por los enemigos, hasta los puntos de su salida y Courten a hacerme presente que se sostendría si lo resolvía, pero que no tenía noticias del uno ni del otro, y que aumentaba el enemigo considerablemente su fuerza, cuyos ataques repetidos no cesaban.»

El ejército español recibe orden de retirarse

«Conociendo la imposibilidad de que las otras volviesen a repetir sus esfuerzos, dispuse a las tres de la tarde principiase la retirada, como se verificó con tranquilidad y orden; y mandé que el General en Jefe del Ejército Portugués, don Juan Forbes, y el Teniente General don Pedro Mendinueta, saliesen a sostenerla con tropa del Regimiento de Caballería de Borbón, mandado por su Coronel don Joseph Zaraus, de

los Portugueses 2.º de Oporto, 1.º de Olivenza, Piniche, Cascaes y sus Coroneles Joseph Narciso de Magallanes, Juan Jacobo de Mestral, Antonio Francisco de Abreu y Montero Mayor del Reyno, mandados por el Mariscal de Campo don Francisco Xavier de Noronha.»

Afirmaba el Conde de la Unión que : «Como por si alguna casualidad frustraba el esperado éxito, había detallado duplicados y triplicados puestos de reserva en los costados y retaguardias de las columnas, se logró la retirada de todos.»

Incidentes de la retirada

Ciertamente la retirada pudo efectuarse, pero en circunstancias verdaderamente lamentables. La columna de Courten al iniciar su retroceso fué acosada por los franceses con verdadera impetuosidad, parte de las tropas españolas perdieron el orden tratando de salvarse a la desbandada. El desastre hubiese sido completo a no haber intervenido las tropas portuguesas realizando verdaderos actos de valor, apoyado, a su vez, por la briosa caballería española del Regimiento de Borbón, a las órdenes del General Mendinueta, que contuvieron con energía el violento choque de las fuerzas enemigas.

Del mismo modo, enfrente de Palau, el 1.º Regimiento de Oporto, protegió, con la mayor firmeza y gallardía, a nuestras fuerzas en retirada, rechazando los furiosos ataques enemigos y obedeciendo fielmente las órdenes dadas por el valeroso e inteligente Comandante Frederico de Werna. Igualmente, manifestaron apreciable serenidad en lo más difícil de la acción, dos Compañías de Granaderos del 1.º de Olivenza y 2.º de Porto, marchando con orden y reemplazando a los franceses enérgicamente, siendo mandadas por el Sargento Mayor del 2.º Regimiento antes citado Florencio Correia de Mello. No desmereció de las anteriores fuerzas portuguesas, el Regimiento Freire de Andrade, el cual, a las órdenes de su respectivo Teniente Coronel, supo salvar con denuedo una situación angustiosa, el encontrarse casi cortado, y de la que pudo salir combatiendo siempre con valor y sin desordenarse.»

«Los Regimientos de Cascaes y de Piniche merecen también ser loados —declara el historiador portugués— por la firmeza con que ocuparon sus posiciones, que hubo de serles marcadas a la derecha del camino que atraviesa el puerto de la Muga; protegiendo, después, la retirada con seis piezas de la Brigada de artillería Portuguesa, a las órdenes del primer Comandante o Sargento Mayor José Antonio de la Rosa. Parte de los Regimientos 1.º de Olivenza y 2.º de Porto que con las demás artillerías de Brigada que se cita, mandada por el Sargento Mayor Antonio Teixeira Rebollo, estaba asentado en la correspondiente trinchera de la línea de combate ocupada por las tropas del Mariscal de Campo don Juan Correia de Sû, marchó en auxilio de sus camaradas y con ellas realizó su retirada final, conservando cons-

tante el orden en formación, aunque experimentando grandes pérdidas a consecuencia de la tenaz persecución de los republicanos.»

En la Gaceta de Madrid, del viernes 5 de septiembre de 1794, se ofrecía a la lectura del público un estado numérico de los muertos, heridos, contusos y extraviados habidos en la lucha. El número de los primeros era de 223, de ellos un Jefe, dos Capitanes y seis Subtenientes; el de los heridos 554; el de los contusos 79 y el de los extraviados 82. Con su hiperbólica fantasía, Fervel asegura que los vencedores (es decir, los suyos), no hicieron más que 140 prisioneros. «Muerte a los violadores de la capitulación de Collioure! (1)». La impaciencia de un combate durante tanto tiempo y tan ardientemente esperado, desbordaba en esos corazones agriados por el sufrimiento; obraron despiadadamente y tan sólo la noche hubo de contener la carnicería. Se eleva la pérdida de los españoles, que desde luego no habían sido nunca mejor batidos que en esta ocasión, a mil quinientos muertos y ochocientos heridos; tuvimos doscientos hombres muertos y seiscientos gravemente heridos.»

Pero si en la contienda nuestros comunicados oficiales podían haber dado cuenta de la brillante conducta de las tropas portuguesas y de la caballería española del Regimiento de Borbón, los franceses podían, por su parte, ensalzar al Batallón de Darnús, que se había cubierto de gloria resistiendo durante toda la jornada a dos mil asaltantes, que debían en seguida atacar a la fundición.

El relato del combate de San Lorenzo de la Muga es extendido por toda Francia.—Pérdidas experimentadas por uno y otro ejército

Ateniéndonos al testimonio de Fervel, el relato de este combate de dieciséis horas, publicado por el *Moniteur*, hubo de extenderse por toda la Francia, así como la cuenta de sus agravios contra España, acompañados por el famoso Decreto dado por la Convención declarando la guerra a muerte, Decreto que, a juicio del historiador francés, los soldados de la República, que de esta suerte se comportaron en la empresa que acabamos de relatar, parecían haber adivinado.

Sin duda alguna, dadas las vicisitudes del combate que nos ocupa, uno y otro combatiente tuvieron que experimentar sensibles pérdidas. Por nuestra parte tuvimos que lamentar la del Mariscal Barón de Kesel, que después de caer herido, al ser sus tropas envueltas por el enemigo fué hecho prisionero. Cuatro fueron los Generales franceses que hubieron de quedar fuera de combate; tres heridos y uno muerto, era éste el General Mirabel, de cuyo señalado mérito y excelentes cualidades hubimos de hacer mención anteriormente.

(1) ¿Qué responsabilidad pudieran haber tenido en tal capitulación las víctimas de aquel trance?

Nos queda ahora que dar cuenta de las acciones llevadas a cabo por las fuerzas encargadas de los ataques falsos contra los campos de los lugares de la Manera, Villarroxa, Cantallops, Coll de Banyuls y alturas inmediatas a Culera, así como de las operaciones por mar contra Port Vendres y Collioure. Pero antes de entrar en esta tarea creemos oportuno someter a juicio crítico el combate que acabamos de relatar.

Juicio crítico de Gómez de Arteche

Ante todo hemos de hacer observar que, para el General historiador Gómez de Arteche, no procede en modo alguno el calificar de batalla, como lo hace Fervel, la acción militar de que tratamos: «Los franceses han querido dar a aquella acción la importancia de una gran batalla, engalanándola con ese nombre y describiéndola con detalles que verdaderamente no merece; hasta se trae a colación la de Castiglione para más glorificar al general feliz que fué su héroe. Pero lo que realmente sucedió no fué más que Courten se hizo dueño de Terradas, y se proponía continuar el ataque sobre San Lorenzo, donde reinaba ya la preocupación más seria, cuando, al ver que no llegaban al campo en que se habían citado las otras divisiones o columnas, la de Llorona por haberse extraviado, y la de Lladó por, en razón de esto, haber suspendido su marcha, creyó de su deber el detenerse también en medio de su primer triunfo. Animado con tal pausa el General Augereau, y no temiendo ya nada por sus flancos, acometió a su vez a Courten, que, sin fuerzas suficientes para resistirle y con las instrucciones que le llevó Morla desde el cuartel general, situado en aquellos momentos en una altura entre Llers y Palau, hubo de retirarse con mucho orden, aunque no sin pérdidas graves en su tropa y oficialidad.»

A lo que en su derecha, izquierda nuestra, hubo de acontecer, y con mucha menos razón, de los sucesos que aquel mismo día tuvieron lugar en las posiciones del centro y en las orientales de la línea hasta la costa del Mediterráneo; han dado los franceses el carácter de un gran combate a lo que por parte de los españoles no fué sino una llamada de atención al enemigo para que no se moviese en ayuda de Augereau. Pues qué ¿no pudieron comprenderlo al ver la poca resistencia que nuestras tropas les oponían en Cantallops, tan distinta de la que el mismo Taranco, que emprendió aquel ataque, y el vizconde de Gand con la legión de la Reina, les ofrecieron al retirarse en Espollá? ¿O es que nuestra escuadrilla, al doblar el cabo de Creus, pensaba también en la reconquista de Collioure?

Como vemos, nuestro historiador hace últimamente referencia a las operaciones en el flanco oriental, de que hablaremos a continuación, y a la misión encomendada a la escuadra de Gravina, y al indicar que las columnas o divisiones que habían partido de Llorona y de Lladó no pudieron llenar su cometido, en nota, al pie de la página, hace observar no ser cierta la afirmación francesa de que las columnas españolas llega-

ron con precisión notable al punto de su cita, pues precisamente es por esta causa por la que perdimos en aquel día la ocasión de castigar el aislamiento de Augereau en San Lorenzo de la Muga. Asertó tan rotundo es falso de toda falsedad, según frase auténtica de nuestro historiador. Sin mostrarnos contrarios a su parecer, hemos de declarar por nuestra parte que, de todos modos, los acontecimientos desarrollados el 13 de agosto en las proximidades de San Lorenzo de la Muga, hubieron de tener para la causa de las tropas españolas las tristes consecuencias de una verdadera batalla perdida. Mas a pesar de esto, no queriendo contradecir a Gómez de Arce, damos el calificativo de *combate* a la acción militar de referencia.

Juicios críticos de Fervel y Jomini

Reconoce Fervel que el ataque concebido y llevado a cabo por parte nuestra, era lo único que les faltaba a las tropas de Augereau para ser aniquiladas, indicando que para concebirlo no teníamos nosotros otra cosa que hacer, que operar en masa. Mas a juicio suyo, ésta fué, precisamente, la primera condición que nuestro Alto Mando se apresuró a no satisfacer, no haciéndolo más que a medias, al formar el ejército en seis columnas.

Jomini, tras de reconocer que el Conde de la Unión, favorecido por la inacción de su adversario, había llegado después de tres meses de cuidados a templar de nuevo la moral de su ejército, y viéndose una vez más superior al cuerpo Republicano que cubría el cerco de Bellegarde, creyendo poder cambiar de rumbo y tomar la ofensiva, en lógica consecuencia formó el proyecto de desbloquear a Bellegarde, o por lo menos, de habituarle; medida necesaria, por cuanto que la plaza, aunque se sostenía todavía, era de todos sabido que estaba reducida al último extremo, no habiendo momento alguno que perder para salvarla. Los dos ejércitos —arguye— se encontraban frente a frente; nada parecía más fácil que obtener este resultado, haciendo un esfuerzo contra la derecha de los franceses. El General adoptó este sistema; pero, independientemente de que él combinó mal el empleo de las fuerzas reunidas para formar este ejército, destinó más del tercio de su ejército a demostraciones sobre Manora, Villarreja, Cantallons, al desfiladero de Bañols, sobre las alturas de Culera, donde no había más que puestos franceses, abarcando, con estos ataques aislados, todo el espacio de Camprodón hasta el mar.»

No eran contrarios al propósito del General en Jefe del Ejército español, los medios y las circunstancias que se le ofrecían: «Nada estaba previsto en el campo francés —sigue exponiendo Jomini—, y si los españoles hubieran operado con vigor, nadie duda de que ellos no hubiesen lavado la afrenta del Boulou y liberado Bellegarde. Las columnas llegaron sin obstáculo, el 13 de agosto, al amanecer, a los puntos que le habían sido señalados. Courten empuñó combate con la Brigada

Lemoine, la replegó bajo sus baterías, y los persiguió, en seguida, el arma al brazo. Los franceses perseguidos se refugiaron sobre el flanco de las alturas, en la Capilla de la Magdalena, y sobre la cresta de la colina Verde donde la tuvieron en jaque. Perlasca no empezó menos felizmente, desalojó, sin pegar un tiro, el puesto del Puente de Grau, donde sus instrucciones le mandaban esperar a la división de Izquierdo. Este, aunque entorpecido en su marcha, por la resistencia de los Cazadores de Bon, llegó delante de San Lorenzo de la Muga, cuando la columna de Cajigal, que había desfilado por la Capilla de San Jorge, batida por la brigada Davin, la obligó a suspender su ataque hasta la reunión de las otras columnas. Este contratiempo trajo otro; Godoy, que avanzaba por la garganta de Albanias, informado de la retirada de Cajigal, temió comprometerse continuando la marcha y esperó nuevas órdenes. El conjunto de la operación fué así destruído, y preparó la derrota de los que, pocos instantes antes, contaban segura la victoria.»

Juicio crítico del Conde de Clonard

A nuestro juicio, sin dejar de reconocer que el frente elegido por el Conde de la Unión era excesivamente largo para el contingente de fuerzas con que contaba, y que, por lo tanto, quedaba imposibilitado para un ataque en masa en momento oportuno, la verdadera causa del fracaso de nuestras armas no radicó en el plan ideado por él, sino en la defectuosa ejecución por parte de sus subordinados. No era del todo descabellado el pensamiento del Conde, y como dice el Conde de Clonard, «éste, bueno en la esencia, fracasó por la débil o falsa articulación de nuestras alas, por la inexperiencia de algunos oficiales y el triste estado moral de nuestras tropas».

Indudablemente tendría poderosas razones nuestro historiador para expresarse así, pero es oportuno hacer observar, a este propósito, que el Conde de la Unión, en el relato que hace a sus superiores del desarrollo de la acción, no expone concepto alguno que pueda perjudicar al prestigio y a la buena fama de los generales que actuaron bajo sus órdenes.

De la exposición de los hechos, que anteriormente se contiene, podría achacarse a la dispersión de la columna mandada por el Brigadier don Gaspar de Cajigal, y al retraso de la columna de Izquierdo, que parece causa inicial de la paralización de nuestros esfuerzos y, por consiguiente, del fracaso de la operación. Pero, precisamente, estos puntos son tocados de una manera expresa por el Conde de la Unión, quien declara, que la columna de Izquierdo llegó tarde por alguna equivocación que no pudo prever en el cumplimiento de sus órdenes, por cuya razón retardó su salida, de lo que resultó el que la reunión de fuerzas enemigas dispersase una de sus columnas mandada por el citado Brigadier, no

obstante, de lograr apoderarse de una de las dos baterías que debía tomar y de que no le quedó que hacer, ni en su ataque, ni en procurar contener y recoger su tropa, y, no obstante, de que la mandada por el mismo Izquierdo, llegó a la inmediación del Campamento de San Lorenzo.»

«Los destacamentos de Izquierdo y Perlasca se condujeron bien hasta la toma de las casas y baterías, y ambos jefes acreditaron su conocimiento y espíritu». Ante esta declaración de su Jefe superior no cabe hacer por nuestra parte acusación alguna y, desde luego hemos de manifestar nuestra conformidad por cuanto el Conde afirma, en los de sus subordinados, el Teniente General Courten. Por mucho que diga V. E., no ponderaré el mérito de las operaciones de la columna de Courten en su ataque y retirada, cumpliendo con las órdenes que di, no se detuvo en tiroteos y tomó los puestos con poco fuego y a bayonetazos, como conviene en semejantes ocasiones. Hubo columna que rechazada dos veces, cargó la tercera hasta lograr el fin; hubo dos, que tomándose por enemigas se hicieron fuego y tuvieron todo el espíritu y tranquilidad necesarios para sufrir y deshacer su equivocación. Esta columna se componía de los Batallones de Reales Guardias Españolas y Walonas de Mallorca, Voluntarios de Castilla, Vallespir, Málaga, Hibernia, Irlanda, Ordenes Militares, 2.º de Barcelona, Caballería de Alcántara, Calatrava y Somatenes, mandados por los Brigadieres don Joseph Fuenlabrada, Conde del Puerto, don Francisco Joseph Schwaller, los Coroneles don Miguel Damelin, Duque del Infantado, don Antonio Porta, don Bernardo Loghlin, don Joseph Fernando Abascal, don Casimiro Bofalú, don Joseph de Guzmán, don Joseph Bucareli y los Tenientes Coroneles don Juan Naghean y don Juan Urruela, a quien relevó por herido en el mando de su Batallón don Jenaro Resabal, y el Comandante de los Somatenes, el Coronel don Joaquín Poulle y de los Regimientos Portugueses 1.º de Oporto, Freire de Andrade y cuatro Compañías de Granaderos de los otros Cuerpos, mandados por su Coronel don Ernesto Federico de Werna, por su Teniente Coronel Nicolás Joaquín de Caria y las Compañías de Granaderos por los Tenientes Coroneles Bernardino Freire de Andrade y Florencio Joseph Correa Melo (1).

(1) A mayor abundamiento, el Conde de la Unión, daba cuenta de que los Comandantes de los ataques recomendaban particularmente a los Generales, Jefes y Oficiales que he nombrado: y añade Courten que la columna del mando del Mariscal de Campo don Rafael Vasco, fué la que se apoderó de las siete piezas de artillería que tenían los enemigos en la montaña de Terradas, y que fué rechazada dos veces, sin desistir, hasta que a la tercera los desalojó, la mandaba el Brigadier don Francisco Vallejo; recomendando éste y Vasco a sus segundos al Brigadier don Francisco Joseph Schawaller, y al Coronel Duque del Infantado, como a los Comandantes de sus vanguardias el Coronel don Casimiro Bufarull, y el Teniente Coronel don Manuel Viana; habiendo sido segundos de las columnas de Kesel y Puerto y reserva de Palafox, los Brigadieres don Juan Joseph de San Juan, Barón de Mer, y el Coronel Marqués de Coupigni, y de sus vanguardias el Coronel don Antonio Porta, y el Sargento Mayor don Narciso Valeta, Belvis y Taranco hacen particular memoria del Brigadier don Joseph Sentmanat, Coronel del Regimiento de Guadalajara, del Coronel don Juan Ordóñez, Teniente Coronel de Murcia

Conducta plausible de los mandos y tropas del ejército francés

Pero, si sobre la conducta de los Generales, Jefes y tropas a las órdenes del Conde de la Unión cabe hacer juicios poco favorables, los franceses pueden, en cambio, elogiar el proceder de los suyos. «Los Pirineos no habían jamás oído retumbar el cañón sobre tantos puntos a la vez, ni visto correr tanta sangre». Nuestros soldados —declara el historiador francés tantas veces citado—, se habían batido con una especie de frenesí, y la mayor parte de sus Jefes Augereau, Bon, Sauret, Beyrand, Lamoine estaban heridos, este último había recibido seis balazos. En fin, Mirabel estaba muerto. Era uno de nuestros más valientes Oficiales, era todo calor, todo ardor, y los españoles que encontraban por todas partes su viril y bella figura, le tomaban por el Jefe del ejército francés.

«Era el que comandaba esa Brigada cuyas empresas eran celebradas en la misma Capital, la Brigada a la que los Clubs votaban entusiasmados recompensas que ella reenviaba con tan noble orgullo a los huérfanos y a las viudas. De la División Augereau, en la que el vigor de la disciplina rivalizaba con las explosiones del valor, la Brigada Mirabel era, sin contradicción, la más valiente. ¿Y por qué brillaba así a la cabeza de sus intrépidos émulos? Es que era tenida por la más pronta a obedecer...»

Indiscutiblemente en el combate de que estamos tratando, pasados los primeros momentos de sorpresa y los efectos propios del empuje inicial de nuestras tropas, Augereau y los suyos supieron aprovecharse de los errores e indecisiones que los nuestros pudieran haber cometido. Nos queda, por ahora, tratar de los acontecimientos en el flanco derecho de nuestro ejército, con motivo de los ataques demostrativos o falsos contra los lugares de la Manera, Villarroja, Cantallops y coll de Banyuls y alturas inmediatas a Culera, y, a continuación, de la empresa marítima contra Port Vendres y Collioure.

Para darnos cuenta de lo que estos combates demostrativos podían significar en su relación con el principal que acabamos de describir, advertiremos que de San Lorenzo a Cantallops, en línea recta, no había menos de diecisiete kilómetros, de Cantallops al Coll de Banyuls, once kilómetros y otro tanto desde el Coll de Banyuls al Cabo Cervera. De Cantallops a Pont de Molins, en el camino de Figueras, la distancia no era inferior a catorce kilómetros. Estas cifras tienen un carácter aproximado como puede comprenderse.

y del Teniente Coronel don Francisco La Roque, Comandante del 3.º Batallón de Valencia, por la serenidad, inteligencia y firmeza con que contuvieron a los enemigos en la retirada. El Duque de Mahón acreditó su espíritu, y aunque fué herido, no se retiró durante la acción.

Ataques demostrativos llevados a cabo
sobre los lugares de la izquierda fran-
cesa, vecinos del coll de Banyuls

De lo que pudo ser en concreto esta parte de la acción general de que tratamos, nos da perfecta cuenta el propio Conde de la Unión. «El ataque falso contra Cantallops tenía como todos los de su especie, el objeto de divertir al enemigo en las mayores apariencias; pero como por su número de cuatro mil hombres y mil trescientos caballos podía presentar resultados favorables, hice mis prevenciones bajo este aspecto, y estuvieron para producir efecto. Atacaron nuestras tropas, mandadas por el Mariscal de Campo don Valentín de Belvis, y por el Brigadier don Francisco Taranco, Comandantes de los Destacamentos de Masarach y Mollet, divididas en ocho columnas, y varios piquetes de infantería y caballería, con tal denuedo y buena dirección, que estuvieron próximas a desalojar al enemigo; pero desistieron acertadamente, conforme a lo acordado el día anterior, al verlos reforzar por el campamento de La Junquera.

No facilitaba el Conde de la Unión el conocimiento de las ocho columnas, que la información francesa distribuye tan sólo en tres con un contingente total de quince mil españoles, que, a las cuatro de la mañana, del día 13 de agosto, habían alcanzado sus objetivos iniciales de avance. Estas fuerzas, según la información del historiador Fervel, formaban tres columnas escalonadas de la siguiente manera: la primera, compuesta de infantería sola; la segunda, con artillería y mil trescientos caballos, la tercera compuesta, también, de tropas de todas las armas, esta última acompañada de cien carruajes encargados de transportar los víveres y demás material de aprovisionamiento destinados a Bellegarde. Nos dice la información oficial española que, aquellas columnas y piquetes de infantería y caballería de nuestro ejército estaban mandadas por los Brigadieres don Joseph de Senmanat, don Fermín de Eguía, don Ignacio Carnica, los Coroneles don Clemente Perca, don Miguel Cleirac, el Teniente Coronel don Francisco Larroque, los Capitanes y subalternos don Miguel Arana, don Juan Joseph Rodrigo, don Matías Serra, don Rafael Monacho, don Florencio Areizaga, don Ramón Andrianni, don Joseph Penn, don Joseph Bernardo Guzmán, don Pedro Miquelete y don Estanislao Costa, estando compuestos de los Batallones de Granaderos y Cazadores de Castilla y Andalucía, de Guadalupe, Granada, Navarra, Valencia, 1.º de Barcelona, Legión de la Reina y de los Regimientos de Caballería de España, Príncipe, Carabineros de la Reina, María Luisa, Santiago y Voluntarios de Castilla.

La artillería de estas columnas fué mandada por los Tenientes don Rafael Valbuena y don Hermenegildo Espinosa, y quedaron los puestos de Masarach y Mollet al cargo del Mariscal de Campo Vizconde de Cant y el Brigadier don Juan Bautista de Castro.

El plan de combate era el siguiente: La primera columna, subiendo por las márgenes del Villaortoli, trataría de apoderarse de la aldea de Recasens, a la caída del Coll de Furcade; la segunda, llevando de flanco la artillería y caballería, se dirigiría desde Camany a Cantallops, marchando al flanco izquierdo de la anterior, a retaguardia la tercera columna, como si formase la tropa de reserva, marcharía desde el Pont de Molins por la carretera internacional, cruzando el torrente Ricardell en dirección a la Estrada y La Junquera.

**Reacción francesa.—El ataque español
es contenido**

Conocedor de esta disposición de nuestras fuerzas, el General Sauret formó a su vez tres columnas, y viendo que Recasens era el punto más amenazado, comenzó por enviar al Ayudante General Des- taing, con tres Batallones. A continuación dispuso que otros tres, mandados por el General Causse, cayesen sobre la izquierda del segundo escalón de ataque, y, por último, nueve Compañías de Granaderos, a las órdenes del General Micas, se encargarían del ataque a la columna de reserva. Esta columna española de reserva iba mandada por el Teniente General Marqués de las Amarillas, a cuyas órdenes estaban el Teniente General don Rafael Valdés, los Mariscales de Campo don Joseph Moncada, don Joseph Iturrigaray y el Conde de Mollina, debiendo figurar en vanguardia el Regimiento Provincial de Sevilla, mandado por su Coronel don Fernando Guzmán, y apoyado por la artillería. No fué muy complicado el desarrollo de la acción, sabemos, por lo que antes expusimos, que las ocho columnas y varios piquetes de infantería y caballería que, habían atacado con tal denuedo y buena dirección que estuvieron pró-



ximos a desalojar al enemigo, y que iban mandadas por los Mariscales de Campo Belvis y Taranco, pero que, al ver que el enemigo engrosaba sus líneas con refuerzos llegados del campamento de La Junquera, conforme con lo que se había acordado el día anterior, desistieron de hacerlo obrando acertadamente, según el dictamen de nuestro General en Jefe. Declaraba éste que Belvis y Taranco, habían hecho su retirada con el mayor orden, deteniendo el impetuoso ataque del enemigo con inteligencia y buen espíritu.

Efectivamente, el General Destaing encargado de contener el avance de nuestras tropas sobre Recasens, una vez libre de la línea de tiradores que habían llegado a la inmediación de la localidad citada, lanzóse sobre el primer escalón español, rechazándole hasta Villaortoli, y, continuando en su avance, logra desbordar, por la derecha, el segundo escalón español, que amenazado ya por su flanco izquierdo por la tropa de Caussen, apenas tiene tiempo de replegarse al abrigo de la reserva. El Marqués de las Amarillas, que la manda, según indicamos, al verse amenazado por tres columnas francesas que van a reunirse contra él, ordena a los suyos continúen el movimiento de retirada hasta el puente de Capmany.

Retirada ordenada del ejército español

Desde luego, esta retirada de las columnas españolas es ordenada y sostenida, y, al llegar a la posición que acaba de indicarse, aprovechando la existencia en tal lugar de obras de fortificación que comenzaban a hacerse, los nuestros adoptaron una actitud de resistencia, mas no pudieron permanecer mucho en este estado y, ante el empuje del enemigo, hubieron de replegarse a la posición de Nuestra Señora de Roble. Era éste a la sazón ya un puesto de alguna importancia por sus condiciones defensivas y conociéndolo así el General Sauret, no creyó prudente continuar en su persecución y, abandonando toda idea de conquistarlo, dispuso la retirada de los suyos. Mas como quiera que estos tres Generales franceses llegaron a escuchar, en pleno mediodía, el lejano fragor del duelo de artillería que llegaba del lado de San Lorenzo de la Muga, decidiéronse a reanudar el avance, y, desplegándose desde Capmany a Villaortoli, contuvieron, de este modo, el intento de los nuestros de toda reacción consiguiente.

Para dar cuenta de lo encarnizado de la acción, Fervel asegura que, los franceses tan sólo habían matado una cincuentena de los nuestros, es decir, todos cuantos ellos habían podido alcanzar, excepción hecha de un prisionero, tan sólo uno, que hubo de librarse de la muerte a causa de ser holandés, y Jómíni hace observar que, cuando las tropas de Belvis y de Taranco, atacadas por el flanco derecho, por las nueve Compañías de Granaderos y seis Batallones a las órdenes del General Micas y Caussen, enviados por el General Sauret a tal efecto, se vieron precisadas a retirarse; no hubieran podido realizarlo sin grandes

pérdidas, si el Conde de Gand no hubiese sostenido, con los emigrados, vigorosamente el reducto que cubría la posición de Espollá, a donde se dirigía aquélla y dado tiempo a Taranco para juntársele.

**El combate en el sector costero.—Par-
quedad de la información española.—Ata-
ques indicados por la francesa**

Nos queda, por último, que tratar de lo acaecido en el sector costero, desde el Coll de Banyuls a la costa Mediterránea. En el documento del Conde de la Unión, a que hemos venido haciendo referencia, éste incluía también copia del parte que le había dado el Teniente General don Federico Gravina, comunicándole lo ocurrido en el ataque falso que le había encargado dispusiese contra Port Vendres y Collioure. Según el Conde, todo se reducía a que en la tarde del 11 «salieron de la bahía de Rosas las lanchas de fuerza que había allí y se reunieron con las demás en la selva, transbordándose Gravina de su navío a una fragata por más manejable, presentándose con ella sobre el mismo paraje. Dispuso que, al anoecer del día 12 saliesen todas las lanchas, para dar, al romper el día 13, el ataque a Port Vendres, y divertir por esta parte a los enemigos; pero, a las nueve de la noche, puestas ya a la vela algunas, prontas y listas todas las demás, se vieron precisadas a volverse a amarrar por haber entrado el viento del norte bastante frescachón, el que siguió, aunque con alguna intermisión, hasta la mañana del 13. Y persuadiéndose Gravina que a aquella hora, que eran las diez de la mañana, se habría verificado ya el ataque meditado por Unión, y que para andar la distancia de la selva a Port Vendres emplearían las lanchas seis horas a lo menos, y temiendo, últimamente, el viento al S. O., según aseguraban todos los prácticos, en cuyo caso, indudablemente, se perderían aquellas fuerzas, que podrían servir de la mayor utilidad en otra ocasión, y en circunstancias acaso más críticas, resolvió no operar por entonces con ellas, y mantenerse sólo a la vista de Portoun y sus inmediaciones con dos navíos y una fragata, con objeto de distraer al enemigo y proteger tres lanchas que, en aquella mañana, hicieron fuego y volvieron a continuarle.»

Pero si la información española era tan parca, no ocurría otro tanto con la francesa, que, por el testimonio del historiador francés, tantas veces citado, asegura que esta lucha a muerte, que había comenzado en las altas montañas, a siete leguas de la costa, debía extenderse hasta ella y teñir de rojo las olas del Mediterráneo. Como vemos, el hecho no podía ser más catastrófico, de aceptar sin reparo semejante afirmación.

La Brigada Victor, que defendía el coll de Banyuls, estaba al mismo tiempo encargada de vigilar la costa catalana. Por otra parte —sigue diciendo Fervel—, ésta tenía establecidos, a lo largo de la misma, tres puestos escalonados en el Coll de los Frares y en las aldeas de

Cólera y de Llansá. La bahía de Cólera, de la que está bastante alejada la localidad, estaba señalada como punto de desembarco para la marina española. En consecuencia, dos navíos de línea, una fragata y cuatro chalupas, vinieron a amarrar delante de esta estación, desembarcando mil ochocientos hombres en la desierta playa, que apenas, pusieron pie en tierra, parecieron disponerse a marchar en dirección del Coll, antes citado, cuya caída arrastraría inevitablemente las de los otros puestos franceses. Pero el Batallón que ocupaba el paso amenazado, el 1.º de Tarn, sin dar a los asaltantes tiempo mismo para formar en columna de ataque, se precipitaron sobre ellos, los abordan, los destrozan y pasan veintitrés por las armas y a pesar de la proximidad de la escuadra, persiguen a los fugitivos hasta sus propias canoas.»

Dejaremos a la responsabilidad del historiador de referencia la exactitud de todos estos hechos. De ellos no trata ninguna fuente de conocimiento de que hemos podido disponer (1).

(1) Luis de Marçillac nos ofrece una descripción del ataque a Cantallops de nuestras tropas que creemos interesante dar a conocer a nuestros lectores. Dice así: «El Brigadier Taranco partió de Espolla por orden de Belvis para atacar dicho campo. Se había entablado la acción cuando apareció una división francesa que se dirigía hacia el reduto de Espolla. El Vizconde de Gand, Mariscal de Campo, se mantuvo en éste con la Legión de la Reina y lo defendió con esa intrepidez fría que no se deja intimidar ni por fuerzas superiores, ni por una apariencia de fracaso. La Legión sufrió mucho en este hecho que fué brillante para ella; pues conservó la batería. Las tropas de Taranco, habiendo recibido orden de retirarse a su campo, fueron protegidas en su retirada por el Vizconde de Gand. El 2.º Batallón de Valencia, mandado por el Teniente Coronel La Roca, se cubrió de gloria, conteniendo, por sí solo, tres Batallones de Infantería francesa sostenido por la caballería ligera hasta que las tropas españolas realizaron su entrada en la posición: Esta acción costó 230 hombres a los españoles y 600 heridos».